

NOSOTROS

(SEGUNDA EPOCA)

Directores:

Alfredo A. Bianchi - Roberto F. Giusti



AÑO II - TOMO III



BUENOS AIRES

1937

nosotros

38 y 39

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

Canto

ROBERTO F. GIUSTI

Antonio Machado

GERMÁN ARCINIEGAS

Europa, o el Paraíso de los locos

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO

Rubén Darío íntimo

ENRIQUE MENDEZ CALZADA

Surprise - Party (Comedia)

MARIO BINETTI.....	El Bosque (poema).
RAÚL NAVARRO.....	Machado de Assis y la desesperanza.
JUAN CARLOS ALVAREZ	¿El espíritu criollo?
JACOBO EPELBAUM.....	Mickiewicz, el maestro del romanticismo polaco.
C. VILLALOBOS DOMÍNGUEZ.	Los pareceres de Vaz Ferreira sobre el Georgismo.
F. COSSÍO DEL POMAR.....	Arte norteamericano: Thomas Benton.
ARIEL MAUDET.....	Letras francesas.

*Poesías de Juan G. Ferreyra Basso, Enrique Villegas da Cruz y
Novión de los Ríos.*

LETRAS ARGENTINAS

Oscar Bietti: Emilio Becher. Ricardo Rojas y el Retablo Español. *Héctor F. Miri:* Luis Emilio Soto. *León Benarós:* Arturo Capdevila. Javier Villafañe. Emilio González Chaves. González Carbalho. *Jorge Bogliano:* José Martínez Jerez.

CRONICA

La enfermedad de nuestro director. Roberto Giusti en la Academia. Carlos Vaz Ferreira en Buenos Aires. Los premios nacionales de Literatura. La exposición del libro norteamericano. Comisión Argentina de ayuda a los intelectuales españoles. Un curso colectivo sobre la Revolución Francesa. El décimo aniversario de la muerte de Groussac. Premio Ricardo Güiraldes de novela. Tucumán, centro de cultura superior. Nuevas revistas. Premio Trujillo de la paz. Premio bibliográfico Medina. "La Razón". Últimos libros recibidos.

BUENOS AIRES

Dirección y Administración: BARTOLOMÉ MITRE 811

Distribuidores Exclusivos en el Exterior:

EDITORIAL PAN-AMERICA

CALLE PERU 677



PIANOS
BLÜTHNER



SOLICITE
CATALOGO
DE
PIANOS



La casa de PIANOS más antigua
de la República.

Unico representante de los
afamados pianos BLUTHNER.



Lottermoser

RIVADAVIA 851

U. T. 34 4900

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

(Segunda época)

Fundada el 1º de agosto de 1907



NOSOTROS es una tribuna
libre. Las opiniones vertidas
en sus páginas, no suscritas
por la Dirección, no com-
prometen el pensamiento de
ésta.

Los originales no se de-
vuelven. La revista no man-
tiene correspondencia sobre
las colaboraciones no solici-
tadas.



ADMINISTRADOR

DANIEL RODOLICO



PRECIOS DE SUSCRICION

(ADELANTADA)

Ciudad y Provincias

Semestre	\$ $\frac{m}{n}$	5.—
Año	> >	10.—
Número suelto	> >	1.—

República Oriental del Uruguay

Semestre	\$ o/u	3.—
Año	> >	6.—
Número suelto	> >	0.60

Exterior

Annual	Dólares	4.—
--------------	---------	-----



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
BARTOLOMÉ MITRE 811. 5º G.

U. T. (34) - Defensa 5012

NOSOTROS

REVISTA MENSUAL

DIRECTORES: { ALFREDO A. BIANCHI
ROBERTO F. GIUSTI

DIRECCION DE SECCIONES PERMANENTES

<i>Letras Argentinas</i>	ROBERTO F. GIUSTI Y JULIO NOÉ.
<i>Letras Hispanoamericanas</i>	E. SUÁREZ CALIMANO.
<i>Los libros de España</i>	ANGEL J. BATTISTESSA.
<i>Letras Italianas</i>	NELLA PASINI.
<i>Letras Francesas e Inglesas</i>	ARIEL MAUDET.
<i>Letras Alemanas</i>	EMMY NEDDERMANN.
<i>Letras Portuguesas y Brasileñas</i>	RAÚL NAVARRO.
<i>Historia</i>	EMILIO RAVIGNANI.
<i>Filosofía</i>	FRANCISCO ROMERO.
<i>Ciencias Jurídicas y Sociales</i>	FRANCISCO P. LAPLAZA.
<i>Teatro Nacional</i>	OCTAVIO PALAZZOLO.
<i>Teatro Extranjero</i>	JOSÉ M. MONNER SANS.
<i>Arte</i>	A. PÉREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA.
<i>Música</i>	GASTÓN O. TALAMÓN.
<i>Cinematógrafo</i>	ENRIQUE AMORIM.

REPRESENTANTES DE “NOSOTROS”

EN EL INTERIOR Y EXTERIOR

LONDRES, W. C.: B. F. Stevens & Brown Ltd., 28-30, Little Russell Street.
NEW YORK: Mr. G. E. Stechert & Cía., 33 East; 10th Street.
NEW YORK, CITY: Foreign & International Book Company Inc., 110 East; 42 Street.
NEW YORK: The International News Company, 131 Varick Street - P. O. Box, 66.
NORTH COHOCTON (NEW YORK): The Moore-Cottrell.
BACK BAY, BOSTON, MASS.: F. W. Faxon Co., 83, Francis Street.
MEDELLIN (COLOMBIA): Sta. Lhya Jaramillo Isaza, Apartado Postal 217.
LA HABANA (CUBA): Srta. Matilde Martínez Márquez, “Libros”. Ave. de los Aliados 60. Alturas de Almendares, Apartado 2007. Teléf.: FO. 2539.
LA PAZ (BOLIVIA): Arnó Hnos. “La Universitaria”. Casilla de Correo, 195.
MONTEVIDEO: Sr. Carlos Lacolley, Palacio Salvo, 4º piso, Escritorio 3.
ROSARIO: Sr. Miguel Angel Bertolé, 3 de Febrero, 211. Teléf. 25158.
CORDOBA: Librería “El Ateneo”, 9 de Julio, 72.
CORDOBA: Librería “L’Amateur”, San Martín, 165.
CORDOBA: Librería “Dante”, de Ezequiel Castro, San Martín, 34.
LA RIOJA: Sr. Herminio Torres, Buenos Aires, 443.
CHILECITO (LA RIOJA): Sr. Ramón Rearte.
SANTIAGO DEL ESTERO: Sr. Cristóbal Díaz, Pedro León Gallo, 142.
TUCUMAN: Sr. B. S. Paraván, “Librería Aconcagua”, Las Heras, 417.
GENERAL ALVEAR (MENDOZA): Sr. D. Poggio Rinaldi.
PARANA (ENTRE RIOS): Sr. Augusto C. Atencio, Córdoba, 340.

cocina eléctrica cocina PERFECTA



La COCINA ELECTRICA es la más cómoda, económica e higiénica. Permite preparar rápidamente y con éxito, cualquier plato o postre. Deja más tiempo libre a la dueña de casa. Evita el humo, el hollín, las cenizas... Funciona con sólo dar vuelta una llave. Su consumo goza de una tarifa especial, reducida.

Adquirla ahora, en cuotas desde \$ 6.- mensuales.



COMPAÑIA ARGENTINA DE ELECTRICIDAD S. A.

Av. Pie. Roque Sáenz Peña 812

y Sucursales en Capital y Provincia

U. T. 35. Libertad 3001



MATA LAS MOSCAS

YACIMIENTOS PETROLIFEROS FISCALES

MINISTERIO DE AGRICULTURA

DIAG. PTE. ROQUE SAENZ PEÑA, 777 — U. T. 33, Avda. 6031 — BUENOS AIRES

CLARIDAD

La revista americana de
los hombres libres

Director: ANTONIO ZAMORA

Publicación mensual - 100 páginas de texto

UNICA SUSCRIPCION ANUAL

Argentina \$ 5.— Exterior Ds. 1.50

Oficinas y Talleres:

1641 - SAN JOSE - 1645

Buenos Aires (República Argentina)

Cursos y Conferencias

REVISTA DEL COLEGIO LIBRE
DE ESTUDIOS SUPERIORES

Suscripción anual \$ 12.—

Número suelto „ 1.50

Exterior, anual, 1 libra esterlina ó 5
dólares.

Aparece el 30 de cada mes

Dirección y Administración:

CANGALLO, N° 1372

BUENOS AIRES — ARGENTINA

D. U. O.

Calentadores eléctricos de agua
y cocinas eléctricas, disco
patentado

CUMULUS y D. U. O.

D. U. O. American Company

PERU. 650 — BUENOS AIRES
U. T. 33-Av. 5805

Dr. JULIO RAJCOVICH

DENTISTA CIRUJANO

Enfermedades de la boca
Postizos

Atiende todos los días

NICASIO OROÑO 1367
U. T. (59) 6252

N O R T E

Periódico Literario

★

Director:

Fermín Estrella Gutiérrez

★

Dirección: **Beauchef 247**

BUENOS AIRES

R. Argentina

"La Nueva Democracia"

Revista mensual publicada
por el Comité de Cooperación
en la América Latina

Director: **SAMUEL G. INMAN**

Gerente: **ALBERTO REMBAO**

Suscripción anual \$ 1.— oro americano

156 fifth Avenue
NEW YORK — U. S. A.

C O L U M N A

Revista de las grandes firmas en defensa
de los grandes ideales.

•

Director:

CESAR TIEMPO

•

Redacción y Administración:

Reconquista Nº 450

BUENOS AIRES Rep. ARGENTINA

V E R T I C E

Revista literaria mensual

DIRIGE:

Julia Prilutzky-Farny de Zinny

Ejemplar \$ 0.30

Dirección y Administración

Guisse 2005, Piso 2º. Bs. Aires

U L T R A

Mensuario de Cultura Contemporánea
REVISTA DE REVISTAS

Organo de la Institución Hispanocubana
de Cultura

Director: **Fernando Ortiz**

•

Suscripción anual: \$ 2.00 o/a.

APARTADO POSTAL, 1649
HABANA (Cuba)

"ARGUMENTOS"

por la emancipación económica
nacional

REVISTA MENSUAL

Director: **Rodolfo Puiggrós**

Administrador: **Carlos Pastoriza**

SUSCRIPCION ANUAL: \$ 5.—

•

Sarmiento 1320 — U. T. 37-0851
BUENOS AIRES

N O S O T R O S

C A N T O

CUANDO todos los siglos vuelven,
anocheciendo, a su belleza,
sube al ámbito universal
la unidad honda de la tierra.

Entonces nuestra vida alcanza
la alta razón de su existencia:
todos somos hijos iguales
en la tierra, madre completa.

Le vemos la sien infinita,
le escuchamos la voz inmensa,
nos sentimos acumulados
por sus dos manos verdaderas.

Su mar total es nuestra sangre,
nuestra carne es toda su piedra,
respiramos con su aire uno,
su fuego único nos incendia.

su traducción o no se leen las *Epístolas*, que él no tradujo, o se acepta su decir como final. En cambio, helenistas de penetrante análisis como Grote, Bentley, Burnet, Ritter, Willamowitz, Edward Meyer, y otros más las tienen por genuinas, con excepción de la primera, la quinta, la novena y la duodécima. Por tanto déjolas a un lado.

Hacia el final de la carta décima-tercera, dirigida a Dionisio, Tirano de Syracuse, a quien hace recuerdos de su entrevista pasada, le dice: "Adiós, y que lleves una vida filosófica, y que alientes a la juventud". Una clara distinción entre estudiar Filosofía y llevar una vida filosófica. Idea que acentúa en un pasaje de la carta sétima, dirigida a los amigos y compañeros de Dion, cuando afirma:

"Cuando esta convicción (absoluta devoción a la Filosofía) ha tomado posesión de un hombre, pasa éste su vida en cualquier ocupación en que pueda empeñarse, sin cesar por ello de practicar filosofía, ni aquellos actos de la vida diaria que más efectivamente hagan de él un inteligente estudiante de retentiva, hábil en el razonar sobriamente y por sí mismo. Otras prácticas diferentes las evita hasta el fin". (Platón: *Epístola VII*).

Se hace evidente aquí que Platón no consideraba su enseñanza como un curso de lecturas ni de conferencias. Era algo de carácter imperativo para dirigir la conducta del hombre. Debe inspirar la totalidad de la vida, como se ve en la segunda *Epístola*:

"Hay hombres, y bastantes de ellos también, que tienen inteligencia y memoria y la habilidad para juzgar una doctrina después de haber aplicado a su examen toda especie de prueba, hombres que ya son de edad y que han recibido instrucción no menos de treinta años, quienes ahora no más han llegado al punto de decir que lo que antes les pareciera más incierto, ahora les parece del todo cierto y evidente: en tanto que lo que antes les parecía cierto, ahora les aparece incierto". (*Epístola II*).

Cosa que no nos causará extrañeza si recordamos que Pitágoras imponía de tres a cinco años de silencio a sus Oyentes, primer grado de su Escuela Interna o Esotérica. La verdadera enseñanza platónica se impartía en secreto y no permitía a sus discípulos el escribir nada relativo a su

círculo íntimo. porque lo juzgaba innecesario para quienes habían alcanzado el conocimiento de la verdad, y peligroso para el público en general, como se desprende de las siguientes declaraciones suyas:

"Crejera yo posible desenvolver adecuadamente este asunto en un tratado o en una conferencia para el público en general, qué hermoso timbre sería en mi vida escribir una obra de grande utilidad para la Humanidad y revelar la naturaleza de las cosas a todos los hombres! No pienso, sin embargo, que la tentativa de explicar a la humanidad estas materias sea una buena cosa, excepto en el caso de aquellos pocos que son capaces de descubrir la verdad por sí mismos con poca ayuda. En el caso de los demás el hacerlo suscitara en algunos un desprecio injustificado y perfectamente ofensivo; en otros altivas y vanas esperanzas, como si hubiesen adquirido alguna pavorosa doctrina". (*Epístola VII*).

Un poco más lejos, en la misma carta:

"Después de larga práctica de comparaciones de nombres, definiciones, percepciones visuales y de otros sentidos, tras cuidadoso escrutinio en razonamiento conducido por preguntas y respuestas, sin celos, de súbito la comprensión de ellos se enciende y la mente, al ejercitar todas sus potencias hasta el límite de su capacidad, queda inundada de luz.

"Por esta razón ningún hombre serio pensará nunca en escribir acerca de serias realidades para el público en general con lo que le dejaría presa de la envidia y la perplejidad. En una palabra, es una inevitable conclusión de ello que cuando alguien ve en cualquier parte la obra escrita de uno, ya sea legislador en sus leyes o quien quiera que sea en otra forma, el asunto tratado no puede haber sido su más seria preocupación —esto es, si él mismo es un hombre serio. Sus más serios intereses tienen asiento en otra parte en la más noble región del campo de su actividad. Si, sin embargo, realmente se preocupaba por estas materias y las puso por escrito, "entonces ciertamente" no los dioses, sino los mortales "por completo han avellanado su ingenio". (*Epístola VII*).

Algunas líneas más lejos dice:

"Quienquiera que haya seguido mi narración de la realidad y de las desviaciones de ella estará seguro de que, si Dionisio ha escrito algo acerca de los primeros y más elevados principios de la naturaleza, o cualquiera otra persona, tal hombre en mi opinión no ha recibido una sana instrucción ni aprovechádose de ella en los asuntos de que escribió. Porque de otro modo habría sentido la misma reve-

rencia que yo siento por el asunto y no lo habría lanzado con atrevimiento a despropósito e impropriamente. Ni puso la doctrina por escrito para ayudar su memoria, porque no hay peligro de que alguien la olvide una vez que su entendimiento la comprende, pues que se contiene en brevísimas sentencias". (*Epístola VII*).

Cuando a petición de Dion y de Dionisio fué Platón a Syracuse comenzó a dar alguna instrucción al joven gobernante. El discípulo no estaba listo aún. El rompimiento entre el tirano y el filósofo es bien conocido: extensamente lo narra Plutarco en la vida de *Dión*. Platón regresó a Atenas. Tiempo después, arrepentido, Dionisio, una vez más le pidió instrucciones respecto de algunas enseñanzas reservadas del Maestro. Este, en su respuesta, se refiere a una conversación habida entre ellos en Syracuse. Platón escribe:

"Me dijiste en el jardín, bajo los laureles, que de esto habías pensado tú mismo y que era un descubrimiento original tuyo. Respondí que si de veras veías eso con claridad, ese hecho me relevaría de muchas explicaciones. Agregué, sin embargo, que jamás había yo encontrado a alguien que hubiese hecho tal descubrimiento, que realmente esto era lo que me ofrecía la mayor dificultad." (*Epístola II*).

Luego añade:

"Debo declarártelo en enigmas (la naturaleza del primer principio), de suerte que en el caso de que algo ocurra a la tablilla "en tierra o en mar o en rincón secreto", quien la lea no pueda comprenderla. Ello es así. Es en relación al rey de todo y por su causa que las cosas existen; y ese hecho es la causa de todo cuanto es bello. En relación al segundo la segunda clase de cosas existe; y en relación a lo tercero, la tercera clase. Ahora bien, la mente del hombre cuando tiene que ocuparse en ellas, se esfuerza en adquirir un conocimiento de sus cualidades, fijando su atención en las cosas con las cuales tiene alguna afinidad; éstas, sin embargo, en ningún caso son adecuadas. Respecto del rey y de las cosas que mencioné no hay nada semejante. Por tanto dice el alma: "¿Pero cómo son?" Esta pregunta, oh tú, hijo de Dionisio y de Doris —o más bien la fatiga que ella ocasiona en el alma— es la causa de toda la dificultad; y si el hombre no la expulsa de sí, genuinamente nunca encontrará la verdad." (*Epístola II*).

En su sétima carta escribe:

"Una declaración puedo en todo caso hacer respecto de todos los que han escrito o escribieren con pretensión de conocimiento de los

a-untos a que me dedico, --sin que importe cuál sea la manera en que pretendan haberlo adquirido, ora de mi instrucción directa, o de la de otros, o de su propio descubrimiento. Tales escritores no pueden tener, en mi opinión, positiva familiaridad con el asunto. Ciertamente yo no he compuesto obra alguna respecto de ello, ni jamás lo haré en el porvenir; porque no hay forma de vaciarlo en palabras como otros estudios. Familiaridad con el asunto se adquiere sólo tras largo período de recibir instrucción en la materia misma y de íntima asociación, cuando, repentinamente, como fuego encendido por saltante chispa, se genera en el alma y continúa alimentándose de sí mismo". (*Epístola VII*).

"De allí que ningún hombre inteligente será nunca osado a poner en palabras esas cosas que su razón ha contemplado, especialmente no en forma que sea inalterable, — que es el caso de cuanto se expresa en símbolos escritos". (*Epístola VII*).

"Se me ha ocurrido hablar extensamente de este asunto porque pudiera la materia que discuto hacerse más clara obrando así. Hay una verdadera doctrina, la cual a menudo he expuesto antes, que cierra el camino al hombre que se atreviera a escribir la menor cosa acerca de la cuestión, y que me parece que debo ahora repetir." (*Epístola VII*).

Y amonestando a Dionisio dícele:

"Toma precauciones, sin embargo, a fin de que esta enseñanza jamás se divulgue entre las gentes no preparadas, porque en mi opinión no hay por lo regular una doctrina más ridícula a los ojos del público en general que ésta, ni por otra parte hay una más admirable ni que mejor inspire a los que son naturalmente bien dotados". (*Epístola II*).

¿Qué concluir de las precedentes declaraciones? 1º. Que Platón tenía una recóndita doctrina, secreta y sagrada, acerca de la cual no se atrevió a escribir. 2º. Que el Maestro la impartía a sus más allegados discípulos bajo un juramento de discreción o de silencio. 3º. Que la práctica de esa doctrina conducía a la iluminación espiritual y a un cambio total de vida.

Platón, por lo tanto, no escribió su verdadera Filosofía. ¿Qué escribió entonces? El mismo va a revelarnos su propósito. Dícenos así en aquella segunda carta:

"Es muy grande salvaguardia aprender de memoria en vez de escribir. Es imposible que lo que se halla escrito no se divulgue. Tal es

la razón por la cual jamás he escrito nada acerca de estas cuestiones y por qué no hay ni habrá nunca una obra escrita por Platón mismo. Las que ahora se conocen con su nombre son la obra de un Sócrates que ha vuelto a ser joven y bello. Adiós, y cree. Lee esta carta ahora muchas veces de seguida y quémala. Y basta de estos asuntos". (*Epistola II*).

En la Introducción a su traducción del *Cratilo* el Profesor Jowett afirma que este diálogo

"ha sido siempre una fuente de perplejidad para el estudiante de Platón. En tanto que como fantasía, humor y perfección de estilo y originalidad metafísica, este diálogo puede situarse entre los mejores de los escritos platónicos; ha habido incertidumbre acerca del motivo de esta pieza, que los intérpretes no han podido desvanecer hasta ahora. No necesitamos suponer que Platón hiciese uso de las palabras para ocultar su pensamiento, o que fuese, ininteligible a un educado contemporáneo suyo". (Jowett: *Dialogues of Plato*).

En vista de las citas anteriores de las cartas auténticas de Platón sabemos que no fué así. Platón hizo uso de las palabras para ocultar su pensamiento, cuando se trató de la más íntima esencia de su conocimiento. No así en los demás casos.

Recordemos que en su *Apología*. Sócrates, al explicar por qué se había hecho enemigos de sus presentes acusadores, declara que en sus investigaciones ha descubierto que hay gentes con la reputación de sabios que nada saben, aunque piensan que saben. Y agrega: "Yo ni sé ni pienso que sé". Poco antes había exclamado: "Hombres de Atenas, esta reputación mía ha provenido de una cierta sabiduría que poseo. Si me preguntáis qué clase de sabiduría, replico que es una sabiduría de posible alcance para el hombre". Y nada más dice en su *Apología* acerca de esa "cierta sabiduría".

Mas en el *Banquete*, después que Eryxímaco ha propuesto el elogio del Amor, Sócrates irrumpe: "Nadie votará contra tí, Eryxímaco, porque ¿cómo podría yo oponerme a tu propuesta, yo que estoy pronto a confesar que nada sé acerca de ningún asunto *excepto el Amor*?" Y al dar comienzo a su discurso dice:

"Ahora permítaseme esforzarme tanto como pueda en repetiros... un discurso respecto del Amor que en otro tiempo oí de labios de la profetisa Diótima, quien fué profundamente versada en esta y muchas otras doctrinas... porque fué ella la que me enseñó *la ciencia de las cosas relativas al Amor*." (Platón: *El Banquete*).

El subrayado es mío.

De suerte que él tenía una cierta *sabiduría* y esa sabiduría era relativa al *Amor*. Este es precisamente el verdadero sentido de la palabra *Filosofía* —philo-sophia— *Sabiduría del Amor*. Recordemos que de acuerdo con la tradición de los antiguos esa bella palabra la inventó Pitágoras, cuya escuela interna basábase en un amor fraternal de la pureza más esterlina. Y se recordará que estaba Platón empapado de las enseñanzas de Pitágoras.

El sentido externo o exotérico del vocablo se dió como *amor de sabiduría*, el cual, naturalmente, prevaleció. Platón mismo quizás jugaba con la idea cuando en su discurso, en el *Banquete*, hacía decir a Sócrates:

"¿Quiénes, entonces, oh Diótima, le pregunté, son filósofos, si no son los ignorantes ni los sabios? —Es evidente, aun para un niño, que son aquellas personas intermedias, entre las cuales está el Amor. Porque la Sabiduría es una de las más bellas cosas; el Amor es lo que siente sed de lo bello, de suerte que el Amor es por necesidad un filósofo, siendo la filosofía un estado intermedio entre la ignorancia y la sabiduría".

Apoyada por tan saliente autoridad, la bien conocida etimología de Filosofía como amor de sabiduría ha entrado en los léxicos y las enciclopedias del mundo. Y con frecuencia los etimologistas mencionan el adjetivo *philos* como el elemento original de la palabra, en vez de *phileín*, "amor", que es el verdadero.

Ahora bien, en Plutarco he encontrado unas dos o tres veces la voz *Theosophia*, la cual evidentemente no puede traducirse como "dios de la sabiduría", sino como "sabiduría de dios" o "sabiduría divina". Y el místico alemán Rodolfo Steiner, creó la expresión *Antroposofia*, no con el sentido de "hombre de sabiduría", sino de "Sabiduría del hombre o humana".

La Filosofía como amor de la sabiduría ha tenido un largo alcance intelectual. Ha promovido el conocimiento, ha ahondado en él. Y lo que es más, ha tendido a la organización de las ciencias, a la unificación del conocimiento, a la universalización de principios. Pero en ningún caso ha dejado la Filosofía de ser una disciplina intelectual. Su influencia sobre los negocios del mundo ha sido la de las ideas, cuando éstas se transmutan en emoción persuasiva. Ordinariamente la Filosofía ha ido por caminos aguilares, dentro de las esferas intelectuales. En raras ocasiones ha empujado las manos de la Vida. La ilustre y penetrante Pompadour, que por veinte años estuvo en el corazón mismo de la historia, pues que la hacía, en sus *Memorias* dice: "Puede un plenipotenciario saber bien que firma un tratado de paz y permanecer ignorante de los motivos del Rey para poner fin a la guerra".

La Filosofía como Sabiduría del Amor tiene un más alto destino. Antes de que los Dioses fueran, fué el Amor. Hesíodo en su *Teogonía* enseña una verdad de los antiguos Misterios: "Antes que todas las cosas fué el Caos, y luego Gaia, la de amplios senos, asiento siempre sólido de todos los Inmortales que habitan las cimas del nevado Olimpo y el Tártaro sombrío en las profundidades de la anchurosa tierra, y luego el Amor (*Erós*), el más bello de entre los Dioses Inmortales, que rompe las fuerzas, y que doma la inteligencia y el saber en el pecho de todos los Dioses y de todos los hombres". Y el incrédulo Lucrecio que conocía el profundo sentido del Amor, como creador de todo cuanto existe, en las primeras líneas de su *Naturaleza de las Cosas* alza un himno en honor de Venus, como Numen del Amor. Y ahí dice: "Pues que tú sola bastas a gobernar la Naturaleza, y que sin ti nada llega a las divinas playas de la luz, nada alegre y amable se hace sin ti, de ti solicito ayuda para emprender el poema que me esfuerza en componer acerca de la Naturaleza". A ella, que es la sola vencedora de Marte, le pide la calma de la paz para el pueblo romano.

Esta derivación de *Filosofía*, como Sabiduría del Amor, es intachable desde el punto de vista etimológico. Pero hay

un influjo más poderoso que todas las razones que me ha conducido a afirmarla.

Por largo tiempo la idea, a veces pasión, de la libertad, ha engendrado las revoluciones de independencia o las de restauración de los derechos del hombre, libertades públicas. Las revoluciones de nuestro tiempo y las que seguirán las inspira la idea, a veces la pasión, de la igualdad. Pero hay ya síntomas de que un nuevo orden social va generándose con lentitud. Se basa en el otro elemento de las tres grandes fuerzas, la fraternidad. Porque ésta ha faltado como elemento moderador en los combates por la libertad y por la igualdad, no ha habido comprensión de los problemas sociales que nos asedian, por tanto no ha podido haber solución de ellos.

En nuestro Continente la habrá. Keyserling vió bien cuando aseguró que en América existe el Orden Emocional en contraposición al Racional del Viejo Mundo. La Fraternidad resultará el nervio de ese Orden Emocional. Y la Fraternidad es la forma impecable del Amor, cuya potencia creadora no conoce linderos. Dentro de este nuevo Orden de Humanidad la Filosofía es la sabiduría del Amor, que San Pablo llamó "la cosa más grande del mundo".

R. BRENES-MESÉN.

Northwestern University.

ALGUNOS POEMAS

ORQUESTA DE SEÑORITAS

EN un rincón del restaurant del barrio
las señoritas de la orquesta cenan:
acentos y ademanes diferentes,
amplios vestidos y turquesas falsas
clavículas desnudas y esternones
y el desigual arroyo de los brazos.
Comen de prisa, masticando poco,
fingiendo una alegría que no sienten
La mesa está en un ángulo situada
entre un tabique lleno de begonias
y un testero en que baila un cartelito
junto a una percha que retuerce al aire
bélicamente los profusos cuernos.
Por encima está el techo, el infelice
techo de zinc de adornos estampados.
Ahora meten la mano en las carteras
y se empolvan y, pintan a su gusto,
que arriba está esperando el gran pïano
levantada la tapa como un ala,
como la suela de un zapato viejo.
Al ponerse de pie ruidosamente
se las ve más ajadas y más tristes.

INSCRIPCION EN UNA CUNA

ESPERÁBAIS varón y ha sido hembra,
ha cambiado de signo la ventura.
Nadie sabrá jamás qué es lo que siembra.
ahora es cuestión de punto en la ternura.

DECIMAS CONTEMPORANEAS

A CARLOS OBLIGADO

ESTE es Carlos Obligado
hijo de don Rafael,
por hijo y poeta él
se siente más obligado.
Erudito e inspirado
y crítico y traductor,
muy amigo y muy señor,
ya no le basta el caudal
del gran río paternal
y se corre a otro mayor.

BODAS DE MANUEL MUJICA LÁINEZ

EL jardín y el torreón,
desde la aurora a la luna,
están murmurando a una
su alegría y su emoción.
Murmullos de boda son
pues dicen flor y campana:
bodas de Manuel y Ana,
bodas de Ana y Manuel,
si él es concepto y laurel
ella es toda la mañana.

ROMANCE DE UNA ESTILOGRAFICA VERDE

ALLÍ vierais a Amorim
tirar de su lapicera,
recia como tronco de árbol,
verde cual la primavera.
Pues quien viste traje gris,
de barcos y carreteras,
y gasta corbata azul
con pintas de luna llena,
mal podría tener una
estilográfica negra,
propia de vates caducos
e imaginaciones viejas.
Lapicera que lo mismo
por multiforme se emplea
en dilatar campos patrios
que en retorcer callejuelas.
Caña fina, rama verde,
que brotada yo te vea
con una espina dorada,
con una rosa bermeja.

FERNÁNDEZ MORENO.

1937.

SOBRE EL ESTILO DE JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

B IENVENIDA la tesis de Emmy Neddermann sobre los elementos simbolistas en la lengua poética de Juan Ramón *. Agradecerán su estudio todos los admiradores del insigne andaluz, al menos todos los que no teman reflexionar sobre su propia admiración y ver claro en la trama de sutiles delicias que la provocan. Pero la dificultad de la tarea, la cautela y el valor que supone, eso no lo apreciarán sino quienes se hayan puesto a considerar qué riesgos, por carta de más o de menos, ofrece el examen de una poesía como la de Jiménez, hecha toda de imponderables — finísimos y dolorosos tanteos, aventura, busca y hallazgo (no siempre en ese orden: a veces, desconfianza ante el hallazgo súbito, y busca de una ley más rigurosa a qué sujetarse), admirable conjunción de gracia y esfuerzo.

Dos peligros simétricos acechan al crítico, a uno y otro lado del punto de equilibrio, tan difícil de alcanzar ante la obra de artistas como éste, que también de quien las examina reclaman aguzado don poético — receptivo y recreador. Peligro de hacinar ejemplos, con abrumadora superficialidad, sobre unas pocas características de estilo, sabidas y resabidas: despliegue ocioso de fuerzas para escoltar dos o tres gruesos rasgos fisonómicos que cualquier lector advierte en cualquier pasaje de la obra considerada. Por otra parte, peligro de

* *Die symbolistischen Stilelemente im Werke von Juan Ramón Jiménez* (Seminario Románico de la Universidad de Hamburgo, 1935).

deshacer la poesía en una muchedumbre de menudos detalles estéticos, o psicológicos, o históricos, cuando no de meros “casos” gramaticales, y de suponer que con su erudita denuncia ya se deja a la vista lo personal de un estilo. Pero, como en la fábula, ¡falta encender la linterna! Falta organizar vitalmente los atisbos parciales para hacer de esos átomos un alma concreta y enteriza.

De ambas amenazas se previene la autora. De la perezosa insistencia en lo evidente, porque no se contenta con analizar un par de posibles “ismos” entrecruzados en Juan Ramón, sino que hasta nos da de su poesía una visión más amplia y compleja que la que promete el título de la tesis. Pues lo que hace entrar en el *simbolismo* de Juan Ramón Jiménez no se reduce, claro está, al estricto uso de símbolos, es decir, a un recurso general de estilo, considerado sin sujeción a tal o cual precisa época literaria; ni coincide tampoco con el grupo de características, tan variable según los expositores, del simbolismo de fines del siglo diecinueve. Como todo gran poeta, Juan Ramón no vuela en bandada; único capellán de su propia capilla, es menos y es más que cualquier rótulo o programa colectivo. Y cada uno de sus recursos vale y se entien de en el juego de todas sus manifestaciones expresivas, y sólo allí.

Si la segunda amenaza, la de un *trop-de-zèle* mal administrado, pasa a veces rozándonos, dado el plan del estudio, se equivocaría quien, sin ir más allá del índice, y receloso de los títulos que señalan la articulación de la obra (Elementos sintácticos: recursos nominales, verbales...; Elementos estéticos: epítetos, imágenes, ritmo...), echara de menos la visión comprensiva que enlace estos variados aspectos. Cier to, es imprescindible trazar toda la línea recorrida por la flecha poética de Juan Ramón desde sus primeros versos, y no dejarla eleáticamente clavada en el espacio; importa verla como flúida continuidad, como viva y unitaria parábola descrita por el alma del artista: esa “curva de avance —son palabras de Gerardo Diego al comentar la aparición de la *Segunda antología*—, no hacia adelante ni hacia arriba, sino hacia adentro”. Sería difícil imaginar un poeta cuya figura

total diste más que la de Juan Ramón de las fragmentarias imágenes que el examen microscópico de su obra pueda procurarnos. Bien lo sabe Emmy Neddermann. Y por eso lo concreto y personal de la poesía estudiada se salva las más veces, en su libro, por la referencia de cada procedimiento expresivo a la obra íntegra —juvenil, media, última— de Juan Ramón Jiménez y, ante todo, por las oportunas síntesis que abren y cierran su exposición y de las que nos ha dado muestra en el número inicial de esta “segunda época” de NOSOTROS.

Emmy Neddermann se ha ajustado con todo rigor a un austero método lingüístico: el orden de su estudio lo marcan las diversas categorías de sintaxis y estilo examinadas, de las cuales parte la autora para llegar en cada caso a la peculiaridad anímica que se trasluce en ellas. Imposible mantener ese orden en una nota, enumerando desnudamente los temas, a menos de caer en índice o catálogo. Prefiero agrupar los puntos más importantes alrededor de unas pocas facetas del alma de Juan Ramón Jiménez— por lo demás, repetidamente señaladas en este libro, y con especial detenimiento en el estudio que le sirve de introducción.

¿Qué ley preside, en Juan Ramón Jiménez, la transformación del mundo en su personal trasmundo? Leamos al azar sus *Pastorales*: “Los senderos... con su doliente ir de ríos”. Leamos su *Platero y yo*: “El campo enlutó su verde”, “Estará sentado en su sillita, al lado de las rosas únicas, viendo con sus ojos, abiertos otra vez, *el dorado pasar* de los gloriosos”. Cualidades y acciones no son en esta poesía meros accidentes que les ocurren a los objetos, o que parpadean en su superficie dejando intacta la entraña. En vez de estar sometidas a las cosas, en vez de perderse oscuramente en ellas, alcanzan de suyo jerarquía de cosas aparte: *su ir, su verde, el pasar*.

“Oros vagos y tristes del día fugitivo”. Los colores, que en enorme variedad de matices ha derramado Juan Ramón por sus versos, llegan a ser entidades separadas: abstractas, en sentido etimológico. Abstraídas de este mundo; vivas y concretas en el trasmundo. Vagas, brumosas para los ojos, se

vuelven claras realidades para el espíritu. Salen aleteando del paisaje a posarse dócilmente en la mano del artista, inmovilizándose alguna vez en los colores mismos de la paleta:

Con un azul, un blanco, un verde

--justos--

se hace --¿no ves? -- la primavera.

Densos colores sólidos cuyo indefinido poder llena de vértigo a Juan Ramón, pintor (¿no ha resumido él en dos palabras —poesía y pintura— la historia de su adolescencia?): el mismo deleitoso vértigo de Paul Valéry ante “las lacas, las tierras, los óxidos y las alúminas” que, soñando con el lienzo en blanco, cantan suavemente *les préludes du possible*.

Colores profesionales aparecen con frecuencia en las poesías de Juan Ramón. Así en la que lleva por título “Mar de pintor” y por subtítulo unos ásperos tecnicismos, y en cuyos versos las horas del día van tiñendo mar y cielo con su luz tornadiza: mar azul Prusia, mar morado, mar ocre, mar de plata, mar de hierro; cielo verde malaquita, cielo gris, cielo blanco, cielo rosa. Es visión (y saber teórico) de pintor impresionista, para quien no hay paisaje que se bañe dos veces en la misma luz.

Los colores, libres, van a instalarse en el trasmundo. Libres de las cosas, pero cargados de la emoción con que las cosas han sido vistas. Ahora, leves símbolos inmateriales, pueden volar en todas direcciones, pero el hilo de emoción que las retiene y dirige parte siempre del artista y puede reconocerse en todos los detalles de su mundo poético, ya aparezcan como cosas, ya como abstracciones; tanto en el “oro infinito de lo eterno”, del *Diario*, como en la “tristeza de los álamos blancos”, de *Pastorales*. De colores simbólicos están iluminados sus paisajes: paisajes sin dentro ni fuera, todos homogéneamente reducidos a puros valores emocionales. Viento negro, campanas negras. Aldca gris, hora gris. Pálida tierra, pálidos dolores. Angeles malvas que apagan verdes estrellas; noche verde, soledad verde, brisa verde. Luna roja, jardín rojo de farolillos, niebla roja, peligros rojos. Prima-

vera amarilla, como "mi corazón inmenso y amarillo". Dios azul. Y esas blancuras de fantasmas. Y esos oros y platas, y oro verde y plata malva.

Las cualidades adquieren así sustantividad de objetos; los objetos se resuelven en sus cualidades. No es que el cielo sea azul, sino que el cielo es *lo azul*. Emmy Neddermann examina con todo detenimiento este estilo "de emanación", en que las cosas son reemplazadas por su reflejo o su perfume, por su sombra o por la huella que dejan; en que la flor se deshace en aroma, la voz en ecos, la estrella en un temblor de luz. Un orbe así construido es el impalpable crisol que el poeta necesita para fundir su yo con el mundo — fusión que la autora considera como el rasgo más típico del simbolismo.

Variados aspectos ofrece en la poesía de Jiménez esa desmaterialización de las cosas. Ya el espacio en que se mueven es borroso y desvanecido. En los paisajes de Juan Ramón, nublados y arboledas aparecen como fondo predilecto. Así también, en sus paisajes anímicos, se amalgaman en complejas y neblinosas impresiones globales los estímulos más sutiles: "Temblor, relumbre y música", "lumbres, estelas y lágrimas", "suspiros y fragancias". La estructura de la frase responde puntualmente a este modo de visión poética. Largas escenas se describen con giros nominales: "¡Nube de polvo! ¡Gritar de las niñas sobre el asno!...", apenas ligados, cuando lo están, por conjunciones mínimas, como ese leve y que sitúa en un mismo plano representaciones dispares — agua y azul de luna, suspiro y estrella, dolor e invierno, flores y luceros— acercándolas y enlazándolas en unidad.

Y qué característico ese enlace de impresiones mediante un *o* —"¿un siglo o un instante?", "todo el mundo está muerto, o todo vivo"— que no reúne distintas maneras de ver el objeto, sino de no verlo, como si le faltara al poeta la voluntad de mirar, de abrir los ojos, y esto *o* aquello le diera lo mismo. *Da lo mismo, es lo mismo* (*Eternidades*, 166; *Piedra y cielo*, 159): la juventud enfermiza de Juan Ramón está entera en estas palabras. Su experiencia —explica Emmy Neddermann— "atraviesa simbólicamente el ser y el no ser". Se diría más bien que, huyendo del ser y del no ser para refugiarse en

una eternidad inmóvil, ser y no ser acaban por igualársele a la distancia. Qué pequeño, qué confuso el mundo, visto desde el Nirvana. Y qué fácil es que se convierta en Nirvana una cama de enfermo; cómo ayudan a ver pequeño y sin sentido el mundo las ventanas de un hospital, aunque no estén, como las de Sils-Maria, “a seis mil quinientos pies sobre el nivel del mar y a muchos más sobre el nivel de las cosas humanas”.

Acciones y situaciones aparecen en Juan Ramón como bañadas en una fantasmal quietud de agua dormida. Con el preferente uso de sustantivos sin artículo, las representaciones, desentendiéndose de todo variable ser individual, ascienden a lo genérico e inmóvil. Con los plurales de abstractos (“labios que besasteis *mis tristezas*”) el poeta da aun más realce a este carácter monumental de sus imágenes.

El predominio de los giros nominales hace juego con la escasa importancia del verbo. El verbo mismo se nominaliza en infinitivos casi vaciados de toda nota temporal: “tu *morir*”, un “*ir* doliente de ríos”; o se reduce a formas incoloras, al servicio de representaciones sustantivas: “*Hay* una boca que canta..., *hay* visiones...” O bien, si conserva plena función temporal, es a menudo para expresar con incoativos —*palidece, oscurece*— sutiles matices de color. De los tiempos verbales, predomina, con mucho, el presente: tiempo lírico por excelencia. Las situaciones pasadas se expresan casi siempre en imperfecto: “Doraba la luna el río...” El poeta no enumera los hechos pasados como tales; vuelve a estar en su viva presencia. No describe el paisaje mismo, sino el cuadro que le ha quedado en los ojos. Su mirada no se dispara hacia la luna y el río; se refrena, se vuelve hacia adentro, doblegada estéticamente. El Mallarmé de la *Prose pour Des Esseintes* podía suspirar por una “*île faite de vue et non de vision*”. Para Juan Ramón Jiménez la visión vale más que lo visto.

A una visión estática de las cosas obedece también en Juan Ramón el uso del símil. Lo hallamos en todos los grados: desde el construido sobre un vacilante *como si*..., en que el poeta mismo, al consignar la relación que descubre entre

dos términos, lo problematiza, hasta aquel en que la comparación se afirma, construye y desarrolla en todos sus pormenores, o en que, finalmente, se reducen al mínimo las partículas comparativas y se convierte el símil en metáfora identificadora. Emmy Neddermann presenta el símil "vacilante" como característico de la primera época de Juan Ramón, en íntima correspondencia con el predominio de la expresión indeterminada ("parece...", "como...", "cual si..."), mientras que luego van ganando terreno las comparaciones construidas término a término y como explicadas lógicamente:

Te digo al llegar, madre,
que tú eres como el mar; que aunque las olas
de tus años se cambien y se muden,
siempre es igual tu sitio
al paso de mi alma.

Símiles de este tipo, complejos y minuciosos, llegan hasta rozar la alegoría simbólica y crear verdaderos universos en pequeño (comp. *Estío*, 19: "Cual la brisa, recuerdas..."). Un paso más, y surge la metáfora plenamente identificadora de dos esferas de representaciones, cuyas distintas formas va examinando Emmy Neddermann a lo largo de la obra de Juan Ramón: enlace de los dos términos mediante genitivo: "por las avenidas de mi sueño voy", "los buques negros de mi sueño"; aposición: "la molinera, rosa y música del valle", donde se acumulan a veces largas series de exclamaciones nominales, enfiladas en poética letanía.

Nada escapa a esa inmovilidad de encantamiento. Ya hemos visto detenerse en gesto monumental los verbos: "un ir", "tu morir". Pero el afán de estatismo no se satisface con esto, ni con "el todo", "lo otro", "el sí", y crea formas como "aquella tú", "un lejos", "su siempre". Es que los *siempre*s y los *lejos* no se reducen en Juan Ramón a nexos abstractos. Con minucioso análisis la autora va desentrañando los valores afectivos y visionales que se esconden en estas palabritas: el anhelo de fuga, el arranque vehemente de ese *hacia...*, que culmina en el ¡*hacia todo!* del *Diario*, impetuoso salto al infinito. *Inmenso, inmensamente, alrededor* de lo infinito:

siempre ese afán de lanzarse fuera del mundo. *Bajo* la luna, *bajo* las estrellas: palabras que no se contentan con disponer topográficamente los objetos, sino que, como jugando con distancias cósmicas, unen cielo y tierra en un mismo espacio absoluto: “El viento pasa delante de la luna”, “Rosas bajo las estrellas”, “La luna soñaba sobre los álamos”. Ni son meramente topográficos sus *a través*, empleados de preferencia para expresar una visión turbia y velada; ni lo son sus adverbios en giros como “más allá de todo” y como ese “no sé de dónde” que envía al poeta sus músicas, sus cantos, sus *arias tristes*. Así también el *entre* pierde a menudo en Juan Ramón su significado rigurosamente espacial y, como el *parmi* de los simbolistas franceses (*elle mourait parmi l'automne vers l'hiver*), adquiere un preciso sentido de imprecisión, que permite al poeta fundir perfume y recuerdo (*Arias tristes*, 136) o trasmutar milagrosamente horas en nubes:

Entre la tarde de otoño... sube un humo dulce y blanco

Ya se ve. Preposiciones, conjunciones, adverbios, estas humildes partículas sobre las que tan desdeñoso pasa nuestro hablar cotidiano, tienen en Juan Ramón un papel bien reconocible de elementos “alejadores”. No son aquí, como pueden ser en un tratado científico, los imperturbables agentes de tráfico que marcan la dirección exacta de nuestras ideas. Al revés, las envuelven en bruma, las roban al cono de luz del intelecto y ayudan así a transfigurarlas en las misteriosas entidades que componen el mundo poético de Juan Ramón Jiménez.

¿Misteriosas? Campo y cielo pueblan ese mundo, luna y sol, monte y valle, mar, estrellas y jardines. ¡Qué poder de evocación el de estos simples nombres, cifra de los insignes lugares comunes de que está hecha la mejor poesía de todos los tiempos! Pero un aire delgado —aire letal de puna, a veces— lo baña todo. Basta penetrar en él para sentirse en el país extraño de los sueños. Aunque Juan Ramón recorta lúcido y vigilante la tela de sus sueños, ni los más claros destellos de su inteligencia bautizadora —“¡Intelijencia, dame el nombre exacto de las cosas!”— logran borrar el aura híp-

nica que rodea sus visiones. Cada objeto de ese mundo despidе luz ambigua, como si el artista la hubiese encendido con doble mirada. De pocos poetas —nos dice Emmy Neddermann— es tan amiga y familiar la luna, pero en pocos, también, se llena de tanta fuerza simbólica. Mundo y tras-mundo, siempre. El mar es mar, pero es además ventana que da al infinito:

Lo azul se queda atrás, abierto en plata viva
y está otra vez delante.

El viento es viento, pero es ala con que escapar del ahora y del aquí:

...llenas de azul de ensueño y de deshora,
las vagas brisas...

Luz ambigua, cosas que se disgregan en sus emanaciones como para transirse más fácilmente de espíritu, haces de sensaciones dispares combinadas con técnica puntillista y divisionista. Gran maestro es Juan Ramón en el arte de fundir impresiones de sentidos diversos, gran descubridor de correspondencias irracionales, de esas que tanta fortuna han logrado en la poesía contemporánea (1). En su extensa y matizada escala de sinestesias caben, tanto la que en sutil aleación funde blancura y silencio, música y olvido, como la que, reverdeciendo las más gastadas fórmulas del lenguaje diario, ahonda estilizadamente en ellas para dar con el oculto filón de poesía, —así, frente a “voz gruesa”, la *voz delgada y de plata*—, o la que opone al “divino del pian silenzio verde” la *música verde* de los chopos y su *verde charla metálica*.

El ritmo sintáctico y la estructura del verso acompañan este anhelo de inmaterialidad con lo leve de sus formas y movimientos, con el paso flúido de verso a verso y de estrofa a estrofa, con una calculada puntuación que sabe dejar inconclusa o desvanecida la frase, o hacerla surgir borrosamente en *pianissimo*; con la supresión de nexos lógicos o con

(1) Sobre las imágenes sinestésicas en otros poetas modernistas —Herrera y Reissig, Rubén—, véase Y. PINO SAAVEDRA, *La poesía de Julio Herrera y Reissig*, Santiago de Chile, 1932, pág. 96 y siguientes.

su reducción al mínimo puente de un y... Los valores acústicos, el timbre simbólico o descriptivo de consonantes y vocales, el arrastrarse de los grâves adverbios en *mente*: todo colabora en tan sabia poesía.

En la breve “síntesis ideal” de sí mismo que Juan Ramón traza en la Antología de Gerardo Diego, la historia de cada etapa de su vida se cierra con este insistente, doloroso estribillo: soledad. “Mi vida ha sido siempre dulce y aislada”, explica en otra ocasión. Su azoramiento ante la vida, su temor a la acción y a los hombres, hacen del Juan Ramón de la primera época una figura extrema de poeta ensimismado. Hasta el ensueño en que su poesía se envuelve parece una muralla contra el mundo: “Para qué quiero la vida si para nada me sirve” (*Arias tristes*). Así, de espaldas a la vida, lo vemos alejarse, por nocturnos países de sueño y de muerte; refugiarse entre paredes de corcho contra los ruidos de la ciudad; sentir la llegada de cada día como un

jeterno amanecer de frío y de disgusto,
fastidiosa salida de la cueva del sueño!

Ensimismamiento que no logra vencer —observa Emmy Neddermann— hasta su viaje a los Estados Unidos. Y aun no del todo: baste advertir cómo esas mismas ciudades tentaculares que Verhaeren transforma expresionistamente en una crispación de actividad humana, las ve el poeta del *Diario* como en contemplación remota, bajo su pura forma de laberinto impenetrable y hostil.

A partir de esta soledad primera, de la que brota una poesía también egocéntrica y apartadiza —“Yo estoy solo..., yo tengo mucha tristeza”—, Emmy Neddermann va siguiendo la evolución literaria de Juan Ramón Jiménez. En el período siguiente, la sensibilidad del poeta se vuelve más receptiva y su experiencia se enriquece. Abierta ya al mundo, su alma no se detiene hasta identificarse con él: “Yo también quiero ser de oro, cual la hoja mustia...”, “No sois vosotras, dulces, bellas ramas... Es mi alma!”. Y este sentimiento va articulándose, adquiere contextura lógica, llega a ser una filosofía

en germen, como en los intentos de interpretación de la propia alma en *Eternidades* y *Belleza*. Tema que persiste y se agranda en el período siguiente: Juan Ramón se lanza tras un yo supraempírico, “un yo inmortal, más que yo”. Paralelamente, la busca salvadora del interlocutor —más exacto: de un tú al cual dirigir el soliloquio lírico— empieza por la directa y fraternal alocución del viajero solitario al Mar, a la Primavera o a su Corazón. Otras veces, de la soledad y el silencio surgen inciertos interlocutores, *alguien*, *no sé quién*, que sobresaltan al artista con sus voces extrañas (“Silencio... ¿Qué? El campo es todo...”): diálogo del viajero y su sombra. Y no ya su sombra, sino seres cada vez más abstractos e ideales, vendrán luego a escucharle: “tu amor”, la “Eternidad, belleza sola”, la “Verdad desnuda”.

Como vemos, peripecias siempre contenidas dentro del recinto del yo. También ese hastío de su propio nombre, reducido a iniciales, y las tentativas de persistente anonimato (gracioso y triste, y tan de nuestra América, el fracaso de su invitación a un grupo de jóvenes para publicar una revista poética sin firmas) son una huída del mundo. Huída de..., pero, a la vez, huída hacia... Porque soledad y fuga no se resuelven aquí en vacía negación, sino que encierran un núcleo bien afirmativo y constructivo. Así también el “détachement” de Valéry, tan próximo al de Juan Ramón en muchos aspectos, su “perpétuelle exhaustion”, su “refus indéfini d'être quoi que ce soit” sólo se aclaran a la luz de esta otra fórmula dual: “Solitude, netteté désespérée”. Desesperado afán de limpieza, de rigor, de sinceridad bien entendida. Desesperada devoción a lo íntimo, anhelo de crecer en hondura y en eternidad. (¡Perdurar! Todo es vanidad para estos solitarios, menos el temor al Tiempo). Animadas de tantas fuerzas, ¿en qué han de parecerse estas soledades a un indiferente spleen? “Siempre frenético de emoción”, se describe Jiménez en el *Diario*. No es menester menos para vigilar facilidades y castigarlas; para descubrir la propia, escondida ley: tarea mucho más difícil que la de elaborar precipitadamente una retórica e imponérsela a sí mismo; para registrar con dolorosa hiperestesia las vibraciones mínimas de cada instante:

¡Qué inmensa desgarradura
la de mi vida en el todo,
para estar, con todo yo,
en cada cosa;
para no dejar de estar,
con todo yo, en cada cosa!

Queden el desdén y el hastío para la superficie gris del mundo de los que marchan al galope, en caravana, sin ojos para ver. Pero el poeta...

Andando, andando;
dejad atrás los caballos,
que yo quiero llegar tardando
andando, andando .
dar mi alma a cada grano
de la tierra que voy pisando.

Frenético de emoción, el poeta hiende la superficie gris, y recorre ahora con avidez de descubridor la tierra nueva, hasta encontrar el punto en que quede presa su mirada:

Soy como un niño distraído
que arrastran de la mano
por la fiesta del mundo.
Los ojos se me cuelgan, tristes,
de las cosas...
¡Y qué dolor cuando me tiran de ellos!

Frenético de emoción busca y labra las sutiles sustancias con que construirá la Obra, refugio contra tantas huidas. De otro modo, imposible alcanzar ese último dejo de las cosas, que destila Juan Ramón a través de sucesivos alambiques: "Fuga de fuga de fuga. Recuerdo de recuerdo de recuerdo... ¡Aroma del aroma del aroma!"; imposible llegar al verso "sencillo y espontáneo", como gusta decir Jiménez: no el que espontáneamente sube a los labios, sino el que ha cumplido el milagro de llegar a Oriente por Occidente, y condensa ahora en figura simple la infinita complejidad del camino recorrido.

Sí; tan concentrada labor poética requiere un frenesí de emoción, un apasionado culto a la Obra, "¡libre esclavo de su dueño!". Juan Ramón ha dicho: "El volver o no sobre

la propia obra es sólo un problema de amor". Por amor y lealtad a la poesía no cesa él de volver sobre sus versos, no para traicionar su sentido inicial, sino para purificarlo de la ganga que lo rodeaba y extraer del poema —ascéticamente rebajado, una y otra vez, a borrador— otro poema más perfecto y oculto, como de la piedra extraía Miguel Ángel la estatua que *ya estaba allí*. "No modifico el acento ni el espíritu", declara el poeta, "pero si sobran tres palabras o hago un verso ridículo, ¿por qué dejarlos? Hay que volver sobre las cosas para meter la inteligencia en lo que hizo el instinto. Sobre todo, lo que yo persigo, es la tersura. Evitar el verso empedrado". Tersa poesía desnuda es la que Juan Ramón persigue: de una tersura definitiva en que no pueda morder el Tiempo, el enemigo, y ante la cual el propio poeta sepa detenerse, porque "así es la rosa".

No nos extraña que, para quien está absorbido por el culto de la obra, el mundo se le desvanezca en torno. El mundo retrocede a un borroso segundo plano, queda subordinado a la obra como los medios a los fines. Pues eso justamente es: un repertorio de símbolos con que el artista cuenta para expresarse a sí mismo y eternizarse en su canción. ¡Glorioso destino del mundo, servir a la canción del poeta! Sin ella, tampoco el mundo podría sobrevivir.

Del amor y las rosas
no ha de quedar sino los nombres.

¿Qué vale toda la grandeza de un universo incapaz de nombrarse a sí mismo? "La tierra duerme. Yo, despierto, soy su cabeza única". Orgullo de junco pensante. Bien sabe el poeta que, sin él, todo caería en la nada, arrastrado por el tiempo, y que a su muerte "todo será mudo y amarillo", porque sólo él es capaz de vencer con el sortilegio de su palabra la muerte de las cosas.

Todo cae, llorando sin sentido. Se mueren
los momentos, en una esplendorosa fuga.

Y es brevísimo el tránsito entre estar avizorando el instante fugitivo, para salvarlo de su caída, y volver la mirada

hacia la propia inteliencia avizora. Un paso apenas, y del espectáculo del mundo se traslada el artista a la morosa complacencia en el acto mismo de ver. Su pasión no se concentra ya, o no se concentra sólo, en las profundidades de la maravillosa *terra incognita* descubierta tras la tierra cotidiana, sino en las de su propia alma y su propio mirar, de donde toda maravilla nace.

...Era más dulce el pensamiento mío
que toda la dulzura del poniente.

Apolo se ha transfigurado en Narciso. Un Narciso con los ojos muy abiertos sobre su pura imagen en la fuente. Siempre insatisfecho, siempre trémulo de ansiedad y de implacables exigencias. Frenético de emoción. Porque es ahora, ante su obra —pura imagen de lo mejor de sí mismo,— cuando empieza el verdadero drama.

¡Cuántos elementos nos ofrece el libro de Emmy Neddermann para acercarnos a ese drama de poetizar, el más entrañable y doloroso de Juan Ramón Jiménez! Dolor por el perpetuo desajuste entre la visión y la palabra. ¡Quién pudiera naufragar por entero en la experiencia del instante, en vez de detenerse a taquigrafiarla y manipularla! ¡Quién pudiera ser arrastrado por sus visiones, y no tener que tomar posición ante ellas! Dolor de ser otro que la pura imagen en la fuente: de ser otro que lo mejor de sí mismo.

Pero ¿será verdadero poeta el que parece a cada instante rogarnos que le perdonemos el sacrilegio de poetizar, el forzoso pecado de traducir sus visiones traicionándolas? Gran poeta es el que nos hace olvidar el conflicto entre visión y palabra. Gran poeta es aquel en cuyos versos se queman y volatilizan los conflictos, las dudas, los temores, los arrepentimientos, las menudas miserias del hacer, redimidas espléndidamente por lo hecho.

Sí; pero ¿por qué no ha de ser también gran poeta el que fije en monumento breve y perdurable esos mismos conflictos —no poéticos, sino del poeta,— esas menudas miserias? Alta poesía la de Juan Ramón cuando nos lo presenta persiguiendo en su soledad la palabra que venza al tiempo.

Lo vemos, alquimista infatigable, buscando para sus versos
el elixir de la larga vida:

Al lado de mi cuerpo muerto
mi obra viva,

y para sí mismo la piedra filosofal, la Belleza exacta:

...Que mi palabra sea
la cosa misma,
creada por mi alma nuevamente.

Y versos inolvidables relatarán la caza de la Belleza.
Inolvidables, aunque el poeta piense que ella, mariposa de
luz, le ha burlado, dejándole sólo en las manos “la forma
de su huída”.

RAIMUNDO LIDA.

HORAS FLORENTINAS

¡L as ventanas, con rejas, de Florencia! El hierro forjado en forma de hoja, de flor y de rulo, expresando casi un sentimiento. Hay calles que son un torneo, porque sus ventanas parecen desafiarse con la belleza de sus rejas. Y luego el zaguán, con la puerta cancel y el patio. ¿Dónde estoy? Vista de abajo, Florencia parece Sevilla. Pero, ¡ay! no hallaréis tras el arabesco de hierro, el lindo rostro de manola, ni los ojos de lucero, ni las patillas ensortijadas. No veréis tampoco, recostada en el quicio, la figura embozada del galán nocturno. Y no es que falten, no, sin duda, bellas mujeres ni audaces donjuanes. Pero, en Florencia, la libertad de amar ha concluido con las citas tras de la reja. Ha matado su romanticismo. La reja, en Florencia, es una jaula sin pájaro. ¡Adios, baluartes inexpugnables! Una chica que fuma, juega al pocker y calza botas de mujik; ¡ja, ja!... no me hagáis reir. Ya nadie quiere ser inexpugnable. Pero, qué bien sentaba todo eso, junto a una maceta de claveles...

No sólo por sus ventanas, Florencia nos sacude el alma con un sentimiento evocativo. Sus rojos tejados, sus patios con fuentes. Y los farolillos misteriosos en la noche, que lanzan su amortiguado resplandor a través de los vidrios azules, amarillos y blancos, con un arte de la luz y la sombra, que es toda una orquesta. ¡Ah, qué delicia, perderse por las callejuelas y saborear esa dulzura de las noches florentinas! A ratos un ciprés tras de la tapia, dialogando con las estrellas... La belleza es siempre nostálgica. Parece que en ella está lo que uno ya ha perdido o lo que jamás podrá conseguir... Torres almenadas, nos llenan el alma de visiones heroicas, —¿acaso hemos sido soldados?—; viejos claustros ojivales, donde resuena de pronto una campana, agitan en la imaginación un vuelo pausado

de imágenes, —¿acaso hemos sido monjes?—; encrucijada de callejones, tenebrosos, acechantes como una emboscada, donde se nos despierta yo no sé qué instinto de asalto, —¿acaso hemos sido bandidos?—.

Sí, todo eso hemos sido: bandidos, santos, guerreros, —hace cien años, hace mil años . . .

Voy jugando con estas ideas al azar de la ciudad y de la vida. Florencia fué maestra en esos lances. Supo del pecado y de la virtud, como del ingenio y la audacia. Hizo historia, hizo arte. Hoy vive del recuerdo, dentro de sus piedras cansadas, de sus mármoles prodigiosos.



Pero, en todo esto, hay dos corrientes del espíritu que se chocan, que no siempre se unen. El sello clásico, tan hondo en Italia con la fusión greco-romana, y algo más penetrante y acariciador, que está en sus paisajes de cipreses y olivos, en sus torres que son minaretes, en los ojos negros y pies pequeños de sus mujeres. Es un perfume oriental, que se siente en el aire y en el alma.

El "campanile" del "Palazzo Vecchio", el "Duomo" con sus mármoles blancos y negros, ¿acaso no están recordando la mezquita de Kaï-bey del Cairo, esa obra maestra del arte musulmán? Tanto, por lo menos, como el "Palazzo della lana", con sus aleros de madera labrada, tiene su arquetipo en el pórtico de honor del Alcázar de Sevilla. Sí, por Florencia han pasado los antiguos árabes, en cuerpo y espíritu.

Así lo digo al escritor ítalo-argentino que me acompaña, y que no quiere creerlo, porque él, como italiano fascista, piensa que sólo Italia es Dios y Mussolini su profeta. Y nuestra discusión se encrespa y agrava hasta la irritación, cuando una sorpresa viene a resolverla. Cerca del Arno, por donde discurrimos, el nombre de una calle nos detiene en seco: "Vía de los moros". Y no he terminado de saborear mi triunfo, cuando al desembocar en la otra esquina, leo, para consternación de mi acompañante: "Vía de los serrallos". . . Pero, sin esta prueba de carácter histórico, basta con mirar la ciudad desde los viñedos y olivares que suben a Fiésole: Florencia, vista desde arriba, se parece a Granada, con sus tejados,

sus jardines, su melancolía voluptuosa. Es una impresión que yo no confundo con ninguna otra.

—Por eso Vd. supone —arguyo a mi acompañante— que nuestra arquitectura “colonial” nos ha ido de Florencia y no de Andalucía; que es de origen italiano y no español. Y es porque siempre nos creemos el principio y remate de la cadena, y no somos más que un eslabón, a veces aislado. En realidad, las arquitecturas andaluza, florentina y colonial, son tres hijas de una misma familia.

Tiempo perdido. El ha venido a Italia directamente de la Argentina, a donde fué siendo pequeño. Otros lo hacen por el lado de Francia. Se ignora a España. No se ha inventado tanto como se cree.

Es absurdo rechazar esta influencia de los árabes, en la civilización italiana. En España, donde también estuvo de moda esa corriente con don Marcelino Menéndez y Pelayo, ahora acaba de fundarse una escuela de altos estudios arabistas. Y Francia ha levantado una mezquita en el corazón de París, y estudiado en veinte obras la arquitectura del “Mogreb”, bajo cuyo nombre clasifica el arte musulmán de occidente. (Claro está, como que el “Mogreb” es una colonia francesa. Y la Alhambra ¿dónde la dejamos?). Pero de cualquier modo, eso demuestra siempre su inteligencia ágil y aglutinante, con la que ha realizado una gran parte de su cultura. El arte musulmán ¿cobra interés de nuevo? Pues ella trata, en lo posible, de que el arte musulmán sea... francés.



No solamente los árabes. Quien dice árabes dice judíos. Y a veces estoy por pensar si no son uno mismo, recordando —según Carlyle— que Mahoma huyó de Damasco, perseguido por las burlas de los beduinos incrédulos. Y sólo cuando arribó a Medina, poblada casi totalmente por judíos, su religión ardió como un reguero de pólvora. Sería, pues, una de las muchas formas de disimulo, con que éstos han realizado su acción en el mundo, encubiertos bajo un bello nombre. Pero, considerados como “judíos”, han señalado siempre una civilización de adherencia. Con un sentido más trágico y más práctico de la vida, su huella en la ciudad florentina es evidente. Sus artistas, sus políticos, sus banqueros, llevan clarísimo el sello de la raza, ya en sus nombres, ya en sus caras. Y sobre

todo en sus obras. Hoy mismo, Florencia es un baluarte del judaísmo en Italia, desde que su religión ha sido "reconocida", pues antes era sólo "tolerada". Han levantado la más imponente sinagoga, donde miles de almas van a elevar sus preces a Jehová. Son tan numerosos, por lo menos de origen, que buscando yo en la guía el bazar de antigüedades del señor Leví, me hallé con dos páginas de este apellido. Y la influencia semítica, por ambas ramas, ha impreso a la lengua que se habla en Florencia, un ligero sello gutural, que se caracteriza pronunciando el sonido de la c con una perceptible aspiración. Los florentinos dicen "japello" y no "capello"; "jámara" y no "cámara"; "projonsole" y no "proconsole". Paseando por los mercados de las plazuelas, me he vuelto a veces con sorpresa: me parecía estar en Toledo.



Florencia no es alegre. No tiene las canciones de Nápoles; ni siquiera sus bomberos. Los bomberos de Nápoles son el goce estridente de la ciudad, cuando pasan como una avalancha por las calles, parados en lo alto de sus carros, con el aire de cantar una romanza. Creo que a veces hasta les dan avisos falsos, para tener el gusto de contemplarles. Pero todo se perdona, en la molición pagana de la bella ciudad.

Florencia, en cambio, es de una tristeza dramática, cuyo origen se hallará tal vez en el sentimiento que tiene de su decadencia. Ya no más reyes al mundo, no más papas a la cristiandad, no más artistas y filósofos al espíritu. Su alma está tan vacía de inquietud, como sus palacios de vida humana. Ya es cosa de museo toda ella. Vive por el pasado.

En sus paredes, de colores sordos, voy leyendo el nombre de las calles. "Vía de la muerte"... Y, de pronto, todo se oscurece. Una larga mancha tenebrosa, avanza por medio de la calzada. ¿En qué edad me encuentro? Esas figuras vestidas de negro, cubiertas con agudo capirote de inquisidor, la faz enmascarada, ¿acaban de salir de un sepulcro? No, no salen: van hacia él. Son los acompañantes de un difunto. Dos grandes hachones, dejando asomar la cera pálida entre los lutos dolorosos, chisporrotean con un caer de lágrimas ardientes. Detrás, algunos frailes, repitiendo preces. Y el

muerto en hombros, sobre parihuelas fúnebres, y sin más diferencia con los vivos que la posición horizontal. Pasan silenciosos y rápidos. Queda en el aire un olor de ultratumba, y siento mi alma envejecida. De pronto me asalta la inutilidad de vivir. El mundo no tiene flores ni sonrisas. Todo es error. Todo es en vano. Algo se debate dentro de mi corazón con las alas tronchadas... Y para huir a esa pesadilla, me aventuro por la primera calleja, haciendo resonar las losas en el hondo silencio crepuscular. Leo: "Vía de los ciegos". Quiero escapar de allí también. Necesito un rayo de claridad, una ala de fe que me levante. Desemboco al final en un pozo de hielo: tres muros sin ninguna luz, sin ninguna esperanza. Leo: "plaza de los locos" (1).

He vivido, en pocos minutos, un canto del Infierno.



Así como Nápoles es el paraíso de los gatos, Florencia es el edén de los perros. Un edén sin Evas tentadoras y, por lo tanto, sin los riesgos del exilio. Yo creía que la vida social de un can de buena familia, se limitaba a una manta abrigada, a una comida nutritiva, a un bozal elegante. Cuando más, la prolongaba hasta el paseo por las calles y plazas, en procura de higiene natural. O, en casos fortuitos, a una permanencia en el bar, bajo la mesa o sobre la silla, dentro de una corrección inobjetable. Eso, aparte de las expansiones de orden privado que escapan a la pública consideración. Y ya era mucho. Pues, me equivocaba. En Florencia, los perros viajan en tranvía, ocupan su asiento y pagan su boleto. Yo he tenido uno a mi lado, y puedo jurar que en nada me molestó el acompañante. Observaba con atención el paso de las calles, y fué él quien advirtió a su dueña. Descendió con la naturalidad de una persona. También se les permite el acceso en el teatro y en el cinematógrafo, y es un error no cobrar por su entrada, porque siguen el espectáculo, y hasta suelen dar su opinión con algún reprimido bostezo. Una noche, con motivo de pasarse en la pantalla una fiesta política, las gesticulaciones del Duce al hablar, no fueron completamente del agrado de un can que estaba en la platea. Empezó a ladrarle. Y aquello

(1) En realidad, "Piazza dei Pazzi", se refiere a los hermanos Pazzi, enemigos de los Medici.

hizo mucha gracia a los florentinos, que son tentados de la risa y tibios fascistas. Por dos minutos, desde la sombra anónima, asistimos al episodio más hilarante que puede imaginarse. Hasta que el perro fué invitado a salir.



Pero no todas las calles de Florencia tienen nombres sombríos. Algunas son cándidas como un salmo pascual: "Vía de la azucena", flor simbólica de la vieja república. Otras son galantes como un piropo: "Vía de las bellas mujeres", nombre que podrían ostentar todas las calles de Florencia. O dulces como la misma ternura: "Vía de los viejecitos". O "de los terciopelos", a que tan aficionadas son aquí las damas, llevándolos frecuentemente en sus birretes y jubones. De tal modo, que me dan la ilusión de que los siglos no pasan. Acaso, ¿no acabo de ver a esta florentina, que ahora pasea por la "piazza del Duomo", no acabo de verla, pintada, en el "palazzo Pitti"? La naturaleza ha repetido incesantemente el modelo; y el hombre, después de cuatrocientos años de veleidades, ha caído en la cuenta de que la belleza, como la felicidad, se esconde siempre al alcance de la mano...

Y al azar de las calles, anoto ligeras observaciones. El goce de las mayólicas, por ejemplo. Los pequeños platos historiados, con guardas y refranes llenos de sabiduría. Una sabiduría un poco tosca y por eso más cerca de la verdad, como los vinos del lagar aldeano. Entramos, con mi acompañante, que no quiere creer en el origen oriental de la cerámica. Garrafas, platos, búcaros, con todo lo demás que ya se sabe. Veo que se enamora de un jarrón y se vuelve hacia mí, con ánimo de darme una conferencia. Ya están por salir de sus labios citas clásicas, cuando el dueño del bazar le interrumpe. Es un joven de ojos azules, nariz aguileña y cabello crespo, con ese aire típico de los mercaderes levantinos. Dice: "Ese modelo lo he copiado este año en mi viaje por Siria..." Mi acompañante abandona el jarrón, como si le quemara las manos.

Hay un cenicero cubierto de sentencias, que tengo gusto en anotar. Traduzco libremente: "Quien puede, no quiere. Quien quiere, no puede. Quien sabe, no hace. Quien hace, no sabe. Y por eso, el mundo va mal". El dialecto presta a la idea un dejo de sabiduría

rústica, que pierde en la traducción (1). Pero el fondo no lo mueve un ariete.

Al salir de allí, caemos en la "vía del purgatorio". Un par de comadres chismorrea a la sombra de un portal, una de ellas pintarrajeada, que me hace recordar aquel verso de Quevedo: "No vistas al gusano de confite". Luego, a los pocos pasos, nos metemos por la "Vía del limbo", una callejuela blancuzca, ni fría ni caliente. Todo ello va a terminar en la "Vuelta de la vieja", donde se tuerce el camino hacia una plazuela de poca luz. Un niño anda allí, solito. "¿Vd. no cree que el Dante haya jugado por aquí, cuando era chico, a las bolitas?", digo yo, recordando que a menudo los hombres de genio fueron niños tristes y solitarios. No me contesta, pues imagina que le tiendo algún lazo...

Sobre los muros asoman las magnolias en flor. Esto me recuerda mi tierra. Hemos andado por varias calles y llegamos al Arno. Un río amarillento, al que le falta agua o le sobre cauce. Pero lleno de poesía. El "ponte vecchio" es una calle que pasa sobre el río, con casas y todo. Cada casa es un pequeño bazar, rutilante de joyas. Cruzamos al otro barrio, echando a andar por la vía Guicciardini. En el número 16, nos detiene una lápida. Dice: "Casa ove visse Niccoló Machiavelli e ví morí il 22 giugno 1527 di anni 58 mesi 8 e giorni 19". Riqueza de datos que habría hecho reír, sardónico, al gran florentino, al recordar los miserables cien florines que le pagaba, por año, la avara república. Pudo agregarse: "dejando a su familia en la mayor miseria". Pero, como se trata de un alto espíritu, inútil es decir que no murió en lecho de rosas.

A pocos pasos, la calle más desolada que haya visto en mi vida. No hay una reja, ni una flor. No se vé un alma. Leo: "Vía dei jiudei".

El tranvía nos libra de allí, llevándonos en un paseo por el contorno. Anoto entre mis impresiones el cementerio de "los ingles-

(1) Chi po non vo
 Chi vo non po
 Chi sa non fa
 Chi fa non sa
 e cusí il mondo
 mal vá.

ses", que ocupa el centro de la "piazza Donatello". De él, se dice, tomó Boecklin su visión para pintar la "Isla de los muertos". Verdad es que, por su forma alargada, la sombría quietud de sus cipreses recuerda, sí, la composición un tanto literaria del cuadro fantástico, que, según otros, le fué inspirado por la isla de Corfú.

Entrando de nuevo a la ciudad, ya prendidas las luces, nos detenemos a contemplar una casa de persianas verdes, sobre cuyo frente hay una lápida, que dice: "Raffaello da Urbino fu ospite di Taddeo di Francesco Taddei in questa casa nel MDV". A un costado, un farolillo ilumina una imagen que apenas se vislumbra a través del empañado vidrio. Este encuentro me proporciona un bello pensar, durante unos minutos; y luego reanudo la marcha, palpando sobre mi pecho ese pequeño tesoro de ilusión, que preciso todos los días, para de noche poder cerrar los ojos al sueño de la eterna esperanza



En todas las ciudades de Italia existen apellidos españoles. En Florencia, más que en ninguna. Y son los menos comunes, como Enríquez, Avila, Cané, Paz. Aparecen en letreros de comerciantes y chapas de profesionales. El nombre de Soria figura entre los fuertes banqueros de la ciudad. Les converso de España, y no tienen el menor antecedente. Es tan unánime esta ignorancia, que hasta dudo de que sea sincera. Pero, eso sí: escuchan, con interés, todo lo que les digo, y a veces un relámpago de gozo ilumina sus ojos negros.

En mi calidad de argentino, soy en Italia muy bien apreciado. No llego al éxito de un futbolista, pero no por eso me siento envidioso. Hasta el hotel alcanza esta consideración, pues en mi honor el "maître" me hace ofrecer los platos en castellano. La gente mira extrañada, cuando el camarero me pregunta: "¿cordero?", o sino: "¿manzana?". El dueño me pide la receta de un plato de mi tierra, y se la doy. Como no es época de choclos, hago poner garbanzos. Tal vez cargo la mano en los ingredientes con el temor de que salga mal y deshonne a la patria. (Ya tuve mi éxito en Nápoles, con unas empanadas). Por eso, al otro día, me presento en el salón con la inquietud de un debutante. En la lista se lee, con claras letras: "puchero a la argentina". Naturalmente, no he podido vencerlos de que el puchero encierra dos platos. Y ha resultado una

especie de guiso. Tiene, sin embargo, un ligero sabor al terruño, y yo me lo devoro. La gente come, se ríe y le gusta. Eso de puchero, cordero, sombrero, les hace gracia. Se canta muy a menudo en castellano, sobre los escenarios de variedades. Aun tengo en el oído: "buena noche señora, mi querida señora", que no sé si es de un tango argentino o de un danzón cubano.



Las colinas que rodean a Florencia cambian, cada día, de color. Esto da una sorprendente variedad al paisaje. La otra semana aun eran verdes; después se cubrieron, a trechos, con grandes pántinas de hierro oxidado; hoy, a través de su follaje marchito, dejan asomar trozos de cal y manchas de cobalto. El cielo sin sol, extiende la luz sobre la húmeda coloración, con una eficacia que sólo se sorprende en los pintores florentinos. Porque todos estos paisajes tienen el prestigio del arte y de la realidad.

Voy subiendo en dirección a Fiésole, mientras Florencia aparece y desaparece entre los desgarrones de la bruma, el repliegue de las colinas o los bosquecillos de olivos. De cuando en cuando, alguna "villa". Sí, desde luego, esa arquitectura tiene parecido con nuestro "renacimiento" colonial. Sobre todo en las ventanas, con sus rejas y la franja de ocre que las encuadra, y en los tejados de un rojo sangre. El fondo de cipreses completa la ilusión, dando al conjunto esa mezcla de infantil encanto y profunda melancolía. (Les arabes y apporterent la ligne de cyprès hauts et tristes, les myrtes fins et pressés, la grâce des orangers et grenadiers pour les cacher dans le "patios" de ses splendides palais, en Andalousie. *Art du jardin*). Y todo esto resulta exótico, para el que viene de Roma. Habláis con un florentino, y nada sabe. Ellos y sus casas están allí desde el origen de la humanidad. Y de pronto, una crítica mía, lanzada ex-profeso, les descubre un doble fondo, cuya profundidad es insondable...



En la "piazza della Signoria", a la hora en que los gallos anuncian las doce. La luna baña, de arriba abajo, todo el frente del "palazzo Vecchio", dándole una claridad fantástica de ultra-

tumba. Su alta torre se alarga todavía más, como exaltada por el gran azul de la noche. Sus almenas se pueblan de una muchedumbre, que se entrechoca sin hacer ruido. En el balcón aparece una dama, acaso Eleonora de Toledo, tal como se halla pintada por Angiolo Bronzino, allí cerca, en el "palazzo degli Uffizi". Y a su lado ese "caballero desconocido", del mismo Bronzino, que lleva en la Galería el número 1575. Ella agita un pañuelo de encajes. Suenan trompetas y ondulan por el aire los gonfalones, que ostentan bordado un lirio rojo. El caballero se saca el birrete de velludo, y saluda agitándolo varias veces. La multitud que puebla la plaza responde con un grito unánime, pero que no se oye. Allí cerca, junto a la fuente que decoran las diosas y sátiros de Juan de Boloña: allí donde aparece embutido en el pavimento un gran disco de cobre, se halla levantado un patíbulo. Arde la hoguera con lenta y voluptuosa crueldad. Y se va quemando vivo el cuerpo de un fraile. A los reflejos de las llamas, brillan sus grandes ojos tristes, sobre la corva nariz de águila, y sus gruesos labios sonríen vagamente... Las estatuas de mármol cuchichean, pasándose un nombre, de unas a otras; un nombre que resuena con lóbrego rumor: Savonarola. Y es el fraile que está en la pira.

El Perseo de Benvenuto, aparece sobre el pretil de la Loggia dei Lanzi. Levanta en alto la cabeza degollada de la Medusa, como un racimo de víboras que chorreara sangre...

ERNESTO MARIO BARREDA.

ACTUALIDAD

FISICA Y METAFISICA DE LA DEMOCRACIA

TRADICIONALMENTE, la política ha sido un arte sencillo: el de captar voluntades y equilibrar ambiciones. Un príncipe italiano —el rey Fernando de Nápoles— tradujo un día, ingeniosamente, esa impresión de simplicidad cuando afirmó que, para gobernar bien a los pueblos, se requerían sólo tres F: *feſta, forza y farina*; esto es, literalmente, “fiesta”, “horca” y “harina”. La fórmula, acaso irreprochable bajo climas absolutistas, no sirve para regímenes donde el mero “individuo”, convertido en “persona”, es la fuente de la soberanía. La patriarcal simplicidad de la técnica política en los viejos absolutismos se deshizo cuando empezó a funcionar la máquina del Estado democrático; y sin embargo, nadie negará que hoy asistimos a una especie de retorno a los antiguos cánones del empirismo político, apenas enmascarados tras la fraseología de una propaganda refinada. ¿Habrà que resignarse al diagnóstico consabido, y repetir una vez más que “la democracia está en crisis”?

Muchas cosas se ocultan tras el aserto —hoy difundidísimo— de que la democracia sufre una radical transformación; pero es fácil reducirlas, y por un proceso que va de lo superficial a lo profundo, señalar que la crisis de la democracia se identifica ora con la crisis del parlamentarismo, ora con la crisis más honda del parlamento mismo, ora, en fin, con la crisis de una formación histórico-cultural, esto es, con la crisis de la burguesía y de su Estado plutocrático. Las combinaciones inmorales de los partidos, el despotismo de las mayorías en las asambleas legislativas y del parlamento en la

marcha general de la administración, la atmósfera turbia de un régimen "donde se entra con convicciones y se sale con intereses", han sido cien veces descriptos y fustigados, sobre todo en Francia, donde el sistema parlamentario funciona en un ambiente de extrema libertad de discusión, cual corresponde a un pueblo que hace de la inteligencia un verdadero valor colectivo. Pero era poco corroer, a través de esas críticas, la fe en la eficacia del gobierno ejercido por las asambleas legislativas; requeríase herir la entraña misma de la organización democrática, negar la racionalidad y la eficacia del propio parlamento, aun sin régimen parlamentario; y entonces se adujo el doble reproche de que los parlamentos carecían de competencia de todo lo que no era del resorte exclusivo de la política, y de que —ya en lo político— no reflejaban con fidelidad la compleja estructura de las sociedades contemporáneas, pues se inspiraban en el individualismo atómico de la revolución francesa, consagrado por el sufragio universal. Ambos reproches se aderezaron con consideraciones metafísicas sobre el contraste de la "calidad" con la "cantidad", y sobre el pecado lógico que supone la elección de los superiores por los inferiores. ¿Hubo más? Sí lo hubo: las gentes aficionadas a cierta filosofía de la historia, se desentendieron de estas menudas querellas alusivas a lo que desdeñosamente llamaban "la técnica política", y exhibieron al régimen democrático periclitado como la burguesía de que era la expresión. ¿No se identifica el moderno Estado democrático, en una fase avanzada de su evolución, con el Estado plutocrático? Si las predicciones de Marx no se cumplieron en cuanto a la supuesta concentración progresiva del capital, se realizaron en cuanto al creciente predominio de la alta finanza sobre el Estado liberal. El agotamiento histórico de la burguesía explicaría el "climacterium" del régimen democrático liberal.

Nunca los regímenes políticos mueren por las críticas que suscitan, sino en virtud de procesos históricos que, en definitiva, son el antecedente y la causa de esas críticas; después de lo cual hay que reconocer que las acusaciones antes resumidas —algunas de rara corpulencia— no poseen todas la misma jerarquía por no ajustarse con igual fidelidad a los elementos reales y racionales que deciden en la cuestión. Así, si se prescinde de la solidaridad infundada que se pretende establecer entre la democracia y el parlamentarismo (pues ni Suiza, ni Estados Unidos ni la República Argentina poseen ese

sistema de gobierno), cabe ceñirse a la que se señala entre el parlamento y la democracia, por una parte, y entre la plutocracia y la democracia por la otra.

En los parlamentos se habla mucho, sin duda, y sobre las materias más diversas; pero, ¿no es esto de la esencia de los parlamentos? El nexo que, mediante la etimología, une a "parlamento" con "parlar" y a "parlar" con "parábola" es significativo. El tecnicismo de los Parlamentos consiste así en carecer de tecnicismos, pues tales cuerpos no constituyen otra cosa que "comités de quejas y congresos de pareceres", es decir, órganos auténticos de la opinión pública nacional. En cuanto a la falta de concordancia entre el Parlamento como cuerpo político, y la estructura social de las naciones contemporáneas, es sabido que empieza a hablarse de procedimientos que, sin excluir el sufragio universal, hagan posible un sufragio "social", como lo sostiene, en un libro de vasta difusión, aparecido hace dos años, el profesor Lavergne, de la Facultad de Derecho de Lila. En fin: ¿quién se detendrá todavía en el sofisma que se esconde tras el argumento del triunfo de la cantidad sobre la calidad en los países republicanos? "Cuando se habla del triunfo del número en la democracia —observa de Ruggiero— se olvida que no es un número de ovejas o de bueyes aquello de que se habla, sino de hombres, y que por lo tanto, la cantidad es la expresión simbólica de un valor cualitativo". Queda todavía la identificación de la democracia actual con la plutocracia, la capitulación del Estado liberal ante el monopolio de la función directriz de la economía por la alta finanza; pero si en muchos casos los hechos revelan, en efecto, síntomas claros de una dictadura financiera en el seno de las organizaciones nacionales contemporáneas, no es menos cierto que cabe contrarrestar el influjo de este "cuarto poder" (la prensa sería su mero reflejo) sea —como lo propuso Hauriou— haciendo del Estado el más potente de los barones financieros dentro del moderno feudalismo industrial, sea con reformas que permitan "parlamentarizar la lucha de clases", según la expresión de Jouvenel.

Es innegable, no obstante, que el mundo asiste a una "crisis de la idea de libertad" en provecho de la idea de igualdad o de la idea de seguridad: de la idea de igualdad, en los regímenes de ideología radical; de la idea de seguridad, en los regímenes de ideología conservadora. Hay siempre, en toda sociedad democrática, un anta-

gonismo latente y soterráneo entre la libertad y la igualdad o la libertad y la seguridad. Las masas, fanatizadas por el sueño de la igualdad o deprimidas por la pesadilla de la inseguridad, se encadenan voluntariamente al Estado. Nace la estatolatría, —el culto del Estado—, impuesto por las mismas masas. Si se tiene presente que la esencia de la democracia se halla definida por el doble concepto de “los derechos individuales” o de “las libertades individuales”, y del “derecho del pueblo” como entidad a gobernarse por sí y a crear su propio Estado, se advertirá, sin esfuerzo, cómo la acentuación de uno u otro concepto y la exaltación del Estado a través del segundo, definen una “era liberal” o una “era autoritaria”, con el doble matiz “igualitario” o “conservador” en la última. Este contraste se halla anunciado, en cierto modo, en el famoso paralelo que trazó Benjamín Constant, hace más de un siglo, entre la libertad de los antiguos y la libertad de los modernos: entre los antiguos, el individuo, prácticamente soberano en los asuntos públicos (delibera sobre la guerra y la paz, pronuncia fallos, vota leyes, etc.) es esclavo en todas sus relaciones privadas; al paso que entre los modernos, el ciudadano, independiente en la vida privada, sólo es soberano en apariencias. El panorama de la política mostraría hoy un cierto retorno a la concepción antigua de la libertad, en cuanto que los regímenes dictatoriales en vigor parecen apoyarse, más o menos efectivamente (o buscan conseguirlo), sobre la voluntad de grandes masas de ciudadanos.

La sospecha de que en el mundo moderno se define cada vez más un ritmo de “períodos liberales” y “períodos autoritarios” —de igualación o de jerarquización en los últimos— se abre camino sin esfuerzo. Lo interesante, en todo caso, es destacar lo que hay de variable y lo que hay de inmutable en la idea democrática. La manera cómo cada pueblo y cada etapa del desarrollo de la humanidad concilien la autoridad con la libertad, o los derechos del Estado con los derechos del individuo, depende de las circunstancias mismas de la vida histórica. Es lícito, así, separar una “física de la democracia” —conjunto de condiciones psíquicas y sociales que promueven o facilitan la estabilidad de esa estructura colectiva—, de una “metafísica de la democracia”, que mira al principio supremo de que se nutre la idea democrática. Esta sencilla distinción aclara muchas cosas. Aclara, desde luego, el desprestigio de la idea de li-

bertad ante las masas de hoy. Un factor permanente actúa: la fatiga engendrada por la civilización. Toda alta civilización plantea al individuo el problema de conciliar la administración de sus fuerzas nerviosas con la administración de sus libertades políticas. Nada más sencillo que responder a la complejidad y multiplicidad de los estímulos que obran sobre el hombre de las grandes urbes, con la simplificación de los deberes cívicos. A este factor general se unen ahora la sensación de inseguridad traída por las guerras y las crisis, lo que favorece la aparición de una mentalidad mística, y los alardes suasorios permitidos por la maravillosa técnica de la propaganda política que hoy domina. El individuo es sutilísimamente halagado, por una parte, e intimidado por la otra, y ello perturba el normal funcionamiento de la opinión pública. En fin: la decadencia de las clases medias es otro factor de la situación, como lo prueba el caso de Francia, en cuya sólida masa de agricultores y pequeños propietarios reside, acaso, el secreto de la firmeza de su credo republicano.

El privilegio supremo de ser hombre —más valioso que el privilegio de ser noble o proletario— explica la perennidad de la idea democrática, su "esencia evangélica" para repetir la frase de Bergson. La metafísica de la democracia se identifica así con el derecho natural, esto es, con una cierta concepción de la personalidad humana como portadora de valores y como generatriz del Estado. Es claro que esa concepción de la personalidad es solidaria de la idea del destino del hombre, y que tal idea varía en cada gran etapa del desenvolvimiento de la humanidad; pero no parece que el antropocentrismo racional que culmina con Kant, haya agotado sus posibilidades para armonizar las relaciones humanas, ni que en el consabido duelo entre el individuo y la comunidad debamos sacrificar al individuo. "El sábado por causa del hombre es hecho, no el hombre por causa del sábado", se lee en el evangelio de San Marcos.

Toda concepción, teológica o laica, de la actividad política, no puede olvidar que el hombre sólo se hace plenamente "hombre" cuando se hace plenamente "persona", esto es, cuando por el reconocimiento de la norma, y bajo la soberanía de la razón, pasa de la espontaneidad a la libertad y de la mera existencia a la verdadera vida. Así se logra para la libertad la primacía en la escala de los valores sociales: y éste y no otro es el sentido perenne y trans-histórico del ideal democrático, a diferencia del relativismo inherente a

las condiciones históricas bajo las cuales él se realiza. Por lo que toca a las *élites* que participan en la actual civilización, es obvio que necesitan simplificar las condiciones de la existencia, reducir las causas depresoras de la voluntad, fortalecer las clases medias, vigorizar la opinión pública y desvalorizar un tanto la idea utilitaria de "bienestar" y el anhelo sensual de seguridad, si quieren eludir el riesgo de que —como advirtió el clásico— por asegurar la vida, lleguen a perder las razones que hacen a la vida digna de ser vivida.

RAÚL A. ORGAZ.

Córdoba, 1937.

JOTABECHE

UNO de los nombres literarios más populares de las letras chilenas es, sin duda, el que tomó José Joaquín Vallejo: *Jotabecbe*. Vivió de 1811 a 1858. Nació en la minera Copiapó. Desde los años de adolescente tuvo inclinación por los estudios. El Gobierno de aquel entonces (1828) creó en el Liceo de Chile, dirigido por el liberal español José Joaquín de Mora, cuarenta y dos becas. Entre los agraciados, en mérito a su talento natural, figuró el futuro gran costumbrista copiapino.

No pudo, sin embargo, terminar sus estudios de Leyes. Las estrecheces económicas lo llevaron al comercio menor, como empleado. Más tarde lo nombraron Secretario de la Intendencia de Maule.

En el desempeño de ese puesto, aunque al comienzo no tuvo dificultades, terminó mal, pues fué reducido a prisión. Este desagradable incidente despertó en Vallejo al escritor satírico y violento de la primera etapa, escritor que con los años —Cronos es dios que todo lo empaña con el olvido— depuró sus pasiones y su estilo.

Empezó colaborando en un periódico de oposición en aquella época, intitulado: *Guerra a la tiranía*. Para ilustrar a los lectores de cómo eran las publicaciones de esa fecha, nada más preciso que un párrafo de Manuel Blanco Cuartín, escrito en 1860: "¿Hay alguien que no sepa lo que ha sido nuestra prensa en cincuenta años? ¿Hay una sola persona que ignore que ha sido y es exclusivamente (no hablamos de la prensa de los Irrisarris, Salas y Henríquez, porque realmente sería una ingratitud y una mentira) el eco no de la inteligencia para la difusión de los conocimientos, sino el órgano de las pasiones políticas, de los intereses egoístas, de las personales aspiraciones, de las susceptibilidades de nuestro quisquilloso amor

propio, y, en una palabra, un elemento sólo de desorden y desmoralización o bien para sacudir la inerte apatía de las multitudes o bien para acallarlas, cuando, movidas por la declamación de sus males, han amenazado trastornar las instituciones existentes?" *Artículos*, p. 272, Imp. Barcelona, Santiago, 1913. (Biblioteca de Escritores de Chile).

En tal periodismo se inició Jotabeche. No era, por cierto, una prensa ejemplar. Pero no voy a considerar su aspecto de "pasquiner", porque representa el lado negativo de su personalidad. Por otra parte, esa porción de sus trabajos está justamente olvidada. No puede ser de otro modo, pues presenta la licenciosa expresión de sus pasiones. No es obra de arte, obra que aspire a la eternidad, eternidad — en la esperanza, por lo menos — a que tiene derecho el arte puro y noble.

Como escritor de costumbres, Jotabeche ha ejecutado una labor digna de loa. Pero su humorismo y realismo, de tan acentuado color local, hay que tomarlo no sólo como un pasatiempo para llenar el ocio, es necesario cavilarlo. La literatura de Vallejo, en su jocosidad y dicacidad, contiene una filosofía práctica valiosa.

Jotabeche es el más agudo observador del medio social de su época. De modo que posee un valor de documento interpretado de buena marca. Además, al margen del chiste, pone reflexiones que es preciso meditar. Literato satírico exageró la verdad. Es la verdad deformada por el humorismo; no, la verdad pura, objetiva, la que se encuentra en sus escritos.

Se ha dicho, con bastante frecuencia, que el costumbrista chileno debe a Larra sus modos literarios. Tal afirmación ha podido extenderse y llegar a ser común sólo por pereza. Sin embargo, un estudio prolijo de los recursos íntimos de ambos escritores, permite establecer radicales diferencias. Es verdad que Vallejo fué un lector fervoroso de Fígaro. Pero ello no basta para realizar un influjo permanente ni profundo. Jotabeche no fué nunca un desencantado. El medio social le fué adverso sólo al comienzo de su carrera. Más tarde tuvo fortuna y honores. Es cierto, sin embargo, que como diputado y diplomático no tuvo brillo. Larra, en cambio, no alcanzó a la estación de las cosechas. Murió —por propia voluntad— cuando vivía los años más tormentosos de la vida del hombre. Fué un incomprendido. El ambiente hostil no le permitió satisfacciones

morales ni materiales, Larra más que galicismos de dicción tuvo galicismos mentales que le vedaron la simpatía de sus connacionales. En cambio, Vallejo ha sido uno de los escritores más chilenos que hasta hoy haya existido. Fué el primero en preocuparse con interés de la belleza de Chile. Su humorismo es sano y vigoroso; el de Larra es más universal y en su amargura llega a ser corrosivo. El español escribe para la humanidad; el chileno, para chilenos y los amantes de Chile.

Larra, por lo demás, es romántico, a pesar suyo; Jotabeche, realista. Para el primero la razón esencial de la vida es la emoción, la melancolía, la soledad; para el segundo la razón de la existencia, el espíritu público, la alegría, el placer.

No obstante, es necesario hacer el estudio de ambos escritores con textos a la vista. La lectura detenida de los dos llevará al convencimiento de lo que he dicho. Y no me he referido para nada a la situación cultural de ambos países. Mientras España es una nación patinada de siglos, Chile es un pueblo infantil que apenas ha nacido a la vida independiente.

La comparación no tiene, por lo tanto, solidez. Carece de fundamentos serios. Son distintos, aunque algo parecidos. Las realidades que tienen ante sus sentidos son radicalmente diversas. No tenían estímulos semejantes. De modo que su fondo emotivo es dispar.

A propósito del presente problema, resulta oportuna la opinión de Julio Cejador: "Se le ha comparado con Larra, cuyos escritos no conoció en sus comienzos; pero de los cuales fué después muy aficionado. Parece de hecho, no poco, no por imitación, sino por índole nativa, no ya tan sólo en haber cultivado el mismo género con el mismo sobresaliente ingenio, sino en retratar en sus cuadros satíricos con extraña fidelidad el dialogado y maneras de decir populares, y en la desenvoltura y ligereza de estilo". Más adelante agrega: "Las críticas, originales, desenfadadas, humorísticas de Vallejo jamás tienen la amargura, desengaño ni menos el descorazonamiento de *Fígaro*". (*Literatura Castellana*, t. VII, p. 314).

Me parece que con lo escrito es suficiente para probar la independencia de Vallejo con respecto a Larra. El asunto se presta a discusiones. Pero para disputar en esta cuestión es necesario no apasionarse. De todos modos el problema queda sólo, temporalmente,

solucionado. Puede suceder que nuevos datos den distintos resultados, sin embargo.

Jotabeche es hasta hoy un escritor leído. Su obra es reducida. Es la tragedia de las letras nacionales: los espíritus mejor dotados las abandonan pronto. Resulta triste constatarlo, pero el costumbrista glosado, es el primero de la fatal serie.

El estilo de Jotabeche es suelto, flexible; posee comparaciones felices, la dicción es propia y precisa; el vocabulario a la par castizo y local, de manera que se enriquece en colorido, jocosidad y justeza. La frase está bien construida y es armoniosa en su porte y en sus elementos. Es, en una palabra, un escritor que conoce los recursos de la técnica literaria, técnica que le permite pulir y alquitarar sus períodos.

El humorista, sin embargo, no tiene la virtud de la medida. Recarga los motivos y las fábulas con el objeto de conseguir, no la sonrisa, sino la carcajada. En el humorista no hay que buscar el retrato, sino la caricatura, el acento exagerado, el tono zumbón.

Jotabeche no escapa a esta especie de ley literaria. Muchas veces se vé que la verdad que presenta, no puede ser sometida a los cánones de la lógica. No importa. Sin embargo, conviene no olvidarlo. Es su obra documental, pero de un documentalismo subjetivo, personalísimo.

Es preciso, asimismo, buscar lo profundo, lo que emana de la amenidad y posee un fondo de ideal. No se comprende al escritor humorista, sino cuando se piensa que es un idealista sincero y afanoso. No presenta, empero, la cara desnuda a sus contemporáneos, sino tapada con la máscara del actor cómico.

Jotabeche hace reír y pensar. De esta doble virtud irradia su valor de permanencia. Es necesario buscar en él al maestro que enseña riendo, y por ello maestro muy amado.

B. Vicuña Mackenna ha hecho del diputado un retrato lleno de brillo y de gracia: "Era entonces Jotabeche un hombre de 45 años, de rostro encendido, vivo y casi agrio, porte militar, voz ahuecada y desapacible, gesto impaciente, lengua incisiva y picante como cáustico, levantado tupé sobre preñada frente, retorcido bigote en boca fina y osada; en una palabra, un coronel retirado con treinta años de servicios, descontentadizo y renegón, que gustaba cruzarse el frac azul al pecho, y que cuando hablaba en la cámara, lo que

no era frecuente, solía terciar la capa como gladiador". (*Páginas Olvidadas*, p. 180).

Es preciso tener presente que el literato y el diputado son una misma persona. El más chileno de los escritores de Chile era, además, un criollo malicioso y un provinciano orgulloso de ser provinciano; "mala-lengua", al decir de él mismo (*Las tertulias de esta fecha*), sabe captar las palpitaciones de la hora que vive con plenitud no exenta de socarronería.

Jotabeche no tuvo una línea política definida. Fué variable, inconstante. A este propósito es muy justo lo que dice Domingo Arteaga Alemparte: " Muchos de sus admiradores sufrieron una penosa decepción cuando, una vez diputado, fué a tomar lugar en las filas del bando conservador que el Sr. Montt encabezaba. A la verdad, ello no era más que una consecuencia de las leyes a que obedece la organización de nuestros partidos, en la cual las simpatías personales forman casi siempre el núcleo, las conexiones de principios sólo la corteza". (*Vida y escritos de don José Joaquín Vallejo*, pág. 458).

Pocas veces se ha dado un juicio más certero de los políticos chilenos. ¿Sería menester decir que hay excepciones? No son, en general, hombres de principios. Operan sólo al influjo de "las simpatías personales". Rara vez gustan de los conceptos puros.

Jotabeche pasó de la oposición más aguda a la tienda más reaccionaria. ¿Contrasentido, conveniencia, desilusión? En 1844 dijo: "Me podré con los retrógrados a cuyo bando tengo el honor de pertenecer". (*La Cuaresma*). No es, ciertamente, muy meritorio girar en ideas ciento ochenta grados; pero, por lo menos, tuvo el valor de confesar su nueva y definitiva colocación política. En el hondón de su yo, había mal oculto un cesarista entusiasta y convencido.

Chile había entrado en 1842 a la tranquilidad política, tranquilidad asegurada por una constitución conservadora. La obra de Portales, el *Canciller de Hierro*, cimentó en sólidas bases el país. De modo que los caciques tuvieron, mal de su grado, que refrenar sus apetitos de Poder.

Chile comenzó a prosperar. Tranquilizados los espíritus, pudieron dedicarse a las tareas desinteresadas los hombres mejor dotados. Las actividades intelectuales eran reducidas. Pero la llegada del sabio

Andrés Bello abrió perspectivas literarias a la juventud de su tiempo. El magisterio del prócer de la cultura chilena ha sido reconocido y apreciado; pero todavía necesita nuevas interpretaciones, pues la faena por él realizada vibra aún en el ámbito nacional.

La buena organización política de Chile y la permanencia en el país de Bello, he aquí las dos causas fundamentales del *movimiento literario del 42*.

Pero hay una tercera causa inmediata de tal momento: la presencia de los desterrados argentinos. Figuran entre ellos Sarmiento, Alberdi, Mitre, López, etc. "Esa colonia de emigrados —dice D. Gonzalo Bulnes— contrastaba singularmente por la solidez de sus estudios, con el letargo en que estaba sumida en Chile la inteligencia y el espíritu público."

"Como es natural, adquirieron pronto un poderoso ascendiente en la prensa y en todos los órganos de publicidad. Su aparición en el diarismo produjo una revolución literaria. Sus artículos eran un eco lejano, pero sonoro del gran debate que se había ventilado en Europa entre las formas envejecidas de la literatura y el espíritu nuevo: entre la inteligencia subyugada por la tiranía de las reglas y el espíritu moderno que aspira a la independencia literaria; que trata de romper las barreras que quieren sujetar su vuelo audaz; en una palabra, el clasicismo y el romanticismo". (*Publicistas Americanos: Jotabeche*, REVISTA CHILENA, t. II, p. 168, Santiago, 1875).

El costumbrista chileno no pudo aceptar las nuevas tendencias literarias, sustentadas sin brillo y con bastante confusionismo de parte de Vicente Fidel López. En efecto, el literato argentino publicó en la *Revista de Valparaíso* (1842) un artículo titulado *Clasicismo y Romanticismo*. La aparición de ese trabajo fué el comienzo de la polémica entre chilenos y "cuyanos". A la discusión no entró de frente Jotabeche, sino de sesgo y con una fuerza sarcástica terrible, desarmando a sus enemigos. Fué un verdadero guerrillero de las letras, del buen sentido, de la sensatez sin alás, pero de evidente buen humor.

En su *Carta de Jotabeche a un amigo en Santiago*, dice: "¿Es posible que todavía no quieras reconciliarte con el romanticismo? ¡Qué hombre tan retrógrado! Sin embargo, no te lo creo; apostaría a que eres romántico sin conocerlo, sin comerlo ni beberlo ni entenderlo, como nos pasa a muchos".

La cita anterior como burla es picante; pero no deja de revelar

una posición mental estrecha, porque el mayor pecado intelectual es el de no querer comprender.

Sarmiento, el genial Sarmiento, propugna las ideas de su colega y compatriota López desde las columnas de *El Mercurio*, con entusiasmo apasionado. Y se pregunta, al decir de Alejandro Fuenzalida Grandón: "¿Cuáles eran nuestras obras literarias, dónde están nuestros poetas, dónde nuestro desarrollo literario?" (*Lastarria y su tiempo*, t. I, p. 70, Imp. Barcelona, Santiago, 1911).

Jotabeche no estimó las reformas ni las "sinceridades" de Sarmiento. En carta a su amigo Manuel Talavera (14-XII-1843) dice: "No hay coraje, ni resolución, ni desvergüenza como el coraje, la resolución y la desvergüenza de ese antecristo literario"

El epíteto de "antecristo" aplicado a Sarmiento no deja de ser certero, si se considera el ímpetu vehementísimo del gran argentino. Jotabeche, pues, no era hombre que olvidase sus ideas; en 1842 había escrito: "No te canses, querido amigo; no pierdas tu tiempo en resistir al romanticismo, al torrente de esta moda que es la más barata que nos ha venido de Europa, con escala en San Andrés del Río de la Plata, donde la recibieron con los brazos abiertos las *intelectualidades* nacionales, expresándole su sensibilizamiento y espíritu de socialitismo, y asegurándole que ellas, desde el 25 de Mayo, *brulaban* por los progresos *humanitarios*". (Un paréntesis aquí es necesario. De las cinco voces ridiculizadas por Jotabeche, dos son ahora de frecuente manejo: *intelectualidades* y *humanitarios*. Ambas palabras, sin uso en Chile por ese entonces, sirvieron al humorista para zaherir a los escritores argentinos desterrados. Siin embargo, hoy están en el lenguaje doméstico. Es la "interdependencia de lengua oral y escrita" que señala Amado Alonso en su valioso libro: *El problema de la lengua en América*, Ed. Calpe, Madrid, 1935).

La polémica entre argentinos y chilenos fué agria; pero causó notable beneficio, porque acució a los jóvenes de aquel tiempo al estudio y al trabajo. De ese movimiento agresivo nació el gran costumbrista y varios escritores chilenos que honran los anales de la cultura nacional.

El movimiento literario del 42, provocado, en última instancia, por el genio inquieto y airado de Sarmiento, es el primer paso auténtico de la literatura chilena.

NORBERTO PINILLA.

EL PROFESOR ESTABLE Y EL ESPÍRITU ECUMÉNICO

A principios de nuestro siglo, desde ciertas cátedras y en algunos impresos se señalaba el peligro, para la cultura, del exceso de especialización. En vísperas de la guerra mundial, en la Sorbona y el Colegio de Francia, se formulaban análogas observaciones, y hubo profesores que trataron de indicar alguna solución susceptible de atenuar los males de la unilateralidad y los sinsabores de las limitaciones originadas por el especialismo. Fué entonces que se añoraba ese tipo de hombre culto que en el siglo XVII se llamaba *bonnête homme* —honesto por la probidad y extensión armoniosa de su saber—; fué por esos años de ante guerra que se mencionaba como ejemplo magnífico el caso de Marcelino Berthelot, sabio que reunió toda la ciencia de su tiempo y que a comienzos de nuestro siglo pudo repetir la hazaña que Pico de la Mirándola y Erasmo de Rotterdam realizaron en el Renacimiento, y que Comte y Marx pudieron llevar a cabo en el siglo XIX.

Pero, la gesta de Berthelot, en ese sentido, superó todavía a la de todos los otros sabios y eruditos que le precedieron, pues la vastedad de la ciencia contemporánea es incomparablemente mayor que la de la ciencia surgida en la centuria del libre examen y aún más extensa que la cultivada en los años del positivismo y de la Internacional.

Pero, paralelamente a la tendencia del especialismo a ultranza, se acentúa en nuestra época una orientación en cierto modo antagónica: un movimiento que se esfuerza en conciliar (dentro del dominio científico) la extensión y la profundidad, y en abarcar el máximo radio de conocimientos disímiles (disímiles en cuanto a método y tema fundamental).

Henri Poincaré, Einstein, Bergson, Freud, Meyerson, Charles

Richet y otros orientadores de la investigación contemporánea han demostrado hasta qué punto el espíritu es elástico y abarcador, y hasta dónde la epistemología exige incursiones frecuentes a las ciencias vecinas, a las disciplinas auxiliares, al conocimiento marginal o complementario; pero, bien entendido, manteniendo la dignidad científica, es decir, sin caer en el diletantismo.



El profesor uruguayo Clemente Estable, Director del Laboratorio de Ciencias Biológicas de Montevideo, está orientado hacia la tendencia que sabe conciliar el especialismo con la visión panorámica del dominio científico.

Ejercitado en el método —en el ascetismo que implica el cumplimiento perseverante del método científico— educado desde la adolescencia en el rigor del laboratorio, en la convivencia con el microscopio, templado en la aguda observación de los hechos, en el examen de las contingencias de las leyes biológicas, en la paciente investigación del detalle revelador, el profesor Clemente Estable sabe ser estricto y amplio, minucioso y global, especialista y ecuménico.

Sus meditaciones sobre la ciencia (durante las cuales hace agudos sondeos de la abstracción y del juego de las construcciones lógicas, a la vez que verifica una revisión crítica y severa de las hipótesis); es decir, todo ese ejercicio ampliamente discursivo le intensifica la efervescencia de su pensamiento y le acrecienta el ardor de su inquietud multilateral.

Las meditaciones sobre la ciencia llevan por un lado al dominio de la abstracción. Pero, la indagación de ésta, implica fatalmente una confrontación de lo abstracto con lo concreto, es decir, un ejercicio de agilización, de viraje, de salto largo, y por ahí, esa práctica fomenta una capacidad de dinamismo del pensamiento de gran eficacia en la investigación científica. Por otra parte, la biología es una de las disciplinas de mayor virtud ductilizante, pues como ella significa una continua referencia a la vida, induce permanentemente a la observación y a la contemplación de lo más vibrante y cálido que existe a nuestro alcance. La energética proteiforme que emana de la vida (y por lo tanto de su estudio que es la Biología) es comunicativa y se adueña del sabio que acecha el

destello de lo vital, de todo investigador que se proponga registrar o interrogar el fugitivo parpadeo de lo citológico.

Por estas razones, entre otras muchas, Clemente Estable piensa con calor irradiante, dilata con toda holgura el diámetro de su meditación, aunque esté entregado a las pacientes observaciones de un hecho tan pequeño en el espacio que se desarrolla por entero en los milímetros del campo del microscopio. Pero como en lo que atisba bajo el poder del lente existe, desde el punto de vista de lo vital, un microcosmos, el investigador magnifica el tamaño de su presa y se remonta así a la esfera de las concepciones dilatadas, a la zona de la vastedad inteligible, del abarcamiento sensible. En el dominio del espacio, bajo la advocación de la geometría, Pascal, al meditar sobre el infinito, viajaba en el vuelo de sus intuiciones y de sus conceptos, desde lo infinitamente pequeño, hasta lo infinitamente grande. Así debe meditar, intuir y soñar el biólogo, (acaso desde los tiempos en que Leuwenhoeck perfeccionó el microscopio); así debe razonar y pasar de la inducción a la deducción y viceversa.

He señalado sumariamente la actitud pensante de Estable frente a los medios de la ciencia, la capacidad de este investigador auténtico de ser ágil sin abdicar del método, de permanecer ardiente sin abandonar la paciencia, de ser amplio sin renegar del detalle.

Indicaré ahora, también de modo sumario, algunos aspectos de su íntima elasticidad de pensamiento, de su holgura intelectual para abarcar los problemas que se escalonan a través de ciencias diversas y que se ajustan, en consecuencia, a disciplinas de coordenadas divergentes.

Su entendimiento de lo concreto, de las relaciones directas de los fenómenos orgánicos, su aguda inteligencia para considerar las conexiones casi inasibles que se tienden entre sí los hechos de diferente densidad, da a Estable una robustez de pensamiento que hace de este profesor e investigador un sabio, un creador de cultura que ha enriquecido el dominio de la ciencia con valiosos aportes inéditos, destacados en la bibliografía biológica y celebrados por la alta crítica científica.

Su capacidad de trabajo investigador y constructivo —trabajo realizado con extraordinaria lucidez— le permite desde su retiro del Prado abocarse con entusiasmo al estudio de las cuestiones más diversas:

Biología general, estudios especiales de Histología y Citología, algunos puntos concretos de Entomología para profundizar sus investigaciones sobre el instinto, Neurología, trabajos minuciosos sobre histopatología de los trastornos del lenguaje; Pedagogía, a la que ha dedicado honda atención (no hay que olvidar que Estable es también maestro de escuela); Psicología (sostiene que los llamados falsos reconocimientos y la amnesia son fenómenos de conciencia más bien que afecciones de la memoria); Epistemología, para seguir su inclinación al análisis del método y a la crítica de las contingencias de las leyes científicas.

Pero fuera de estas ciencias que son las que más lo atraen, Estable se interesa vivamente por cuestiones de estética, de poesía, de filosofía, de música, de arte. Y en los momentos de tregua, entre el análisis de un tejido y la inyección a un conejo, el sabio escribe una glosa con sagacidad crítica, una serie de apotegmas, unas reflexiones acerca de la vocación, tema que ha sido para él objeto de honradas meditaciones y que ha vinculado con la pedagogía, la moral, la ciencia.

Todo lo que dice Estable lleva el acento de la sinceridad, la rúbrica de la dignidad, la devoción por la ciencia.

El sabio, en los senderos del jardín añejo que rodea el laboratorio, se pasea, medita, conversa con los amigos, prosigue su afanosa investigación de la naturaleza. Los temas de ciencia alternan con los de moral o con los de estética y todos ellos se vitalizan al atravesar el hilo de la conversación del maestro. Luego de realizar el análisis de una célula, se aparta del ocular y se dirige al jardín donde convive con el paisaje y sondea la extensión que se ofrece por entre las copas de los árboles. En seguida de la disociación minuciosa que acaba de cumplir condensa sus reflexiones sobre la energética biológica, perfila, con acopio de experiencias múltiples, la síntesis de un apotegma.

El profesor Estable refiere con amenidad, bonhomía y don narrativo las anécdotas de su vida de estudiante, en los años en que perfeccionaba sus disciplinas en Europa. Encuentra palabras de afecto y admiración para hablar de Ramón y Cajal, de Bataillon y de otros sabios con los que trabajó también e hizo práctica de laboratorio y tarea investigadora.

Explica de la manera más didáctica y en el plano más accesi-

ble algunas cuestiones de Biología ante sus discípulos y ante los visitantes que se interesan por esa ciencia. Y luego de hablar de la partenogénesis, de los cromosomos o de las particularidades de la neurona, ante ciertos oyentes, se dirige a otros para señalar un rasgo esencial de Goethe o del Quijote, para hacer una glosa sobre Pascal.

Y cuando la conversación se agudiza y se dramatiza por la índole del tema, Estable, en posesión de una experiencia compleja, hace referencias al concepto de la duración bergsoniana, al psicoanálisis, a la música, a la pintura del Greco, a la razón kantiana, a la arquitectura mudejar, a la poesía cósmica, todo con sagacidad, con sentido crítico. Después, vuelve a sus observaciones sobre infusorios o a sus explicaciones acerca de la etiología de la parálisis de la migala bajo la acción del pómpilo, a sus estudios sobre los reflejos del cuendo (mamífero de la sierra de Caraguatá), al universo de su laboratorio.

La pasión de Estable por penetrar las diversas ramas del conocimiento científico es lo que le da esa visión panorámica de los hechos escalonados en diferentes planos de la realidad.

La envergadura de su saber, la amplitud de su punto de vista, la disposición de su espíritu abierto a todos los horizontes le han hecho triunfar en su vocación de especialismo y de penetración ecuménica; le han perfilado una sutil comprensión de la ética, le han fortalecido su inclinación a un humanismo, de fecundidad científica y deontológica.

En el sondeo de la Verdad o de las verdades parciales y aparentemente inconexas que son objeto de las diversas disciplinas, en la tarea de revisión de informaciones, clasificaciones, descripciones, esquemas, hipótesis que requiere la práctica de la ciencia, Estable mantiene (además de su inteligencia penetrante, y de su crítica certera) una imaginación ardiente —la imaginación del investigador científico de que habla Georges Bohn (1)— una sensibilidad vibrante que no le inhibe su contralor discursivo.

(1) Francisco Bacon habla de la "imaginación sutil y lo bastante ágil para ver las semejanzas de las cosas".

Foster dice que el trabajador científico se caracteriza, entre otras particularidades, porque "su imaginación debe estar alerta".

Pero, entendámonos, no es que Estable se disperse en disciplinas ajenas a su especialidad o a su vocación (su vocación es polivalente): nada más diferente al diletantismo o al enciclopedismo periférico que la solidez y autenticidad del trabajo científico de Estable.

Por su arraigada inquietud multilateral, por su pasión de explorador de la ciencia, por el vigor de su pensamiento ágil y disciplinado, Clemente Estable es un sabio orientado hacia la cultura integral, hacia el abarcamiento ecuménico.

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ.

CINCO POETAS JOVENES

TRES SONETOS A CESAR FERNANDEZ MORENO.

I

BUEN apellido para buen guerrero
-sonar de espuelas, claridad y fama—,
serenidad antigua de la llama,
fiereza quijotesca del acero.

*Ante lo audaz de tu mirar certero,
un palpitar de estrellas se derrama,
y una luna, patética oriflama,
y un mundo abierto como el sol de enero.*

*La vida multiplica sus perfiles
para que en tu remanso en sombra hiles
el polirritmo claro de la aurora;*

*llénanos de cantares, que por eso
tienes el arte azul del embeleso
y has conocido al pájaro que llora.*

II

*Desgajaré las rosas con que alfombre
tu salmantino andar de algún vergel
triste y sombrío, evocador y fiel
cual su gastada fuente. . . Haré que asombre*

*tu corazón la música de un nombre:
el de la Amada toda carne y miel:
allí la rima crecerá en tropel,
allí el poeta crecerá en el hombre.*

*Haré batir monstruosamente el ala
del aquilón y un rayo vespertino
desflecará el azul... Mas nada añado:*

*que el brazo de ese padre que señala
a la inquietud del hijo su camino,
es el presente, César, máspreciado.*

III

*Esa musa de luz y de respeto,
inteligente y suave y hogareña,
que sonriendo feliz se desempeña
entre las seguidillas y el soneto.*

*esa musa que sale del aprieto
con una dignidad tan velazqueña,
esa musa que sabe de la greña,
del mar, del monte, del trigal, del seto,*

*cansada un poco del trajin mundano,
en el hombro pletórico y sereno
de la hija mayor posa la mano;*

bajo su paso ha florecido el cieno...

*(Y así, en el linde con lo sobrehumano,
van las dos musas de los dos Moreno.)*

PRECEPTOS DEL BUEN DESPERTAR.

S*í, mujer, cuando despiertes
nunca despiertes de golpe:
haz como mi gata persa,
que se estira, que se encoge.*

*Descansa sobre la colcha
tus brazos de albaricoque,
y sueña al amanecer
lo que soñarás de noche.*

*Los minutos en el aire
resbalan multicolores,
y —alucinado— el reloj
hará su péndulo torpe*

*cuando tú saltes del lecho...
Salta libre de temores,
sin el afán que no tienes
ni el pudor que no conoces.*

*Alza luego los visillos
sobre la ciudad de bronce,
para que el día se aclare,
para que el viento se adorne.*

*No pienses en el futuro,
haz que el pasado se borre;
prepárate —cuando más—
para mañana a la noche.*

*Ni tácticas contra el mundo,
ni argucias contra los hombres:
las mujeres como tú
tienen el destino cómplice.*

*Sigue, pues, mi preceptiva,
ningún interés esconde.
Sí, mujer, cuando despiertes,
nunca despiertes de golpe.*

ROBERTO PAINE.

SOLEDADES.

I

AZUL, dormido, muerto en la ribera,
el río, entre los barcos, desangrándose.
Quietas las grúas, negros centinelas
sobre el quebrado puente de la tarde.

*Soledad. Puerto. Casi resbalada,
una luna de mármol, indecisa.
El viento y yo, sin rumbo. Muy lejana
canta una voz. La luna sumergida.*

*Recuerdos sacteando la tiniebla.
En medio de la noche, mi nostalgia
puesta de pie, buscando tu presencia.*

*Sólo el aliento frío de la nada.
Gotas de lluvia, circulares, lentas
campanas, sobre mí, sobre las aguas.*

II

*Déjame ser mi muerte, llanto herido,
dardo la luna, el viento la mortaja;
déjame ser fantasma verpertino
en la torre sin luz de tu mirada.*

*Déjame ser un liquen florecido,
roja estrella de mar, perdida el alma;
déjame ser el huésped submarino
del continente azul de tu mirada.*

*Déjame ser, que quiere, campanero,
mi corazón badajo, dulcemente
agitar de rumores tu silencio.*

*Déjame ser el ángel de tu sueño
y, alba en la noche gris, eternamente
resucitar mañanas en tu cielo.*

PERDIDO GRUMETE.

I

VENTE conmigo al puerto.
dame la mano,
jugaremos al vñaje
con cada barco.

*Juguemos, vente;
tu serás capitana
y yo grumete.*

*Pon tu dedo en el mapa,
¡ohé! zarpamos:
que mi ruta la marque
tu dedo blanco.*

II

*Tengo que treparme al cielo
por el palo de mesana:
cinco estrellas necesita
tu traje de capitana;
para el mío de grumete
dame tus ojos de plata.*

III

*¡Por qué te hiciste a la mar!
¡por qué me dejaste en tierra!
Sin tus ojos ya no luce
mi corbata marinera.
¡Y tu traje, capitana!
¡Y tu traje sin estrellas!*

DEJADME.

DEJADME aquí, *donde vivo.*
en la calle de los Sueños
entre Despierto y Dormido.

Dejadme con mi ventana.
largavista de los cielos:
de noche viene la luna
nodriza a contarme cuentos.

Dejadme, que vuestra calle
tiene los balcones ciegos
y la luna amortecida
contra el murado silencio.

Dejadme aquí, que no quiero
mudarme a la calle vuestra
aunque me deis compañero.

TRISTÁN FERNÁNDEZ.

SILENCIO.

QUISIERA *decir tu nombre*
pues me aplasta este secreto.
pero tu nombre es tan dulce
¡y tan malos son mis versos!,
tan torpe mi pluma, que
no me atrevo.

¡Tantas quimeras las letras,
tan elocuente el silencio!

ESTAMPA.

CALLEJUELA *tortuosa y recogida,*
Y casonas de aleros ya mohosos
Que se inclinan solemnes, majestuosos,
En eterna y amable bienvenida.

*Un palacio. Una reja bien florida
Con claveles muy rojos y olorosos;
En las sombras, murmullos amorosos
Y una dueña que reza entretenida.*

*La doncella, apoyada con blandura
En los hierros, de pronto se retira
Ruborosa, mas vuelve con premura*

*Ofreciendo su boca que suspira.
Y el galán, que ha perdido la tiesura.
Exclama en un gemido: ¡Doña Elvira!...*

REFLEXION.

VIEJA estepa castellana
aplastada, quieta, mansa:
trigos, chaparros y mulas,
y una avutarda que grazna.

*Largo camino ondulante
de tierra casi encarnada.*

*Un labriego en una jaca
alta, flaca, desmirriada;
otro que un automóvil
va hasta la finca lejana.*

*A la distancia, los dos:
Don Quijote y Sancho Panza.*

PARA CONCEPCION ARENAL.

EL tren corre velozmente
por dulces campos gallegos;

*todos bancales alegres,
todos caminos risueños.*

*Una canción se presiente
esfumándose a lo lejos,*

*una canción de las sierras,
hecha de églogas y besos.*

*Son para tí, Concepción,
esos floridos senderos;
y para tí son las coplas
más lindas del romancero.*

VILLASIMPLIZ.

ENTRE *las montañas bravas,
desafiantes y enhiestas,*

*con tus casitas humildes
cubiertas de rojas tejas,*

*pareces, Villasimpliz,
amapola gigantesca,*

*con un pedúnculo de aguas,
y de truchas y de piedras.*

ROGELIO DÍEZ UGALDEA.

ROMANCE DE LA NOVIA MUERTA.

LA *media noche se corta
al filo de una campana.
La veleta ha enmudecido
herida de luna blanca.
Cuánta tristeza en la noche
luna blanca, luna amarga;
la muerte corrió el sendero
limpio de sombras y zarzas.*

*Potro de grupas lucientes
entró a las callejas claras;
cuatro cascós de algodón
por la blancura resbalan.*

*Los negros pájaros rozan
negras alas por la casa.
Y la noche ya descende
desnuda por las barrancas.*

*Gallos de vidrio dijeron
su canto a la madrugada.
La niña es ya rosa muerta
que vela una luna pálida.
La risa en los labios rota;
la cabellera quebrada.
Las manos luna y marfil
como azucenas cortadas.*

*Arroyuelo que detuvo
su latir de agua clara.
Ojos sin luz no verán
luna de la madrugada.*

*Ya la novia es un recuerdo
dice voz honda y lejana;
silencio y noche; después,
nada, nada, nada, nada.*

*¡Ay, cómo rasga las carnes
el rojo puñal del alba!*

ROMANCE DE LA NIÑA LUNA.

*A Y, niña, niña, me turba
tu blancor inmaculado.
Paréceme ya la luna
al alcance de la mano.*

*Aire y luz por el camino
y el perfume de tus ramos.
En caballo de cristal
corre el príncipe tirano.*

*Florece una flor, de roja
casi negra a su costado.
La piedra del viento afila
su fina espada de nardo.*

*Ay, niña, niña, que roban
el perfume de tus ramos.
Estrellas de fuego clavan
su fulgor en el caballo.*

*Silencio de aceite duerme
en la calle y en los campos;
espejos de luna azul
relucen por los tejados.*

*Blanca de luna y jazmín
la niña me está mirando;
en el agua de sus ojos
boga un barco, ya lejano.*

*Por el fondo de la noche
viene un jinete cantando
coplas de amor y de muerte,
al galopar del caballo.*

*Con la tijera de sombras
el viento está recortando
las orillas de la luna
para hacer pimpollos blancos.*

*Por el sendero con luna
vânse jinete y caballo;
sin espada y sin espuelas.
Y allá en los ojos un barco.*

*Por el fondo de la noche
el jinete y el caballo.
Ay, niña, niña, que llevan
el perfume de tus ramos!*

ROMANCILLO.

Voy vertiendo el tiempo
 en el cofre malva:
cuido mis rosales,
los de rosas blancas;

Revivo recuerdos
en la muerta casa;
Revivo recuerdos,
crece la nostalgia...
Corre suave y fina
la vida tan pálida.
Corre entre la hierba
hilillo de plata.

Tras la brisa nueva
corre la mañana.
Venturosa y fresca
corre la mañana.

En las ramas jóvenes
ni pizca de agua;
suspiran mis rosas
tristes y cansadas.

La mañana, muerta,
y toda dorada;
La rosa, amarilla,
la vida más pálida.

OSCAR BIETTI.

POEMA PARA LA CALLE DE UN BARRIO POBRE.

CALLES vestidas de lila
 con flores de paraíso,
verde esmeralda en las hojas
y pasto entre los ladrillos.

*Las veredas de estas calles
—calles, de pasos dormidos -
están después de la lluvia.
rosadas, como los niños.*

*El aire que se respira
—aire borracho de oxígeno -
vino, con sabor de monte.
de campos amanecidos.*

*Terciopelo de los musgos.
glicinas en los dinteles
y enredaderas porfiadas
que trepan por las paredes.*

*Pintadas a la acuarela,
con sus casas de juguete,
tienen humildad de pobre,
frescor de tonos alegres.*

*Y la placita del barrio
(que también es de juguete)
Noel la trajo en su bolsa
en una Noche de Reyes.*

*Ahora que la primavera
de flores las ha llenado,
son callejuelas de amores
para la tapa, en colores,
de un libro de primer grado.*

SONETO PARA UNA MAÑANA DE MI PUEBLO.

LA clarinada alerta de los gallos
sobresalta la paz de la mañana:
la nube enhebra su vellón de lana
desde la extremidad de un pararrayos.

*El griterío de unos papagayos
sacude la molicie provinciana,
y al claro tintinear de una campana,
pasa el lechero con sus dos caballos.*

*Sobre la gris pizarra del tejado
el sol pasea su pincel dorado
en el frescor de la mañana quieta.*

*mientras, desde una cúpula rosada,
oficia el rito de la madrugada
el gallo de latón de la veleta.*

INTIMIDAD DE LA ALDEA.

LA aldea humilde, desde la azotea
nos descubre su vida de entrecasa:
el naranjo del patio de la casa
y la ropa tendida que blanquea.

*Sobre el pudor de una casita fea,
embanderando el cielo de la plaza,
su desesperación zumba la escasa
cola de un barrilete que colea.*

*Techos y cables, vistos desde arriba,
cosen su remendada perspectiva;
lejos, la verde humanidad de un pino,*

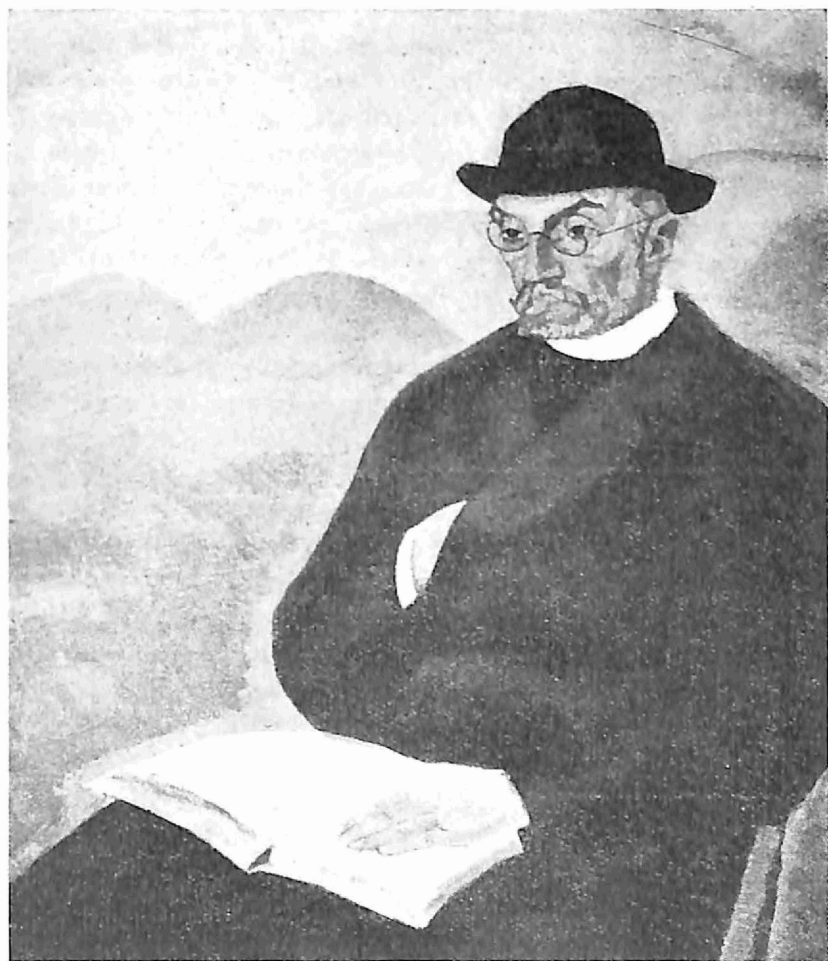
*Y entre el humo fragantè que azulca,
la hojalata de cada chimenea
recorta en negro su sombrero chino.*

LEÓN BENARÓS.

MIGUEL DE UNAMUNO

HA muerto el más característico y original escritor español de este siglo. Con él o contra él, ningún lector culto en el mundo de lengua castellana pudo librarse de su irradiación e influencia, desde la publicación de sus primeros resonantes ensayos. Su pensamiento estuvo en permanente contradicción, no sólo con el ambiente político y moral hispánicos, sino, aparentemente, consigo mismo. Tócale al crítico buscar la conciliación de los contrarios en la raíz de su espíritu y su cultura. Sin duda NOSOTROS tendrá ocasión de publicar, con tiempo, más de un ensayo sobre esa vida y esa obra de excepción. Mientras los esperamos, reproducimos el juicio que en brillante síntesis nos daba sobre su obra hace dos años Federico de Onís en su "Antología de la Poesía española e hispano-americana". En estas pocas páginas, está sin duda, apretado, todo Unamuno.

Pero este polemista que tantas batallas dió y suscitó en torno suyo, ha muerto en el furor de la más encarnizada, la promovida por su conducta, más que nunca contradictoria, en la terrible guerra civil que asuela a España: exaltado a la mañana por los adversarios de la República liberal y de izquierda, que él contribuyó a instaurar, cuando renegó de aquélla, para ser a la tarde despojado de todos los honores que se le habían conferido, cuando se le descubrió todavía insumiso y rebelde. Este episodio apasionante de los últimos días de su vida merece examen aparte: los dos artículos que siguen al de Onís se proponen iluminarlo. El primero es un reportaje, quizás el último, hecho a Unamuno por Merry Bromberger, y publicado el pasado 1º de octubre en "Les Nouvelles Littéraires". Con permiso del prestigioso periódico amigo, lo damos traducido a nuestros lectores. El segundo es la colaboración de un joven escritor argentino que procura explicar y reducir a términos esenciales aquella contradicción. — LA DIRECCIÓN.



MIGUEL DE UNAMUNO, por *Vázquez Díaz*.

1864 - 1936.

Hace algunos días, la Universidad de Salamanca, de la que Unamuno es Rector vitalicio, ha sido solemnemente consagrada a Cristo Rey, y el crucifijo, quitado por la República, restablecido con gran ceremonia en sus anfiteatros.

MÉRRY BROMBERGER.

DON MIGUEL DE UNAMUNO Y SUS CONTRADICCIONES

CON motivo de la muerte de don Miguel de Unamuno nos ha parecido oportuno hacer algunas reflexiones sobre sus últimas actitudes, las circunstancias de su deceso y las opiniones vertidas con motivo de unas y otras. Estas últimas pecan, la mayoría por falta de perspectiva, desde la opinión medular y llena de admiración de Marañón hasta el insulto soez de tontos y bachilleres que nunca entendieron de él sino lo más superficial y epidérmico. Y digo esto pensando que nadie se ha preocupado, que yo sepa, de preguntarse, antes de hablar de contradicciones y apostasías, si éstas eran tales colocándonos dentro de su filosofía. Porque aquí está el problema. Siempre se le ha achacado a Unamuno contradicciones, y lo medular de su vida ha sido el descubrirlas, aceptarlas y vivirlas; luego, en rigor de verdad, no eran tales. Porque entendámonos: si alguien quiere trasladarse de un punto a otro por un camino quebrado, o sinuoso, siendo que los puntos están unidos por uno recto, porque cree que uno de ellos, el sinuoso o el quebrado, es más bello o seguro, o ¿por qué no?, más rápido; lo correcto, normal y consecuente es que siga permanentemente por él y lo inadmisible, inaudito y verdadera e íntimamente contradictorio que lo abandone.

Unamuno ha repensado todos los problemas del alma, ha adoptado soluciones y trazado un camino que debe llamarse unamunESCO pero que para definirlo por términos conocidos, no errando mucho, le llamaremos cristiano-quijotesco.

Lo honrado, inteligente y humano es verificar, pues, si lo ha recorrido consecuentemente: y al hacerlo hemos de tratar de no confundir su camino con el nuestro, o el de todos, porque entonces llegaremos siempre a lo mismo: contradicciones; y no lo son.

Y no lo son para su lenguaje, para su vida, para su filosofía —en el sentido prístino— porque él las ha visto y aceptado y vivido, porque no puede ser sólo loco o bueno, filósofo o poeta, sino loco y bueno, filósofo y poeta, todo. Tuvo que vivir en lo eterno y en lo temporal, en lo más extensamente universal y en lo más circunscriptamente particular, en las más exaltadas creaciones de su locura y aferrado a lo más crudamente real. Pero dejando de lado todas estas contradicciones generales que nos llevarían muy lejos al querer redargüir todas las posibles argumentaciones en contra, pasemos a una de las últimas, la más comentada y discutida y la que le ha valido una serie de injurias e incomprensiones: la que llamaremos contradicción de la vida del espíritu y de la vida de acción.

Dijimos antes que a su camino, a su proyecto de vida, ahora vida plena y consecuentemente cumplida, para nosotros, le podríamos llamar cristiano-quijotesco y lo decíamos porque Jesús y Don Quijote fueron los dos modelos de vida que más puntillosamente intentó seguir; y siendo así, su acción habría de ser esencialmente espiritual: y lo fué. Creemos que sobre esto no hay duda ni hace falta argumentación: Jesús es la más grande exaltación del espíritu y Don Quijote, héroe en el sentido cristiano, espiritual, que triunfa aún derrotado, por gravitación de su heroísmo.

Trató de juntar a todos los tocados por el espíritu de Dios y formar aquel batallón de los cruzados del espíritu que, siguiendo la inspiración de la estrella refulgente y sonora, se dirige a conquistar el sepulcro de Don Quijote, a buscar a Dios. Y en este batallón, esencialmente espiritual, no quiere músicos ni poetas, le basta con la música de la estrella refulgente y sonora; no quiere ciencia ni filosofía: le basta con la ciencia y la filosofía de la fe. Fué pues, aquí, consecuente. Y lo fué también, luego.

La vida de Jesús no se manifiesta sólo en el campo del espíritu, sino que muestra el poder de éste; de la fe, en la acción que tiene sobre la carne, sobre lo terreno: en los milagros. Mas no es ésta la tarea esencial sino secundaria; por eso en el momento de su apresamiento impide que Simón Pedro lo defienda con su espada y luego frente a Pilatos dice: "Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera mi reino, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos: ahora, pues, mi reino no es de aquí".

Las luchas de Don Quijote, a su vez, no se realizaron todas en el campo del espíritu (no todo es pelear contra molinos de viento, dar zapatetas en el aire, etc.). Entierra también su lanza en la médula de lo terrenal y liberta los galeotes. Así, también, Unamuno interviene en política. Me interesa señalar aquella ocasión en la que se plantó ante Primo de Rivera con gesto sañudo e imprecación detonante. Se unió a republicanos y liberales y parecería que comulgaba con ellos. Comulgaba, sí, en una cosa: querían todos derrocar al rey. Mas iban con espíritu distinto. Iba don Miguel en cumplimiento de su misión en la vida: en comisión quijotesra. Los republicanos buscarían la libertad de palabra y los obreros aumento de salario.

En algún momento de aquella maravillosa lucha que sostuvo Don Quijote con los guardias para liberar a los galeotes, coincidieron éstos con aquél en un objetivo: vencer a los guardias. Mas peleaba éste por imperativo de su espíritu y aquéllos por librarse de galeras; había una diferencia fundamental que se iba a manifestar en seguida. Vencido el enemigo, y como Don Quijote les pidiera aquel voto para la belleza de Dulcinea, pedido muy justificado y lógico como premio de su victoria, hicieron escarnio de ello los galeotes, que no podían comprender que alguien hubiese luchado sino por huir de galeras, y lo apedrearon.

En plena batalla antimonárquica planteó Unamuno la diferencia que más tarde se iba a plantear entre él y sus compañeros de combate. Véase la colección de sonetos de su destierro publicados bajo el título *De Fuerteventura a París*:

*Liberales de España, pordioseros,
la realidad, decís, se nos impone,
pero esa realidad, Dios os perdone,
es la majada de que sois carneros.*

.....
*Liberales de España, cortesanos
no de la espada, de la teresiana,
comprendo al fin que no sois mis hermanos.*

Cayó el rey y vino la República. Libertades democráticas, aumentos de salarios, derecho de huelga, escuelas (¿para enseñar qué?). Este era el programa de los revolucionarios políticos. ¿Y el del re-

volucionario Unamuno? El programa de Unamuno era pedir un voto para Dulcinea o instaurar en España el reinado de la locura o de Dios y ... los galeotes lo apedrearon.

Es que su reino, como el de Jesús, como el de Don Quijote, no es de este mundo; pues por más que Jesús curó enfermos, y Don Quijote libertó galeotes, y don Miguel de Unamuno luchó por conquistas políticas, no es Jesús médico, ni Don Quijote libertador de presos, ni don Miguel político. Jesús vino a traer el reino de Dios, Don Quijote a instaurar el reinado de la locura, y don Miguel de Unamuno a reconquistar el sepulcro de don Quijote y de Jesús, de manos de curas, bachilleres y barberos.

Podría Don Quijote coincidir con los galeotes en vencer a los guardias, y don Miguel con los políticos, en derrocar al rey, mas una vez hecho esto aquéllos —galeotes y políticos— se conforman pues ya ha concluído su misión, mientras Don Quijote sigue pidiendo el voto para Dulcinea, Unamuno el reinado de la locura o de Dios y por imperativo de su misión en la tierra deben comenzar la lucha contra aquellos con quienes hasta ayer coincidían.

Su posición última, su ataque a los compañeros de ayer está, pues, justificada.

Quedaría sin embargo todavía por aclarar y explicar aquello que parece más oscuro e inexplicable: su adhesión a los fascistas, a lo más antiespañol, a los cuervos de la cueva de Montesinos; ello es muy fácil. Sólo basta no perder de vista que, por imperativo de su psicología, Don Quijote, Unamuno, los locos, viven en el mundo de sus más exaltadas creaciones mentales o aferrados a lo más real, positivo y práctico. Esto se confirma en muchos pasajes del Quijote, pero más todavía en el capítulo de la última vuelta a su casa y de su muerte. Cuando Sancho qui jotizado viene a buscarlo para salir de nuevo con aventuras qui jotescas se encuentra con que su amo ha perdido la fuerza de su locura y ve al mundo con ojos vulgares; y de ello resulta lo más paradójico y terrible: vive aferrado a todo aquello que hasta ayer combatió. Porque la locura de Unamuno consistió en esto: en darnos una verdad más profunda, más humana, total, mística, superando el lugar común, la fe fosilizada, la razón y los cuervos de la cueva de Montesinos; perdida ella, vuelta su alma a la cordura, sin fuerza su espíritu, se aferra a lo aparen- cial, al lugar común, a los militares, a los curas, a los barberos ..

y no ve a Sancho, a su pueblo qui jotizado, que animado por el espíritu eterno de España que él le ha enseñado a comprender, lim-pido de malezas y cuervos, está jugando una de esas maravillosas locuras a que nos tiene acostumbrados a través de su historia.

Queda explicada, pues, su disensión con los compañeros de ayer y su adhesión a sus amigos de hoy.

Y pasaremos ahora de la defensa al ataque, analizando dos hechos que confirman, estupenda y misteriosamente, la perfecta identificación de su vida con la de Don Quijote. Cuerdo éste, temían sus familiares porque su curación no fuera completa y estuviera por darle una nueva locura; entregado Unamuno a los fascistas no pueden sufrirle su cordura, le temen y lo expulsan.

Despojado de su locura Alonso Quijano muere; Unamuno lo mismo, como si su carne se mantuviera por el soplo de su locura generosa y al faltar ésta cayera exánime.

Muere como Jesús, como Don Quijote, combatido por unos y por otros, dejándonos su vida, sus enseñanzas, sus Sanchos, sus apóstoles.

Permítaseme por todo esto ver, donde otros contradicciones, paradojas, apostasía y una muerte que llega tarde, continuidad ininterrumpida, consecuencia consigo mismo y una muerte que llega en el momento oportuno.

HUGO W. COWES.

LETRAS ARGENTINAS

POR ROBERTO F. GIUSTI

LA PROTESTA DE LAS MUJERES *

MUCHOS libros que hubiera deseado leer, de los recibidos en 1936, las exigencias de la vida no me han permitido abrirlos hasta estas vacaciones: —las llamo así porque dicen que lo son para algunos—. Quisiera en éstas responder a tanto cortés envío y cumplir con lo que debo a NOSOTROS, siquiera con unos pocos artículos de conjunto, dedicados a las expresiones más significativas de la poesía, la prosa narrativa y el ensayo, en el año que acaba de morir. Y puesto que por algún lado hay que empezar, me ha parecido que no sería sino muy propio hacerlo por la obra de dos mujeres a las cuales no puedo menos que vincular en mi mente, por el común linaje de su espíritu y la especie de sus preocupaciones intelectuales. No me atrevo a ampararme del consabido “noblesse oblige”, porque no sé si al cederles el paso por mera cortesía de varón, no las heriría antes que halagarlas. Pues precisamente se trata de dos mujeres que sin renunciar a ser íntimamente femeninas, traducen en su conducta y en su pensamiento el firme propósito de ser intelectualmente iguales al hombre, y como tales tratadas. Que por mi parte yo se lo concedo sin ambages, no siendo más que justicia.

Victoria Ocampo nos ha ofrecido en el año dos pequeños libros, digo, libros personales, porque no quiero ahora ocuparme de la admirable obra de difusora de cultura que ella realiza con la revista *Sur* y las ediciones anejas. Son libros que por compendiar sus pensamientos y sus inquietudes de los dos últimos años, nos exhiben su perso-

* VICTORIA OCAMPO: *La mujer y su expresión* (*Sur*, 1936); *Domingos en Hyde Park* (*Sur*, 1936). MARGARITA ABELLA CAPRILE: *Geografías* (1936).

nalidad tal como es ahora en su bella madurez. Margarita Abella Caprile, la delicada poetisa, ha reunido en otro, bajo el título de *Geografías*, las "notas de viaje" antes publicadas en *La Nación*. Dos inteligencias, dos sensibilidades de distinto grado y naturaleza; pero con cierto "resentimiento" igual ante la vida, y de ahí, en una común actitud espiritual frente a algunas cuestiones que tocan al papel de la mujer en la sociedad. Inteligencias ambas, ávidas de conocimiento, a quienes gusta dar vuelta en torno de los hechos y las ideas, y penetrarlos, si bien viene.

Quede aquí, sin iniciarse, el paralelo; que me he de guardar muy bien de hacerlo entre quienes son valores personales tan dispares.

Es Victoria Ocampo sin duda una de las mujeres más inteligentes de cuya convivencia podemos gozar y enorgullecernos los argentinos. Bastaría apreciar en justicia lo que ha hecho como "animadora" de empresas artísticas, para asignarle una jerarquía espiritual de excepción; pero ella hace mucho más que servir de intermediaria entre las más altas o interesantes manifestaciones del pensamiento y el arte universales, y nosotros, pues, también piensa por su cuenta, y cada día en forma más definida, y para mí, más simpática. Ha alcanzado ya la independencia del pensamiento que no es privilegio sino de muy pocos, y ciertamente no la ha alcanzado sin esfuerzos ni mortificaciones, pues no se escribe así como así, cuando se es mujer, y "de apellido", y argentina, algunos de los ensayos contenidos en *La mujer y su expresión* y *Domingos en Hyde Park*, sin sufrir algunas molestas consecuencias del atrevimiento. Lo que, en lo tocante al pensamiento, no podría decirse aún de Margarita Abella Caprile, pues si la libertad y variedad de los movimientos de aquél nos muestra su extrema ductibilidad, no se nos ofrece enteramente emancipado de ciertas gravitaciones tradicionales que a algunos pueden parecernos prejuicios.

Victoria Ocampo tiene la pasión de las ideas. Su juego favorito es asediarlas y entrar en su ciudadela, cueste lo que cueste. Y sabe ponerles asedio, rodeándolas y estrechándolas en una prosa que es de buena ley, prosa clara, sobria, directa, de frecuente intención humorística, casi enteramente libertada de influencias gramaticales y léxicas francesas, proeza singular, en quien nos contaba hace cinco años en una bellísima confesión, hasta qué punto fué prisionera del francés hasta los veinte, por culpa de la educación recibida, y cómo se pro-

dujo su penoso descubrimiento del español, al que un tiempo aborreció y desdenó, "lengua admirable, resplandeciente y concisa" —son sus palabras de entonces— a la que ella se esfuerza en restituirle su alma.

La ensayista es una infatigable viajera y lectora, siempre codiciosa además de comunicarse con hombres de acentuada personalidad intelectual, y no se entienda simplemente ilustres, porque no padece la inocente vanidad de la señora que quiere tener un salón bien adornado de cabezas tituladas y fraques condecorados, sino hombres de fuerte individualidad característica. Como tal ha conocido mucho mundo y ahora ha construido su casa con anchas ventanas que miran a todos los puntos cardinales, desde las cuales es grato asomarse con ella sobre tantas cosas o seres curiosos o extraordinarios. Margarita Abella Caprile, que en el largo y variado itinerario de sus *Geografías*, ha dividido tantos horizontes nuevos, también está a punto de construirse la suya, abierta a todos los vientos, como corresponde a "quien lleva en las venas un atavismo de abuelos navegantes".

Si yo volviera a pasear aquí con ellas a través de los cambiantes paisajes de sus libros, físicos o espirituales, podría desplegar ante los ojos del lector innumerables aspectos del mundo o del alma, sumamente interesantes y hasta merecedores de detenernos a contemplarlos un largo rato; pero esta excursión daría a mi artículo un carácter puramente descriptivo que no es de mi agrado. ¿Quiere el lector conocer a Mussolini, visto a un metro de distancia por una mujer inteligente? ¿repensar a Gide junto con una su lectora ferviente? ¿conocer a una singular media docena de desconcertantes fundadores de religiones o sectas místicas, ante las cuales no sabe la ensayista, cautamente respetuosa de cualquier inquietud y afán, si sonreír o ponerse seria? ¿conversar con quien se entiende de ello, de arquitectura moderna? ¿de nuevos estilos de vida? ¿de hombres excepcionales? ¿de nuevos libros apasionantes? Lea los ensayos de Victoria Ocampo, éstos y los anteriores suyos, sobre todo desde *Testimonios*. Y si quiere conocer países apenas entrevistados en los libros y crónicas de viaje, hallará multitud de coloridas vistas calcioscópicas, de vivaces apuntes de turista, de graciosas anécdotas, de punzantes observaciones, en *Geografías* de Margarita Abella Caprile, libro fragmentario y misceláneo, que muestra bajo diferentes facetas, al pintor costumbrista, al moralista y al poeta que hay en esta joven escritora. Todo tratado con ligereza elegante, sin profundizar demasiado, como conviene a

quien es solicitado por tantas impresiones fugaces y no pretende hacer sociología.

Pero lo que a mí más me ha interesado en las tres colecciones de artículos y notas que comento, es la actitud de las autoras con relación a la condición de la mujer. He ahí dos espíritus originales y fuertes, ciertamente, resueltos a proclamar la emancipación de la mujer de la tutela masculina, en cuanto ésta signifique el sojuzgamiento de Eva, convertida en sirvienta, muñeca o instrumento de placer. Sus acentos tienen casi siempre el tono de la protesta contra quienes desconocen el derecho de la mujer a expresar con libertad su esencia específica e individual. Margarita Abella Caprile se contenta con poco para la mujer argentina, no más que con lo ya conquistado por su hermana en otros países de más alta cultura: ser la compañera del hombre, tratada por él como igual; ni como "enemiga adorable e inaccesible" ni como amiga accesible y despreciable. Y esa igualdad e independencia las pide con el fin de realizar sus posibilidades espirituales, no ya para hacer de ellas uso indebido. Habla por su boca la mujer de clara percepción y sano juicio, segura de sí misma, que descubrió y gustó el inmenso placer de sentirse un ente libre, con derecho a poder viajar por todo un continente sin otras trabas que las del decoro, sin ser llevada forzosamente de la mano por un lazarillo o vigilada por una "dueña". Pienso como ella y deseo para todas las mujeres argentinas tamaña reivindicación, aunque surgen a la vista de cualquier observador imparcial que a muchas, no acostumbradas a beber de esa copa, se les suben enseguida los vapores a la cabeza y vacilan y dan traspiés. Pero éstos son seguramente defectos del aprendizaje. Me he preguntado muchas veces por qué aquí a las mujeres que escriben les da generalmente por singularizarse en su vida, sin conservar la humildad de los demás mortales, y me he dado esta explicación. La mujer, particularmente la argentina, hasta ayer no escribía sino por rarísima excepción, y menos frecuentaba los círculos intelectuales, cuyas puertas le quedaban herméticamente cerradas. Poder publicar versos, frecuentar redacciones y "ateliers", asistir a banquetes literarios, merecer la amistad de los artistas ¡qué triunfo, qué placer! Y como todavía gozan de él tan pocas privilegiadas, ¿no será que comparándose ellas con la masa de las mujeres relegadas a los quehaceres sin brillo del hogar o a las obligaciones grises del empleo, se sienten seres de excepción a los que nada está

vedado? El hombre ya se ha acostumbrado por una experiencia nada reciente a saber que si él escribe, pinta, esculpe o compone música, con él lo han hecho y lo hacen millones y millones de seres semejantes y su natural orgullo encuentra en esa reflexión casi siempre un freno. Sin embargo no tiene otro origen psicológico la melena, la corbata y el chambergo bohemios, florecientes en las épocas románticas, de reacción antiburguesa. Todo es cuestión de acostumbrarse a poseer talento sin abusar de él.

En Margarita Abella Caprile no hay angustia, sino una legítima protesta y una admonición a los argentinos para que dejemos de esclavizar impertinentemente a nuestras compañeras. En Victoria Ocampo hay una impaciente rebelión contra la limitación social que el sexo impone y una angustiosa búsqueda de los caminos por donde la mujer ha de redimirse de la sujeción milenaria en que ha vivido, por donde saltar por encima del "no" que el hombre opone a sus exigencias más vitales. Cuando se refieren a la Argentina, una y otra, Victoria y Margarita, hablan el mismo lenguaje casi con iguales palabras. "Nuestro ambiente, que conserva todavía la suspicacia primitiva de la *virreza*, no ha establecido aún la diferencia que existe entre el noble concepto de *libertad* y la idea inferior de *libertinaje*..." —escribe Margarita. "Cuando ella reivindica su derecho a la libertad, los hombres interpretan, juzgando sin duda por sí mismos y poniéndose en su lugar: libertinaje" —declara Victoria. Y luego define con palabras que se dan la mano con las de su culta amiga:

"Por libertad, nosotras, las mujeres, entendemos responsabilidad absoluta de nuestros actos y autorealización sin trabas, lo que es muy distinto. El libertinaje no tiene ninguna necesidad de reivindicar la libertad. Puede uno entregarse a él siendo esclava".

No caeré en la fácil tentación de objetarle que no todas las mujeres tienen la cabecita bien hecha como Victoria Ocampo, porque me figuro que ella me contestaría que para cabezas mal conformadas, las de muchísimos hombres, los cuales no obstante, gozan de una ilimitada y mal aprovechada libertad.

En lo que no estoy enteramente de acuerdo con la autora de *La mujer y su expresión* es con su comprobación personal de que "hasta ahora la mujer ha hablado muy poco de sí misma, directamente", pues por ella lo han hecho los hombres a través de sí mismos. Lo segundo es cierto; lo primero discutible. Ya las mujeres

han hablado bastante de sí desde Safo a Marcelina Desbordes Valmore y a todas las apasionadas amantes; desde Santa Teresa a Eugenia de Guérin, a María Bartkiseff, a Victoria Ocampo. Cuando Karen Michaëlis publicó hace cosa de un cuarto de siglo *La edad peligrosa*, leí que al fin una mujer se confesaba realmente, pues hasta entonces, hasta para hablar de sí mismas, les habían pedido prestada a los hombres la idea que de ellas éstos se forman. Lo cual es posible en cierta medida; pero que dicho así comporta una evidente exageración. ¡Vean que es disparate esperar a Karen Michaëlis para conocer lo que son algunas mujeres hacia los cuarenta años! Lawrence, pongo por caso, sin ser mujer, también ha expresado muy bien a la que fué para los provenzales la dulce enemiga. ¿Y no sabrá expresar a su sexo la autora de *Mrs. Dalloway*? Verdad que Victoria Ocampo piensa particularmente en las dificultades que encuentra para esa expresión sincera la mujer sudamericana, y ya esto es más posible. Que no se resigne tan fácilmente, le aconseja; que se atreva a interrumpir el monólogo del hombre, hasta llegar naturalmente al diálogo. Es justo y no es mucho pedir. No escuchamos en estas páginas a la feminista barullera que quiere invadir el terreno del hombre, sino a un ser que reclama que el hombre no invada el suyo. No se trata de una rebelión sino de una protesta, de una reclamación firme de derechos enajenados, hasta alcanzar la conciliación perfecta, de donde derivará una más estrecha unión —así lo esperamos.

“Que un grupo de mujeres, por pequeño que sea, tome aquí conciencia de sus deberes, que son derechos, y de sus derechos, que son responsabilidades: tal es mi voto restringido y ardiente” —escribía Victoria Ocampo en el pasado junio, cerrando uno de sus últimos ensayos. Y agregaba a modo de conclusión: “Si las mujeres de este grupo pueden responder de sí mismas, podrán responder dentro de poco de innumerables mujeres”.

Este es todo un programa de acción que debe ser meditado por les seres a quienes más directamente interesa. Pero cuidado que él envuelve el sacrificio de muchos prejuicios, que al pasar toca Victoria Ocampo en este ensayo y en otros artículos suyos. El envuelve en el pensamiento de la autora también un ¡alto ahí! gritado a la guerra, monstruosa invención de los hombres, pero fomentada por la ignorancia, la vanidad o la pasividad de las mujeres. No sé que nadie haya expresado esta culpa de las mujeres con más trágica verdad que

Andrés Latzsko en uno de los cuentos de sus *Hombres en la guerra*. ¡Si *ellas* no la hubiesen querido! Pero *ellas* la quisieron, para adornarse el sombrero con un héroe!

Victoria Ocampo no se contaría entre *ellas*. Lo declara allí donde, tratando de la abominación y necesidad de la guerra, proclama la necesidad de que la mujer aclare y transforme la conciencia del hombre-niño que se complace en ese juego destructor; así como antes lo había pensado azorada y perpleja frente al férreo Mussolini, al mirarle en los ojos el amoroso orgullo con que educa y organiza una magnífica juventud en flor, para... ¿para qué, oh incógnita terrible de mañana?

Bien se ve que estos ensayos, atacan, por la vía de la emancipación de la mujer, "las raíces mismas de los males que afligen a la humanidad femenina y, de rebote, a la humanidad masculina". Son, pues, una obra de bien. Aun cabría escarbar en ellos mucho más; pero no siento inclinación por estos comentarios marginales que participan del parasitismo, cuando ni siquiera tengo nada que oponer a los argumentos y sentimientos del texto glosado. Por lo que cierro esta nota agradecido a las dos gentiles escritoras que me han permitido conversar con ellas algunas horas bien empleadas.

LOS LIBROS DE ESPAÑA

POR JUAN TORRENDELI.

LETRAS CASTELLANAS

EL DESTINO DE ESPAÑA, por *Zacarías García Villada*, S. J.

No me ha sido dable seguir la obra literaria del P. García Villada. A mi atención solamente ha llegado un volumen notable que se publicó allá por 1912 con el título de *Metodología y crítica históricas*. Me pareció excelente, muy moderno, sorbido y digerido con propio jugo en los centros culturales germánicos. Deduje entonces que el joven crítico traía al país una aura renovadora capaz de castigar y encauzar actitudes muy deficientes de quienes imperaban en los estudios históricos, encerrados en la rutina bajo el sometimiento de las esencias tradicionales y de las trayectorias *ad usum delphinis*.

Hoy descubro en el escaparate librero un nombre de buen recuerdo y un título de atracción irresistible: Zacarías García Villada, autor de *El destino de España en la historia universal*. Noto en la portada que el reverendo padre pertenece a la Academia de la Historia. ¡Miel sobre hojuelas! Sin embargo el volumen es editado por "Cultura Española". ¡Ojo! Ojo porque esa Editorial ha sido montada por unas "fuerzas intelectuales católicas que quieren navegar a velas desplegadas por el mar fecundo e inmenso de la tradición" y es lógico suponer que en su bibliografía aparezcan publicaciones de un determinado programa, obligado a suministrar aleccionamiento partidario. ¡Mi gozo en el pozo! Verdad que el P. Villada anuncia por adelantado que prescinde absolutamente de tácticas y posiciones políticas, puesto que se sitúa en un plano meramente histórico. Pero, leída la obra, a nadie le pue-

de haber la duda de que el autor no ha resistido la tentación de complacer a su público concentrando sus conocimientos, que son muchos, a un fin premeditado, o sea a demostrar que en la economía providencial España ocupa el papel de paladín del Catolicismo, cuyos representantes fueron Carlos V y Felipe II, y que, consecuentemente, cuanta atrocidad sucede desde el siglo XVII es severa corrección a una desobediencia intolerable. Precisa, por tanto, que España vuelva a la tradición de aquellas dos centurias. Y como imagen pavorosa de un futuro hispánico, hace erguir la situación calamitosa del pueblo hebreo, el cual por haber faltado al destino que le tenía trazado Jehová, le ha condenado a disolverse por los cinco continentes sin propio territorio.

Apesar de tan truculenta admonición no cambié de propósito y he leído la obra del P. García Villada, debido al tema sustantivamente apetecible. Y no me arrepiento de las horas consagradas a su lectura porque he de confesar muy sinceramente que de sus páginas no he salido tan defraudado como me obligó a suponer la introducción. Al fin y al cabo el distinguido académico de la Historia es el autor, aunque muy lejano, de la *Metodología y Crítica históricas*, libro de raíz muy europea, raíz menospreciada a los veinte y cinco años de los baquetazos recibidos adentro y afuera. Desconcertado, sí, he salido de ciertos capítulos, ya que, leídos atentamente, surgen serias contradicciones entre la intención apologética y la lealtad insobornable a la verdad histórica, que me zumbaba fuertemente mientras resonaban los ditirambos a los reyes de la edad llamada de oro, aunque ya me sé yo de memoria que esta calificación es referida sólo a las artes y a las letras de una época que coincidió con la mayor extensión imperial de España, mejor dicho, de Castilla.

Ejemplo de contradicción. El P. Villada, como tantos historiadores nativos y extranjeros, hace resaltar con minuciosidad que Carlos V llevó su poderío a media Europa con ininterrumpidas batallas. Se le llamó el monarca guerrero. No obstante, de tarde en tarde aparece la insinuación de que tales o cuales territorios o países pasaban al dominio hispano por actos de herencias y de matrimonios, algunos de los cuales motivaron luchas de larga duración. La enumeración resultaría fácil. Sucede lo mismo con Felipe II, el primer rey burócrata, decidido a conservar su patrimonio, pero

también a aumentarlo mediante casamientos. De ahí el pacto de familia que duró dos siglos. Esta política matrimonial fué seguida con diversa fortuna, a veces terminada con guerras implacables. El amor y el odio se sucedían de la mañana a la noche, tan cambiantes y entreverados, como la segunda intención política ya que la primera se atribuye a la religión. Véase lo que escribe el historiador francés M. Bertrand —cita aportada por el propio Villada—: “Claro es que si Felipe II intervino en nuestras luchas religiosas, fué con la segunda intención de aprovecharlas para convertir definitivamente a Francia en satélite de España. Pero atender sólo a sus intenciones políticas es desconocer al fervoroso creyente”.

Y aquí tocamos el motivo esencial del libro en cuestión: El destino de España está marcado por la Divina Providencia, según se desprende de la política hegemónica de Carlos V, continuada por Felipe II. El César había concebido “la idea de la monarquía universal católica puesta bajo su cetro...; que todos los Príncipes de la tierra se pusieran bajo su protección, acatasen la autoridad de la Iglesia y vivieran unidos en paz”. Pero, como eran muchos los países que habían de oponerse, naturalmente, de ahí las guerras incesantes, que conocen los lectores enterados. Lo que acaso no recuerden todos es que entre los más fervidos opositores de los dos monarcas imperialistas se hallaban los Pontífices de la Iglesia. Y este es uno de los hechos más asombrosos y desconcertantes de aquella época, a la cual un sector español, precisamente el católico, se empeña en retrogradar. No lo oculta el historiador jesuita, sin detenerse a discriminarlo. A cada momento vemos que la Santa Sede se cuenta entre los poderes que dificultan el nuevo sacro imperio de los césares españoles empecinados en formar la monarquía católica universal, sin que a pesar de tan convencida misión, lo puedan alcanzar. Y esta fué la tragedia de los dos protagonistas, cada uno de los cuales murió agobiado por la visión de su fracaso y el vislumbre de la futura decadencia española. Carlos V, abatido por tantos desastres, se retiró al Monasterio de Yuste. Le sucedió Felipe II, quien dijo repetidamente que sólo quería conservar la herencia de su progenitor, manteniéndola en su integridad territorial y en la pureza de su fe. La Santa Sede continuó aliándose con los enemigos de España, por lo menos hasta Pío V

contra los turcos. Después de esta victoria, la última, se inició el periodo inacabado de la decadencia imperial. "La principal recomendación —escribe el propio Villada— que, estando en el lecho de la muerte, hizo a su hijo y sucesor, Felipe III, fué que defendiese la religión católica con todos los medios a su alcance. Sin embargo, al extender su mirada por el mundo, antes de cerrarla a la luz de esta vida en el Monasterio del Escorial... pudo darse cuenta de que el sueño acariciado por su padre y proseguido por él, de reunir en un solo haz los pueblos europeos para oponerse más eficazmente al avance del turco y de la herejía, no había podido llevarse a la práctica". Y el gran hispanófilo Ludwig Pfandl, admirador de la España cesárea, dice: "Desde luego hay que confesar que tanto Felipe II como su nación fracasaron en los intentos de su fantástico y generoso idealismo. Y así cuando su vida tocaba ya a su término, tuvo que confesar tristemente que todos sus sueños, que volaron tan alto, se habían convertido en humo; y entonces vió claramente —y esa fué la más terrible y trágica hora de su vida— que aquella España tan querida se hundía en un porvenir preñado de incertidumbres".

Por este estilo y con igual argumentación podría continuar apostillando los capítulos dedicados a la añorada Inquisición, la expulsión de los judíos y moriscos, las causas de la decadencia de España y de la decapitación de la historia peninsular. Habría de escribir otro libro como el del P. García Villada, donde abundan las apuntaciones harto ligeras, sin base objetiva en la evolución española, entre ellas las disparadas contra las autonomías nacionalistas, que juzga antitradicionalistas. Basta señalar el garrafal error para que quede en descubierto la sarta de prejuicios que el volumen contiene para los bien documentados.

Tampoco deseo insistir en los fáciles comentarios sobre la tesis de la misión providencial de España, ejecutada únicamente en menos de dos siglos, y que se nos ofrecen como una tradición envidiable y sin cuya prosecución el pueblo español ha de acabar en la dispersión del pueblo judío. Todo eso es proselitismo de baja estofa, porque se hace en nombre de una religión santa. Y aparte de la pluma las borbotantes reflexiones que acuden a sus puntos.

Con todo, no resisto la tentación de oponer a las exaltaciones ditirámicas de un patriotismo incontrolado, puramente político,

algunos consejos de alta prudencia del religioso agustino P. Félix García sobre la manera de obtener eficazmente una reivindicación integral de España: "Es preciso abandonar la trompa épica, olvidar provisionalmente los arrebatos líricos y no conformarnos con los laureles gloriosos de Otumba, Pavía y Lepanto, ni con los altos empeños ideales que, por las rutas épicas, de emocionado recuerdo, que siguieron los caballeros del ideal, pueden conducir, cuando se divorcian de la realidad tangible, al fracaso solemne. La España monumental y caballescaca está a salvo; constituye la parte más intacta de nuestro patrimonio; pero puede ser un peligro en el sentido de fomentar la pereza, por inducir a creer que eso basta para nuestro positivo prestigio, o el apetito de querer ser demasiado grandes, como decía Nietzsche, hablando de los españoles. Hay que volver la atención hacia la España vernácula y cotidiana, rebajar un poco los sentimientos excesivamente heroicos a que pudiera iniciar un poco la tradición, y confiar más en el imperio de la fuerza espiritual, en las virtudes de la raza y ejercitar con más asiduidad el brazo con las armas del trabajo y de la ciencia".

Información

MEMORIAS DE BENITO HORTELANO.

DOBLEMENTE interesante para lectores argentinos y españoles aquí residentes es el libro que ha apadrinado la Editorial Espasa-Calpe con el título de *Memorias de Benito Hortelano*. Ese interés doble consiste en que ese español meritorio pasó la primera etapa de su vida en años agitados y peligrosos de su patria y la segunda, desterrado por su conducta de liberal vehemente, en Buenos Aires, donde se vinculó con argentinos de gran relieve e intervino con eficacia en los anales de la colectividad hispana.

El autor de esas *Memorias*, nacido en aldea de poca monta el año 1819, y trasladado a la Villa y Corte, fué siempre, como el mismo dice, uno de los primeros en todas las escenas revolucionarias que con tanta precipitación se sucedieron en Madrid desde el año 1834 al 1844. Cajista de imprenta, pronto ascendió a corrector y regente, para llegar a impresor y editor de libros y periódicos. Su imprenta fué calificada por el famoso general Narváez de volcán revolucionario, que él en persona juró incendiar. No se llegó a tanto, mas las multas y confiscaciones la arruinaron. Hortelano se vió constreñido a expatriarse. Se refugió en Francia y más tarde embarcó para Buenos Aires.

La primera parte del volumen presenta a un artesano de ideas liberales, consagrado a su familia, a su oficio y a su patria: uno de tantos que, dividi-

dos en conservadores y progresistas, colaboraron con vida y hacienda a la transformación de España. De él dijo el general Espartero: "este hombre que no conocía hasta hoy, es, sin embargo, mi mejor amigo". Es él que nos cuenta los entretelones de los principales hechos acaecidos en aquella época turbulenta, en los cuales tomó participación próxima, hasta el punto de haber frustrado el plan de atentado contra Espartero; y otros muchos pormenores de sucesos políticos, que ayudan a comprender ciertas soluciones que la historia oficial deja en la penumbra.

Las iras de Narváez, traducidas en denuncias, cuyo importe arrastraba la imprenta a la bancarrota, le obligaron a extrañarse. Benito Hortelano se fué a París. Allí oyó hablar maravillas de la Argentina a dos vasco-franceses. Junto con otros amigos, dirigióse a Buenos Aires, a donde llegó el 31 de diciembre de 1849, bajo el gobierno de Rosas.

Inútil advertir que, siendo el español recién llegado buen observador, sus *Memorias* toman aquí un interés mayúsculo. En su narración, apenas desembarcado, empiezan a asomar nombres incorporados ya a la historia argentina. En clase de cajista inició sus tareas en el *Diario de Atisos*, pero muy pronto fundó por su cuenta *El Agente Comercial* que obtuvo inesperada difusión y que más tarde, derrumbado Rosas y triunfante Urquiza, trocó el título por el de *Los Debates*, cuya dirección recayó en el comandante D. Bartolomé Mitre con la asignación de 4.000 pesos papel mensuales. Y añade: "El 1 de marzo me hice cargo con tan brillante éxito, que el público corrió a subscribirse al diario de moda y a fe que lo merecía, porque fué un diario como no había otro, ni después ninguno lo ha igualado. Dos mil trescientos subscriptores llegamos a contar en nuestros libros, cosa sin ejemplo en estos países".

Hortelano continúa recogiendo los sucesos políticos de la época vistos por él de muy cerca. Paralelamente nos informa de sus actividades como español residente. Desde el establecimiento de su imprenta en la calle de Santo Domingo, donde inició las publicaciones de la *Historia de España y El Español*, hasta la constitución de la primera Sociedad Española en Buenos Aires, inaugurada el 5 de septiembre de 1852.

Breve: en las *Memorias de Benito Hortelano* hallanse noticias de harto interés para españoles y argentinos en todos aquellos anales de la Península y de la Argentina, estrechamente relacionados con las actividades del autor; tanto allí como aquí éste puntualiza la fisonomía de la época con notable precisión. En cuanto a Buenos Aires, Hortelano tuvo personal intervención en los inicios de la cultura pública como colaborador material de hombres ilustres del país.

Versiones

NICOLÁS BERDIAEFF. — *El Cristianismo y el problema del comunismo*. — Traducción de María de Cardona. Espasa-Calpe. Madrid.

De la versión castellana se ha publicado ya la segunda edición. Apenas dada ésta a luz se repite, al parecer, el entusiasmo de quienes desean conocer la

obra del famoso escritor ruso. Todos sus capítulos vienen hinchados del mayor interés: Marxismo y religión; la religión del marxismo; el cristianismo y la actividad del hombre; el problema del comunismo: verdad y mentira del comunismo; psicología del nihilismo y del ateísmo ruso; la línea general de la filosofía soviética.

HISTORIA UNIVERSAL, dirigida por Walter Goetz, traducida por Manuel García Morente y editada por Espasa-Calpe, Madrid. El volumen más reciente es el IX, titulado: *Nacimiento del sistema de Estados en el mundo*.

LETRAS CATALANAS

LES ESSENCIES DEL CATALANISME I L'ACCIÓ DE GOVERN, por *Lluís Durán i Ventosa*.

LA política de realidades tiene evidentemente extravagancias, veleidades, situaciones un día incomprensibles por insospechadas, arreglos, coincidencias, todo ello bueno o malo, y aun indiferente, según la intención patriótica o puramente personal de los hombres. Algo, mucho de asombroso ofrece el libro, breve como un folleto, —no pasa de cien páginas, ateniéndonos a la definición académica— denso y significativo como un volumen doctrinario. Contiene cinco decretos de la Generalidad, firmados por el presidente J. Pich y el consejero de cultura Lluís Durán i Ventosa. Hubo un tiempo que en Barcelona estos dos nombres representaban los extremos más distanciados de la política militante: el primero, por reflejo del republicano radicalísimo Alejandro Lerroux, portavoz del centralismo y del extremismo más exacerbado y el segundo, por sus méritos personales uno de los jefes de la Lliga Regionalista, desde su fundación catalanista acendrado, doctrinalmente nacionalista, como se deduce de su primer libro orgánico *Regionalisme i Federalisme* —prologado magníficamente por Prat de la Riba— socialmente conservador y prácticamente oportunista en un sentido antirrevolucionario e intervencionista en todas las formas de gobierno legítimamente establecidas.

Y, sin embargo, he ahí aparejados los antípodas de veinte y hasta de treinta años atrás. La República, después del infortunado golpe de estado de 1934 por la Generalidad de las izquierdas, une al genuino representante de Lerroux, aliado con las derechas de Gil Robles, y al integérrimo dirigente de la Lliga Catalana, grupo

catalanista conservador, forzado a diferenciarse social y filosóficamente de la Esquerra, amalgamada con todos los extremistas, un poco por doctrina y mucho electoralmente. Y no sólo unidos Pich y Durán para salvar la situación republicana, sino también para ir recobrando el Estatuto autonómico, operación salvadora con la prudencia obligada, interrumpida por la victoria indiscutible del Frente popular en ruidosas y emocionantes elecciones. Lo posterior no interesa aquí por tratarse de pura política partidaria. Lo que importa recoger ahora es el contenido de la nueva publicación de Luis Durán y Ventosa principalmente por haber seleccionado en pocas páginas la obra cultural realizada en escasos meses desde su consejería.

Cinco son los decretos que contiene el folleto, aparte una introducción de motivos y unas palabras finales concluyentes. De una y otras me gustaría escribir largamente y puede que en otra oportunidad lo haga, porque aunque sean breves esas declaraciones, afirmanse prietas y profundas, densas de doctrina políticamente democrática y liberal, igualmente alejada de las dictaduras extremas, racialmente catalana y catalanista, con raigambre honda en la voluntad popular, autóctona, no extranjerizada.

Esos cinco decretos se relacionan con las monografías o estudios sobre algunas de las instituciones del derecho civil catalán; concursos en la ejecución de obras musicales; estímulo a los periodistas, autores de las mejores crónicas; premio al libro más notable sobre educación y formación cívica, y restauración del Monasterio de Poblet, el monumento más entrañablemente vivo en la historia de Cataluña. Naturalmente, cada uno de los decretos va precedido de una exposición de fundamentos y en esas páginas, sólidamente escritas, se reafirman las esencias del catalanismo en lo tangente a la cultura de las naciones en general y a Cataluña en particular.

Los premios establecidos, no siempre parecieron excesivos, pequeña crítica más de adversario de partido antagónico, que de ciudadano y patriota con amor al pasado y al porvenir. Lo cierto es que allí donde hubo serenidad e impersonalismo, las iniciativas hallaron ecos sintónicos y frutos prometedores. En cuanto al estudio del Derecho, anunciado con tiempo suficiente para su ejecución, se han escrito trabajos importantes dedicados a la prepa-

ración científica de la inevitable transformación del Derecho civil catalán, base de la personalidad colectiva como Nación más que como Estado, aunque aquélla para su desarrollo conveniente necesite de éste con la libertad interna y externa.

Especialmente notable juzgo la exposición del decreto estimulante para el periodismo. El señor Durán, redactor, desde su primera juventud, de las primeras revistas y luego diarios de sus convicciones, se dió cuenta, apenas nombrado consejero de cultura, de que la Generalidad había anteriormente establecido premios para la poesía, la novela y el teatro. Opinó que también la prensa constituye elemento substantivo de enseñanza popular, y que, en consecuencia, era deber gubernativo proteger la literatura periodística tan estrechamente ligada con el lenguaje del pueblo, sobre el cual influye poderosamente.

No menos razonables son los fundamentos para impulsar los compositores de música de alma catalana, a los educadores de civismo e historia patria, instrumentos de enseñanza que usarán siempre, sean cuales fueren los sistemas de gobierno, despojados luego del apasionamiento revolucionario, los estadistas inteligentes, convencidos de que los pueblos responden siempre a las esencias nacionales y patrióticas. Uno de éstos, aparte las desviaciones momentáneas, es Luis Durán y Ventosa, político eminente y escritor egregio.

Información

ELS VIDRES CATALANS.

SE trata del volumen III de la importante serie "Monumenta Cataloniae" (materiales para la historia del Arte en Cataluña), titulado *Els vidres catalans*, escrito por el arquitecto y arqueólogo, señor José Gudiol y Ricart.

"Monumenta Cataloniae", cuyo mecenas es Don Francisco de A. Cambó, es una de las más importantes publicaciones catalanas en calidad y envergadura. Su sola existencia denuncia de modo inequívoco el impulso que ha tomado aquella cultura nacional, muy conocida en los centros especializados de ambos mundos.

El volumen *Los vidrios catalanes* hállase dividido en dos partes. La primera contiene la explicación, en más de 180 páginas de texto, del proceso del vidrio en Cataluña durante las edades antigua, media y moderna, y una minuciosa descripción de los tipos de vidriería y de las relaciones entre los vidrios catalanes y los de fabricación extranjera. La segunda parte compónela

una serie de reproducciones de los ejemplares más famosos de vidriería existentes en museos y colecciones de diversos sitios. Todo ello realizado con la máxima fidelidad.

Para ofrecer obra tan completa han sido necesarios muchos viajes, principalmente a París y Londres. Basta saber que han sido visitados Victoria and Albert Museum, de Londres; Hispanic Society of América, de Nueva York; Museum de Cluny, de París; Kuntsgewerbe Museum, de Berlín; Museo Cívico, de Venecia; Instituto de Valencia de Don Juan, de Madrid; y de la Catedral de Roda de Isábena. Dentro de Cataluña los Museos de Vic, Poblet, Provincial de Tarragona, Cau Ferrat, de Sitges, el Monasterio de San Juan de las Abadesas, etc.

En cuanto a la confección material del libro es interesante advertir estos pormenores: la publicación se ha efectuado bajo la dirección de la Casa Gustavo Gili. Los primeros volúmenes de "*Monumenta Cataloniae*" se imprimían en París. El mismo autor afirma que el volumen hecho en Barcelona queda mejor.

El señor Gudiol ofrece otros datos que sintetizamos para los lectores especializados: Los orígenes de la fabricación del vidrio en Cataluña son muy remotos. Puede decirse que durante el período de las colonizaciones griega y cartaginesa ya se fabricaron vidrios siguiendo los estilos egipcio y siríaco. Esto sucedía al menos durante el siglo III antes de Jesucristo. Más tarde durante la dominación romana, Cataluña fué un centro importante de fabricación de vidrio que decayó como todas las artes y todos los oficios durante la dominación visigótica, y el primer período medieval. En el período gótico la vidriería volvió a su importancia. Se instituyó en Barcelona el gremio de los vidrieros y pronto pasó a ser una de las industrias artísticas más ponderadas por la literatura de la época. La influencia mayor provino de Venecia, transmitida luego a la península ibérica. El momento más alto del vidrio en Cataluña fué en los siglos XVI y XVII. Entonces todos sus productos casi igualaban en calidad a los de Venecia. Puede asegurarse que los vidrios han sido una de las aficiones de los coleccionistas catalanes. Hoy, por la cantidad de vidriería antigua que se conserva, Cataluña es uno de los más importantes centros del mundo.

El señor Gudiol, director a la vez de "*Monumenta Cataloniae*", ha manifestado que el próximo volumen es original de José Pijoán y de él y trata de las pinturas murales románicas catalanas. El volumen hállase ya en prensa y tiradas las láminas, diez y seis en colores. El volumen quinto se titulará "*La escultura románica en Cataluña*"; autor el arquitecto señor José Puig y Cadafale. Ninguno de ellos podrá ver la luz pública antes de dos años, dados los trabajos titánicos de investigación y el cuidado especial en la edición del libro.

CRONICA DE ARTE

POR ANTONIO PÉREZ-VALIENTE DE MOCTEZUMA

EXPOSICION DE INCUNABLES

EN el Salón de Tapices del Museo Nacional de Bellas Artes, el público ha podido admirar, últimamente, una preciosa colección de incunables que se caracteriza por el considerable número de ejemplares raros que la integran. Este material bibliográfico, sospechamos que sin equivalencia en el país, tiene para nosotros el más elevado sentido espiritual, el más importante valor retrospectivo; supone una manifestación concluyente de la inventiva, perfección técnica y originalidad alcanzadas por tipógrafos, xilógrafos y encuadernadores europeos, en las postrimerías del siglo quince; quiere decir, cuando la imprenta, —luego de perfeccionada por Gutenberg— balbuceaba sus primeras manifestaciones como vehículo insuperable para difundir entonces los principios de la cultura.

Durante toda la Edad Media, el mundo cristiano había hecho experimentaciones de diferente índole, ensayando sistemas que no alcanzaban a llenar las necesidades colectivas por su limitación e ineficacia. El bizantinismo, incrustado en la osamenta de las artes románicas por todo el Occidente, había creado un linaje de artistas que se dedicaban a la reproducción de textos clásicos de la antigüedad por medio de caligrafías historiadas. Este procedimiento fué desarrollándose con ostensible perfección a medida que se conocieron los sistemas orientales puros, de origen enigmático, y cuya revelación en el viejo mundo debióse a los cruzados que regresaban de Jerusalén cargados de riquezas artísticas.

Los códices y antifonarios, los evangeliarios y pequeños libros de Horas más primitivos y de más remota antigüedad —entre los cuales recordamos el manuscrito de *Los Testamentos*, conservado en

la biblioteca escurialense, y el raro *Códice* de Burgo de Osma, compuesto en la segunda mitad del siglo once—, se vinculan por su carácter y ornamentación a las miniaturas del arte persa y a los estofamientos murales de Bizancio.

En aquella dilatada era del feudalismo, Europa va librándose poco a poco de la barbarie, del tenebroso abismo de sombras en que se hallaba sumergida. Vuelven los guerreros de Oriente, triunfadores, con la exaltación mística y heroica que les produce la lucha por su fe, junto con el deslumbramiento de haber conocido los esplendores de un mundo que consideraban hermético, de almas oscuras, de seres arrastrados por una vorágine de instintos crueles e impiadosos. Sin embargo, en aquel extraño mundo asiático, para ellos de invalorable contenido estético y espiritual, los cruzados del Sacro Imperio germánico, de las Galias y de Bretaña, verificaron la existencia de civilizaciones admirables por su perfección suntuaria, por su esencia mística, por el magnetismo doctrinario de sus hierofantes, muezines y filósofos.

En sus expediciones a Tierra Santa conocieron al arte de los recamados de plata y oro, de la cerámica esmaltada, de la taracea, de la pintura, de los damasquinados y tantas otras variedades estéticas y decorativas, reveladoras de una organización práctica en cuanto se refiere al ejercicio de manualidades paralelas, en refinamiento y expresión, con el espíritu inviolable de cada país, de cada pueblo. Corresponde a esa lejana época, en Europa, la implantación de la cultura, la creación de los linajes y de los emblemas heráldicos, la organización de las industrias y la reglamentación de los gremios, la preponderancia manual del artesanado y el predominio de las comunidades religiosas, poderosamente regladas como para enfrentarse con éxito, cuando las circunstancias pudiesen requerirlo, contra la tiranía de los caballeros feudales.

Al sostener con autoridad el dominio de las conciencias, los monjes fiscalizaban el todavía simple mecanismo de la vida espiritual, dictando en sus trapas y monasterios verdaderas cátedras de sabiduría. Dieron a la existencia un sentido fantasmagórico, de cosa espectral, una interpretación pintoresca donde se mezclaban los escasos conocimientos de la ciencia con las vaguedades teológicas. Pero no solamente a esto se reducían las actividades de la comunidad. En sus penumbrosos monasterios de piedra, los monjes enseñaban

también los rudimentos del arte, la agricultura, la floricultura, la mecánica de los oficios manuales y todo cuanto pudiese significar algo de provecho para el desarrollo de la vida.



Los monjes calígrafos constituían una familia numerosa. Tenían sus escritorios particulares donde se confeccionaban los códices. Tales recintos eran anexos a la sacristía, al refectorio o a los patios claustrales. Uno de estos talleres o escritorios figura reproducido en *El Comentario al Apocalipsis*, escrito el año 970 en el monasterio de Távara, provincia de Zamora. En dicha lámina se ve al pergamintero sentado en un sencillo taburete; corta folios de piel con sus tijeras, unas grandes y pesadas tijeras especiales para el oficio. Allí mismo se formaban los cuadernos, se rayaban las hojas con punzones metálicos, componiéndose las tintas en color verde, amarillo, azul, negro y encarnado; también en este recinto se cortaban las plumas de caña y de ave, y se acondicionaban los pinceles.

En aposento inmediato trabajan el pintor y el copista. Visten túnica de estameña, los pies con sandalias o desnudos; sobre la cabeza un gorro puntiagudo —semejante al de los mazorqueros rozistas— o bien una mitra de regular alzada, cuya forma era más o menos equivalente a la usada por los abades.

Otro código del año 976, el Albeldense de los Concilios —que se supone todavía conservado en la biblioteca del Escorial—, contiene también una lámina donde se ve la mesa del escriba; es un tripode con su tablero vertical donde se fija el folio. La pintura carecía entonces de relieve, como derivación que era de los métodos orientales.

El taller estaba considerado como recinto de respeto. Una inscripción que se atribuye a San Isidoro, y que consta en otro código miniado de la misma época, dice literalmente: “El que sabe, entre aquí si gusta. Y si estuviese media hora sin hacer nada, sea castigado con azotes”. Y luego: “Si sabes, amigo, donde estás, trabaja callando, que el gárrulo nada tiene que hacer en este sitio”.

Un calígrafo de la España visigoda, el burgalés Florencio, dejó anotadas sus tribulaciones y trabajos en cierto código con las escrituras de San Gregorio, dedicado al monje Abogalcbh. Tenía setenta años cuando dió término a la obra; dice que empezó a escribir desde

su infancia, que siempre supo apreciar las producciones de su mano, y que confiaba en la misericordia de Dios, como premio a las penalidades del oficio. "Quien no sabe escribir, piensa que esto no cuesta nada. Sin embargo, es un trabajo impropio. Quitla la luz a los ojos, encorva las espaldas, tritura el vientre y las costillas, da dolor a los riñones y engendra fastidio a todo el cuerpo. Por eso tú, lector, vuelve las hojas con cuidado, ten los dedos lejos de las letras, porque así como el granizo arrasa los campos, así el lector inútil destroza la escritura y el libro".

Estas reflexiones indican el valor que se le atribuía entonces a las labores caligráficas. Cada monasterio tenía, naturalmente, taller y biblioteca. El monje a quien se le encomendaba el cuidado y atención de los libros, gozaba de consideraciones especiales. Era tenido como sacerdote de la cultura. Vigilaba celosamente los mamotretos miniados y escriturados por pintores, calígrafos y pergamíneros: breviarios, octatécucos, antifonarios, libros de Horas, salterios, martirologios y leyendas del Santoral, relatadas en estilo de profecía.



Después, cuando Gutenberg aplica en 1440 el ingenioso método de los tipos movibles, los conocimientos humanos divulgáronse con rapidez vertiginosa. La aplicación práctica de la imprenta fué desde entonces uno de los factores esenciales, por no decir el principal de todos ellos, que determinaron la formación y desarrollo cultural del mundo moderno.

Hasta que fueron inventados los caracteres movibles en la tipografía de imprenta, la humanidad había luchado vagamente por su perfeccionamiento ideológico. El panorama de los conocimientos humanos estaba inevitablemente velado por las brumas. Toda vocación de sapiencia tenía que salvar obstáculos grandes, que por cualquier circunstancia crecían en magnitud, hasta parecer invencibles. Ni la técnica de los oficios, ni la enseñanza de las ciencias y de las artes, ni aun los principios más rudimentarios del conocimiento manual, era factible poderlos extender en proporciones satisfactorias.

Téngase en cuenta que desde las más remotas edades, el ser humano había tenido el instinto de perpetuar sus ideas e impresiones por medio de la palabra escrita. Los caracteres cúficos, las abstrac-

ciones geometrizadas, los grafitos, las signaturas zoomorfas y antropomorfas, la interpretación subjetiva de los astros, las plantas, los reptiles, el fuego, la lluvia, los animales y los pájaros, constituyen una suerte de escritura comprimida, rudimentaria, que sirve a los primeros seres como elemento representativo para grabar, en sílices prehistóricos, las manifestaciones de sus pensamientos e inquietudes.

La ordenación de tales elementos, enriquecidos en el transcurso de las edades por otros caracteres gráficos de mayor complejidad, forman el jeroglífico.

Un sentido de perfeccionamiento nos conduce paulatinamente a la creación del abecedario, a la formación de las palabras, a la escritura, verdadera luz de los espíritus creadores. Al fin, con este maravilloso descubrimiento, se logra desvanecer, al menos en parte, la tiniebla espiritual de los períodos primitivos. Se ha desentrañado la clave de la sabiduría. Ahora pueden fijarse ya las manifestaciones del intelecto de un modo permanente, ordenado, preciso, categórico. Las normas del saber, la experiencia, el conocimiento de los problemas vitales de la existencia, pueden ser lanzados a la posteridad para provecho de las generaciones futuras. La palabra escrita, sirviendo de vehículo perfecto a las ideas, es el avance más directo y seguro que pudo tener la humanidad para el logro de sus ideales, para la formación y desarrollo de una cultura amplia, sin limitaciones ni fronteras.

Varios milenios fueron necesarios, a pesar de todo, para llegar al descubrimiento de un sistema práctico de impresión. Antes de ser utilizada la imprenta, como se ha dicho antes, los hombres lucharon porfiadamente por encontrar medios adecuados a la difusión de sus ideas. El papel era conocido por los chinos diecisiete siglos antes de que naciera Gutenberg. Se supone que lo fabricaban con materia fibrosa, especialmente utilizando el algodón reducido a pulpa. En el resto del mundo, la utilización del papel, que se obtenía con la misma materia, fué implantada cuando los árabes conquistaron Samarcanda el año 704 de nuestra era. En Damasco llegó a divulgarse con prontitud esta industria benéfica, pues existen manuscritos del siglo IX, llevados a Europa cien años después por los legionarios del cristianismo. De aquí que durante la Edad Media se denominara con el nombre de charta damascena el papel de fibra algodónada. Doscientos años después, era conocido con el nombre

de pergamino griego, siendo utilizado este material en dicha época por las monjas de Constantinopla para escribir los reglamentos de su Orden.

La manufactura de papel fué establecida primeramente en Europa por los árabes que invadieron España. En Valencia, Játiva y Toledo, se desarrollaba la industria, de igual modo que en la isla de Sicilia y otras regiones adyacentes del Mediterráneo.

El papel de hilo, derivación del anteriormente mencionado, comenzó a fabricar en Europa durante la primera mitad del siglo catorce, extendiéndose su conocimiento industrial a Italia, Inglaterra, Francia y los países germánicos.

El descubrimiento del papel, atribuido al magnate chino Tsai-sun, condujo naturalmente a planos secundarios la utilización de la piedra, del papiro, de las maderas historiadas.

El libro manuscrito surge como una luz cuyos reflejos empiezan a desvanecer las tinieblas de la antigüedad. Su irradiación abarca paulatinamente los cuatro puntos cardinales del universo conocido. Es el trasmisor de la ciencia, del arte, de la filosofía. Tiene posibilidades inmensas. Puede compararse a un manatíal donde los seres humanos sacian su inagotable sed de conocimiento, y donde todo espíritu abierto al estudio de la verdad puede purificarse. Genealógicamente considerado, el libro manuscrito es el tronco que sirve de sustentación a las infinitas ramas y follajes que forman, en imagen total, el árbol augusto de la sabiduría.



Cuando los caracteres tipográficos sueltos son utilizados técnicamente por el italiano Castaldi, en 1456, el método de imprimir ideado por Gutenberg adquiere la rapidez e independencia que antes necesitaba.

En este período primigenio del arte tipográfico se suceden los inventos con rapidez maravillosa. La xilografía tiene en Alberto Durero su más alto representante. Un ingenioso y hábil platero florentino, Maso Finiguerra, le sigue con el invento de la calcografía, arte de imprimir las planchas grabadas sobre láminas de cobre y otros diferentes metales. A un francés llamado Nicolás Jenson de Tours, débese la gloria de haber iniciado la fundición de caracteres tipográficos y el uso de las letras mayúsculas, desconocidas

hasta entonces; siendo a su vez Gerardo Ratdolt quien introdujo la innovación de la carátula en el *Calendario* de Juan de Montenegro, editado en Venecia durante las postrimerías del siglo XV.

A medida que transcurren los años, van ensayándose procedimientos de distinta índole que perfeccionan y enriquecen los trabajos de imprenta. A partir del siglo XVI, obreros alemanes, ingleses, españoles, italianos, franceses y flamencos, desarrollan todo su ingenio en el trabajo fervoroso de combinar las tintas, de unir el grabado a la composición, de encabezar los textos con mayúsculas dibujadas al estilo de los miniaturistas, ornamentando las páginas con signos musicales y complicadas decoraciones alegóricas.

Al goticismo de los impresores germánicos siguen las clásicas curvaturas del Renacimiento; a los antiguos arabescos copiados de los incunables y manuscritos de la Edad Media, se implantan las galas del gusto veneciano, de la técnica pontificia, del exquisito arte de Florencia; al empleo de los signos griegos utilizados con preferencia por los impresores de Parma, y a los caracteres castellanos que invaden las imprentas del sur y del norte desde los cuartuchos y sotabancos de Toledo, continúa una renovación evidente con el uso del tipo itálico, de la letra romana, que más tarde se olvida para traer el arte tipográfico a un opulento y atormentado barroquismo.

En un somero estudio sobre la estética del libro, que hace ya varios años escribí para la Librería Peuser, anotaba muchos de los antecedentes injertados en esta nota. Decía entonces que al libro debe considerársele como representación de la época en que fué impreso y publicado. Aun sin profundizar en el contenido de sus páginas, puede clasificarse dentro de una nacionalidad y de un período concreto de su historia. Basta con atender al estilo de las ornamentaciones, los dibujos, las alegorías, el tipo de letra, la composición, la carátula.

El libro, hermano menor de la pintura, hermano casi gemelo de la xilografía, estuvo ligado siempre a las costumbres y usos del pasado. El arte supo dignificar sus caracteres exteriores. Podemos afirmar que desde el momento que surgió la idea de desunir los caracteres tipográficos, alinear las palabras, dar tinta a las líneas y tirar sobre papel una prueba de la composición obtenida, había logrado ser un portento de sencillez maravillosa. Pero antes de llegar

al libro ilustrado en la forma que hoy se nos presenta, hubo sin duda alguna que desarrollar poderosos esfuerzos hasta obtener tipos de letra convenientes, el grabado mórbido, la sobriedad en viñetas y dibujos ornamentales, la impresión nítida, perfecta. Fué preciso inventar máquinas fundidoras, prensas de hierro, rotativas, estereotipos, linotipos. Y anexas a tan prodigiosas innovaciones, el empleo de la galvanoplastia, del acerado y niquelado, la fotocincografía, la fototipia y otros procedimientos que contribuyen a que los libros editados ahora con sentido plástico y estético, sean tan atrayentes, tan manuales, tan representativos de nuestro gusto y adelanto, en estas cuestiones del espíritu.



A la época primigenia del desarrollo tipográfico corresponden los incunables expuestos en nuestro Museo Nacional. No obstante ello, demuestran estos ejemplares ilustres la categoría que supieron dar a su labor los patriarcas del oficio. Arte supremo era entonces la fábrica del libro con sus estampaciones góticas, viñetas y adornos xilográficos, sus historiados colofones y sus magníficas capitularias, en que la fantasía y el genio artístico de los escribas y miniadores de folios se manifestaba plenamente. Asimismo se hacían notables las encuadernaciones en cuero de porcino guarnicionado con cantoneras, broches y otros adornos de metal, equivalentes a la importancia del texto y a la pulcritud tipográfica, por su finura y su riqueza.

Antes de seguir adelante, cometeremos la indiscreción de manifestar a los lectores que casi la totalidad de las obras pertenecen al bibliófilo don Jorge Beristain, quien además es artista consagrado, como sabemos todos. Había prometido no denunciar su nombre, pero las circunstancias exigen lo contrario. El haberse puesto a la tarea ímproba de coleccionar esta riqueza bibliográfica, no es un delito que castiga la ley, ni un vicio que merezca la reprobación de los ciudadanos honestos, ni una práctica o ejercicio que choque con las buenas costumbres. Además, nadie me paga por callarme. Lo único que siento de veras es que su modestia, su legítima modestia de hombre positivamente culto y sincero, pueda sentirse lastimada. Con todo, creo poder aliviarme de la culpa, en razón de que haciéndole justicia no se comete agravio con nadie, ni aun con

los mismos que le envidiarían el privilegio de poseer esos testimonios ilustres y sagrados de la bibliografía.

En efecto, entre los ejemplares presentados figuran obras capitales. *La Medicina* de Kethan, impresión veneciana del año 1500, con xilografías que se atribuyen a Mantegna. El *Libro de los Oficios* por Guillermo Durandus, impreso en Maguncia por Fust y Pedro Schöffer, un tiempo colaboradores de Gutenberg. Es el tercer libro compuesto con caracteres móviles y el segundo que apareció con mayúsculas xilografiadas en colores.

También hay una *Opera Omnia* de Plotino, editada en Florencia el año 1492, y un *Ptolomeo* con ilustraciones y encuadernación del siglo quince, y uno de los tres ejemplares que se conocen del *Missal Wratislaviense*, hecho en Strasburg por el impresor Juan Pruess en 1487; junto a estos se destaca un pequeño *Libro de Horas* con preciosos grabados, obra francesa de Pigouchet, y otra de Juan Luchner salida de los talleres monásticos de Monserrat en 1499; y un *Herbario latino* de mayor antigüedad aún, impreso en Passau por el tipógrafo Juan Petri; y el *Procesionario* de Sevilla, obra pulcra de Estanislao Polonio, cuya data es de 1492, aparte de otras muchas ediciones del mismo período salidas de los talleres de Nuremberg, Maguncia, Roma, Basilea, Colonia, Venecia, París, Estrasburgo.

Del impresor augsburguense Anton Sorg hay un *Itinerario a Tierra Santa* y un ejemplar incomparable del *Concilio de Konstanz*, por Ulrico von Richenthal, que contiene típicas escenas y escudos nobiliarios de los mil doscientos príncipes y magnates concurrentes a las deliberaciones del concilio famoso.

Del grabador de Nuremberg llamado Miguel Wohlgemuth, hay dos testimonios ilustrativos de su capacidad creadora: *Liber Chronicarum*, de Schedel y la obra de Esteban Fridalin, encuadernada en cuero con estampaciones de oro. Y aun del mismo Durero, hay unas *Revelaciones de Santa Brígida* con grabados que se le atribuyen.

En fin, algo excepcional, algo que nos descubre la eficiencia con que se cultivan en nuestro ambiente ciertas actividades, que, juzgando muy objetivamente parecerían inéditas aun para los argentinos inteligentes y estudiosos. Algo digno de ser divulgado con orgullo, para que sepan en el mundo, que no sólo de vacunos y de cereales vive el hombre de nuestra tierra.

LIBROS Y PUBLICACIONES

VARONES CORRENTINOS, por *Valerio Bonastre*. Buenos Aires, 1936.

CONSTITUYE este libro un capítulo de la historia de la República en los primeros 40 años de su independencia. Bonastre estudia, en más de 200 páginas, la vida de Corrientes en todo lo que atañe a hacerse y a colaborar en hacer el país. Desfilan por la obra los valores más ilustres de su provincia. Leer esta reconstrucción histórica es ver actuar a los personajes, simpatizar con ellos, apoyarlos o no estar de acuerdo y censurarlos. Y así debe escribirse la historia: con imágenes vivas, humanas, que obliguen a intervenir en el desarrollo del drama.

Bien seguro el autor de que la disciplina que cultiva requiere la fuente, el documento, ha recurrido a los archivos, a la correspondencia y al teatro de las actividades. En otros términos: al testimonio de indiscutible procedencia.

Si la historia se hace con documentos, según la apreciación de Langlois, también, para hacerla, es menester el sentido histórico, la capacidad jerarquizadora, la aptitud para la búsqueda y para el análisis, amén, desde luego, de una acrisolada imparcialidad.

Bonastre expone con método y con honestidad de estudioso. Su libro, presta, por esto, un beneficio incalculable. Ejerce un doble magisterio: a sus comprovincianos les pone de manifiesto las dificultades que hay en ser juez y parte y a los demás nos prueba que se puede ser parte y ser juez.

Que esto es así lo evidencian estas palabras suyas, refiriéndose al gobernador Ferré: "su extraña conducta (en las gestiones del comisionado Acosta) debe atribuirse a su agudo provincialismo que no le permitió ver el error de mantenerse aislado en su "ínsula", cuando el peligro que se cernía sobre el estado de su mando, era, más que una simple amenaza, evidente y fatal".

Si se recuerda que antes afirmó del mismo personaje, que era un hombre laborioso y enérgico, de una honradez a toda prueba y que estaba animado de las más buenas intenciones, no se podrá dudar de su imparcialidad. Censura y aplaude, sinceramente. Sin prevenciones está hecho su libro; sin ceguera de patriotismo regionalista, única forma en que es dado escribir sobre temas de esta índole.

Libros de la clase del de Bonastre, con levadura nacional, con el sabor de la tierra, conviene leer para destruir la vieja división de porteños y provincianos y para poseer una visión integral del país.

La historia argentina se está escribiendo con un nuevo criterio. Los historiadores de ayer fueron coautores de lo historiado. Corresponde a nuestra generación escribir la historia que ellos hicieron. Que tal cosa conviene nadie pone en duda. Carlos Ibarguren, Ramón J. Cárcano, Juan B. Terán, Valerio Bonastre y algunos otros están empeñados en ello, sin contar a los autores de textos para la enseñanza de esta materia a niños y a jóvenes.

FRANCISCO SUÁITER MARTÍNEZ.

HOMBRES DE LA ORGANIZACIÓN NACIONAL, por *Agustín Rivero Astengo*, Buenos Aires, 1936.

QUIEN ha de retratar a los demás (*Retratos literarios*, es el subtítulo de este libro) da la primera prueba de su aptitud haciendo su propio retrato.

Desde las páginas iniciales, el lector sabe quien es Rivero Astengo. De acuerdo o no con su punto de vista histórico se continuará con la obra, porque el autor no se oculta tras del biombo de la ambigüedad o del tabique de las evasivas. Rivero Astengo es categórico, preciso, como debe ser el que cultiva una disciplina donde hay que desterrar la hipocresía.

Su libro semeja un *film* histórico. Muestra quienes hicieron la patria y convierte nuestras estatuas en hombres de carne y hueso. O dicho de otro modo, pone sangre en aquellas venas de bronce.

Claro está que no son meros retratos literarios los suyos. Junto a estas efigies para la heráldica de mañana, en lo que a la época de la organización nacional se refiere, váse bosquejando el retrato de dicha época. Como se trata de una primera serie, es de esperar que en la serie final, el último retrato, sea un retrato de la ciudad de Buenos Aires, a la que dedica, en forma accidental, las págs. 84 y 85, al estudiar la figura ilustre de Adolfo Alsina.

Efectivamente, Rivero Astengo es un gran pintor. Sabe encontrar el color, el tono. A veces le basta una palabra (véase en la pág. 57 el adjetivo *selváticos*) para el retrato de un hombre. Su libro es una galería; Rivero Astengo es el Quinquela de una época y de una época donde los riesgos sobran para estrellarse cuando no se tiene condiciones de buzo.

Tarea llena de arrecifes es ponerse a ver el alma de Urquiza, Mitre, Sarmiento, Avellaneda, Echeverría, Vélez Sársfield, Roca, Alem, Moreno, Tejedor, Estrada, del Valle. Cualquiera de los personajes nombrados exige un esfuerzo de comprensión Sin embargo el autor ha

sabido apreciarlos de un modo acabado, y lo que pudo ser una gama de tal o cual color, se convirtió, por la capacidad de ver, en un conjunto de expresiones fisonómicas. Es que Rivero Astengo posee la clave para administrar su talento. Si llega a especializarse se malogrará un temperamento renacentista y, por ende, un valor de insólita aparición en nuestro medio.

Ignoro si ha llegado pronto o tarde al sitio donde se encuentra, pero estoy seguro de que ha llegado en buena forma y, por eso, espero que también estas segundas partes (la nueva serie de retratos) rectifiquen el apotegma cervantino.

Sin el lastre del documento, sin el atiborramiento de citas, esta obra no es el simple producto del conocimiento personal o del comentario recogido en las tertulias de ayer. Por el contrario, estas páginas son aligeras porque llevan disuelto el testimonio, disueltas las citas, cuya búsqueda cuesta siempre desvelos innúmeros.

FRANCISCO SUÁITER MARTÍNEZ.

YA se ha hablado tanto de REGRESO DE LA U. R. S. S. de *André Gide*, que no sabemos si interesarán dos palabras más a propósito de la afortunada edición castellana que *Sur* ha incluido en la serie interesante de sus ediciones.

El valor de este libro consiste en la valentía con que el autor confiesa "su" verdad, sin temer ni la sorpresa enconada de sus amigos de Rusia, que pudieron creerlo sumisamente catequizado, ni el juicio de los gozadores del desengaño del converso, cuando éste apartó el velo del santuario. Pero el libro en sí, prueba poco, y sólo vale porque lo firma André Gide. Como visión de aquella sociedad, el breve libro, aunque contiene cuadritos interesantes y observaciones agudas, no supera lo que ya sabíamos los que procuramos informarnos sobre Rusia seriamente. Más bien, él es la protesta de una inteligencia libre, fruto del pensamiento burgués y democrático del siglo XIX, y de sus antecedentes históricos, inadaptable al conformismo servil que exigen de la totalidad de la nación las dictaduras de hoy, llámense como se llamen. Soñó el autor con una sociedad comunista que a la vez que librara a todos de la miseria, exaltara al máximo la personalidad humana, y se encuentra con una colectividad sometida a la voluntad omnipotente de un hombre, que va creando un nuevo orden de cosas a través del dolor y de un magnífico esfuerzo, pero en la cual ni han sido definitivamente abolidas la miseria y el desamparo, ni la tendencia demasiado humana a jerarquizarse en clases. Sin embargo sigue esperando: "Sería gravísimo error —concluye— unir demasiado estrechamente la U. R. S. S. con la causa que ella representa a nuestros ojos de manera que pudiera juzgarse a la causa como responsable de lo que deploramos en la U. R. S. S.". Gide no es filósofo, sociólogo ni economista (insiste precisa-

mente hasta sin necesidad en decirnos que nada entiende de técnica y economía): sólo es un moralista y un artista que no puede menos que afirmar, por ser quien es y de donde procede, la inalienable libertad de hombre que quiere ser algo más que un bien nutrido animal *faber*. -- R. G.

LA Intendencia Municipal de Buenos Aires ha publicado en folleto los discursos pronunciados en El cincuentenario del poema "Tabaré", en el acto por ella organizado del cual dimos cuenta en la ocasión. Figuran en el folleto los discursos del Intendente Municipal, Dr. Mariano de Vedia y Mitre, y de los señores B. Fernández Moreno, quien habló por la Academia Argentina de Letras, Roberto F. Giusti, que lo hizo por la Sociedad Argentina de Escritores, Julio Noé, por el P. E. N. Club, Juan Burghi, por NOSOTROS, Alejandro Gallinal y Federico J. Kusrow, este último por el Club Oriental.

EL P. E. N. Club de Buenos Aires ha editado en un volumen de 280 páginas y en diferentes tiradas, todos los discursos y debates dichos y producidos del 5 al 15 del pasado setiembre, con motivo de la celebración del XIV Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs. Es éste sin duda un libro valioso donde se contienen muchas ideas nobles y bellas y que conservará el recuerdo vivo de aquel acontecimiento.

MANUEL Ugarte, el ilustre escritor al parecer ya definitivamente radicado entre nosotros, fundó en octubre una revista mensual, VIDA DE HOY, que ha llegado al 4º número. VIDA DE HOY es editada en cuadernos de diez y seis páginas anchas, nutridas de material de lectura e ilustradas con retratos muy felices (la mayoría hechos por Pelele). Es sobre todo una revista viviente, pues trata con amenidad y brevedad los más importantes asuntos actuales. Desde el primer número han colaborado en ella decenas de prestigiosos escritores argentinos, los más participando en la interesante encuesta abierta por VIDA DE HOY sobre la situación actual de España. El número suelto se vende a veinte centavos.

LA dirección de la revista *América Española*, de Cartagena de Indias, Colombia, ha resuelto fijar definitivamente el 1º de abril próximo para la inauguración de la Segunda Exposición del Libro Hispano-Americano, que se realizará en aquella ciudad.

Los envíos de libros, folletos, revistas y diarios deben hacerse a la siguiente dirección: "Dirección de "América Española" — Segunda Exposición del Libro Hispanoamericano. — Cartagena de Indias. República de Colombia", debiendo acompañarse con una tarjeta con todos aquellos datos de interés como nombre del autor, nacionalidad, domicilio, cantidad de obras remitidas, etc.

El representante cultural en esta capital de *América Española*, D. Ricardo M. Fernández Mira, calle Méjico N° 1774, contestará por carta cualquier informe que se le solicite con ese fin.

CRÓNICA

II Congreso Internacional de Historia de América

ORGANIZADO por la Junta de Historia y Numismática Americana y auspiciado por la comisión oficial del IV Centenario de Buenos Aires, se reunirá en esta ciudad en julio próximo el II Congreso Internacional de Historia de América.

El Primer Congreso se efectuó con gran éxito en Río de Janeiro en 1922, bajo la dirección del ilustre Instituto Histórico y Geográfico Brasileiro, al cumplirse el centenario de la emancipación del país amigo.

La Junta de Historia y Numismática Americana y la comisión organizadora aspiran a realizar el II Congreso Internacional de Historia de América, contando con la colaboración de prestigiosas instituciones y valores intelectuales dedicados a las investigaciones históricas.

Trátase de un momento de excepcional significado para la cultura de América.

En sus Estados, autoridades y hombres de estudio se ocupan preferentemente en estrechar sus relaciones intelectuales.

La historia es el género científico, filosófico y literario que tiene brillante tradición en este continente. Ahora asistimos a un nuevo florecimiento, con el esplendor de instituciones y academias y aparición de historiadores representativos de la cultura de cada uno de los Estados.

Los delegados de instituciones históricas, profesores universitarios de dicha disciplina, investigadores del pasado americano, serán miembros titulares del Congreso y los profesores, maestros y los escritores en general, haciendo llegar la expresión de su voluntad, son miembros adherentes con derecho a asistir a sus deliberaciones y recibir las publicaciones del mismo.

Las colaboraciones no podrán exceder de quince páginas escritas a máquina, en papel carta y deben enviarse antes del 31 de mayo.

La Comisión Organizadora del II Congreso Internacional de Historia de América, con sede en el Museo Mitre (San Martín 336, Buenos Aires), es la siguiente: PRESIDENTE: Dr. Ricardo Levene; VICEPRESIDENTES: Sr. Rómulo Zabala y Dr. Emilio Ravignani; SECRETARIO: Dr. Mario Belgrano;

TESORERO: Sr. Martín S. Noël; **VOCAL:** Dr. Luis Mitre, Dr. Enrique Martínez Paz, Sr. Juan Pablo Echagüe, Dr. Calixto Lassaga, Dr. César B. Pérez Colman, Sr. Enrique Udaondo, Dr. Héctor C. Quesada, Dr. Gustavo Martínez Zuviría, Sr. Alberto Palcos, Sr. Federico Santa Coloma Brandsen, coronel Juan Beverina, coronel Juan Monferini, Dr. Carlos Alberto Pueyrredón, Dr. Benjamín Villegas Basavillbaso, Sr. Enrique de Gandía, Dr. José Imbelloni, Sr. José Torre Revello, Sr. Juan Canter, Sr. Edmundo Correas, P. Alfonso G. Hernández, P. Pedro Grenón, Sr. Carlos Heras, Dr. Manuel Lizondo Borda.

Premios San Remo para obras de autores extranjeros

EL Comité permanente para los premios San Remo de Literatura y Arte, que preside el escritor Carlos Formichi, en conformidad del artículo 5 del estatuto que le rige, abre un concurso para la asignación de un premio a la obra de un escritor extranjero que haya hecho conocer los progresos y las doctrinas morales e históricas, en las ciencias, la literatura y las artes. El premio será este año de cincuenta mil liras, e indivisible.

Los pedidos de admisión, suscritos por los participantes en el concurso con la anotación del respectivo domicilio, deberán ser dirigidos al "Comitato Permanente Premi San Remo —San Remo— Italia" y tendrán que ser acompañados por seis ejemplares de la obra presentada.

Los envíos tendrán que llegar al Comité antes del 30 de junio de 1937. La fecha de presentación será establecida por el sello postal de envío.

La Comisión examinadora está constituida por los señores: *José Bottai*, gobernador de Roma, Presidente; *Emilio Bodrero*, senador; *Angel Silvio Novaro*, miembro de la Academia de Italia; prof. *Arturo Marpicati*, canceller de la Academia de Italia, secretario.

El cometido de la Comisión es de presentar una relación detallada y de someter al Comité Permanente tres nombres en los cuales podrán tener cabida también escritores no participantes en el concurso que hayan sido considerados merecedores de la distinción. El juicio del Comité será inapelable.

La obra merecedora del premio podrá, si el Comité así lo decide, ser traducida y publicada por las "Edizioni del Comitato Permanente Premi San Remo", mediante previo acuerdo con el Autor y con el Editor de la obra.

La proclamación del vencedor del concurso se hará en San Remo en un acto que revestirá solemnidad nacional.



EL 5 de enero partió para Europa el doctor Francisco Laplaza, nuestro compañero de redacción, encargado de la sección "Ciencias Jurídicas y Sociales". Va a Italia, becado por la Comisión Nacional de Cultura, a estudiar la aplicación de las nuevas doctrinas del derecho penal, materia

en la cual se ha especializado el Dr. Laplaza. Desde allá nos ha prometido colaborar en NOSOTROS, durante el año en que permanezca ausente.

EL concejal socialista Juan Unamuno, en quien destacamos el persistente propósito loable de favorecer y honrar toda actividad de cultura, presentó en el pasado diciembre al Concejo Deliberante un proyecto por el cual se denominará Roberto Cunninghame Graham a una calle del Municipio. El homenaje es justiciero y debería ser completado por el Congreso de la Nación con la edición de la traducción de las obras que el ilustre escritor escocés escribió relativas a la Argentina.

—MARIO PUCCINI, el ilustre novelista y crítico italiano que nos visitó últimamente con motivo del Congreso Internacional de los P. E. N. Clubs, nos escribe, desde Roma, diciéndonos que piensa mantener su vinculación espiritual con la Argentina, tratando en diarios y revistas italianos, de cosas nuestras, y con ese fin solicita a los escritores argentinos que le envíen sus libros, retratos y datos biográficos a su domicilio, Lima 23, Roma (36).

A nuestros suscritores y lectores

—Con el presente número se reparte para nuestros suscritores, el índice analítico del 2º tomo (Nos. 6 a 9). Los lectores no suscritos que deseen un ejemplar, pueden solicitarlo por carta a la Administración de NOSOTROS.

—Dentro de breves días enviaremos a nuestros suscritores un folleto, editado en el mismo formato de la revista, con los juicios que ésta ha merecido de la prensa nacional y extranjera desde su reaparición. Los interesados que no sean suscritores, pueden solicitarlo por carta a la Administración de NOSOTROS.

Los nuevos colaboradores de este número

ROBERTO BRENES MESÉN. — Costarricense, nacido en 1874. Desde su juventud se dedicó a la enseñanza y a la literatura. En 1909 fué Subsecretario de Instrucción Pública en su patria, y secretario en 1913. En 1914 fué Ministro en Washington, y en 1917 volvió a ser Ministro de Instrucción Pública. Alejado de su patria por razones políticas, se dedica desde largos años a la enseñanza universitaria en los Estados Unidos. Actualmente, es profesor en la Northwestern University. Ensayista, filósofo y poeta, ha publicado: en prosa: *Gramática histórica de la lengua castellana* (1905), *La voluntad en los microorganismos*, *El canto de las horas* (ensayo de estética), *Metafísica de la materia*, *El Misticismo como instrumento de investigación científica*, *Las categorías literarias*, *Lázaro de Betania*, *Crítica Americana* (1936); en verso: *En el silencio* (1907), *Hacia nuevos umbrales*, *Voces del Angelus*, *Pastorales y jacintos*, *Los dioses vuelven*, *La busca del Grial*. Miembro correspondiente de la Academia Española, ha publi-

cado en los más importantes periódicos de lengua castellana. Colaboró en la primera NOSOTROS.

RAIMUNDO LIDA. — De la Facultad de Filosofía y Letras. Discipulo y colaborador de Amado Alonso en el Instituto de Filología y en la *Colección de Estudios estilísticos*, en donde ha publicado importantes contribuciones originales o traducidas. Ex profesor de Literatura Castellana en el Instituto Nacional del Profesorado y profesor suplente de Estética en la Facultad de Humanidades, de La Plata. Ha escrito en NOSOTROS, *Sur*, *Cursos* y *Conferencias* y otras revistas.

RAÚL A. ORGAZ. — Publicista y sociólogo, natural de Córdoba. Doctor en Jurisprudencia. Profesor en aquella universidad. Ha publicado: *Estudios de sociología*, *Cuestiones y Notas de Historia*, *La sinergia social argentina*, *Páginas de crítica y de historia*, *Ideas y doctrinas de nuestro tiempo*, *La ciencia social contemporánea*, etc.

NORBERTO PINILLA. — Escritor chileno. Profesor de Castellano, por el Instituto Pedagógico de aquella Universidad, es Inspector General del Liceo de Aplicación de Santiago y prof. de Introducción a la Estética del I. Superior de Educación Técnica de la Universidad de Chile. Publica asiduamente artículos críticos en los principales diarios y revistas de Chile y de otros países de América. Ha traducido: *Nociones de Estética*, de Charles Lalo, y *El Sentimiento Estético*, de Henri Delacroix.

GERVASIO GUILLOT MUÑOZ. — Escritor y profesor uruguayo. En Montevideo, su ciudad natal, ha sido profesor de Historia Universal en el Instituto Normal y sub-director del Museo Nacional de Bellas Artes. En Buenos Aires es profesor de Historia de la civilización francesa e Historia del Arte en el *Collège Français*. Colaborador de *La Cruz del Sur* y *Alfar* (Montevideo; *La Revue de l'Amérique Latine* (París); el suplemento literario de *La Nación* y *Sur* (Buenos Aires). Obras publicadas: *Lautréamont et Laforgue* (biografía y crítica, 1925); *Misaine sur l'Estuaire* (poemas, 1936); *La poesía de Supervielle*, (crítica, 1930).

CINCO POETAS JÓVENES: ROBERTO PAINE. — Estudiante de Derecho. Nació en 1917. En 1936 ha publicado su primer libro de versos: *La llama en el viento*. — TRISTÁN FERNÁNDEZ. Estudiante de Derecho. Crítico cinematográfico de *Páginas*, bajo el seudónimo de Tristán Quatresous. NOSOTROS ya publicó de él en *Crónica* (Nº 6), un *Romance a García Lorca*. — ROGELIO DÍEZ UGALDEA. Estudiante de Filosofía y Letras. Ha publicado en NOSOTROS (1ª época), *El Hogar* y otras revistas. — OSCAR BIETTI. Cuenta 24 años, es bachiller y declara no tener biografía. — LEÓN BENARÓS. Natural de Chivilcoy. Estudia en la Facultad de Derecho.

HUGO W. COWES. — Estudiante en la Facultad de Filosofía y Letras.